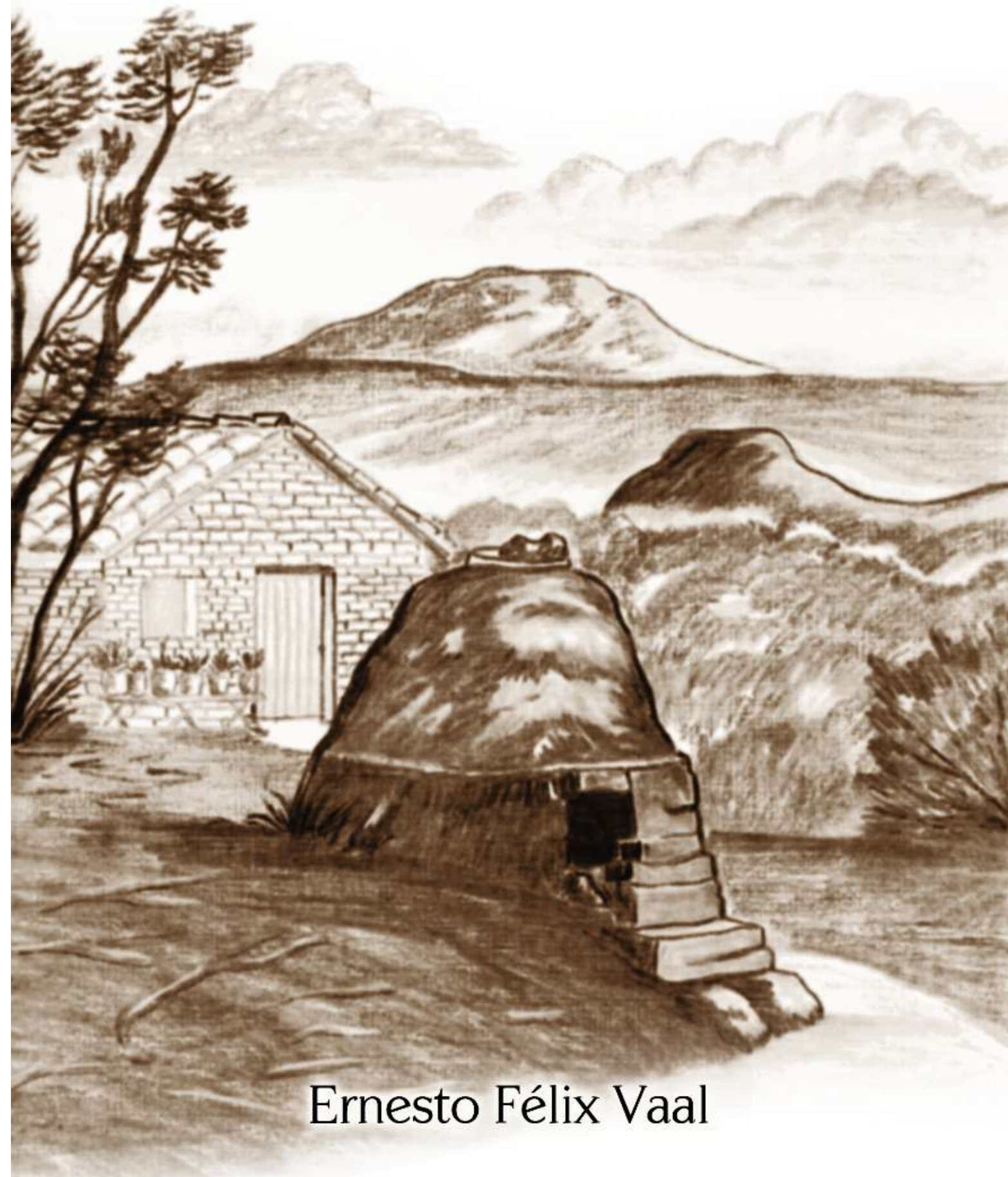


EVOCACIÓN

Siguiendo un rastro inmortal



Ernesto Félix Vaal

EVOCACIÓN

Siguiendo un rastro inmortal



Ernesto Félix Vaal



COLEGIO DE BACHILLERES
DEL ESTADO DE SONORA

COLEGIO DE BACHILLERES DEL ESTADO DE SONORA

Dr. Rodrigo Arturo Rosas Burgos
DIRECCIÓN GENERAL

Dra. Laura Lorenia Yeomans Reyna
DIRECCIÓN ACADÉMICA

EVOCACIÓN

Siguiendo un rastro inmortal
Copyright©2023 por Colegio de Bachilleres del Estado de Sonora.
Todos los derechos reservados.
Segunda edición 2023. Impreso en México.

Autor:

Ernesto Félix Vaal

Corrección de texto:

Pastora Patricia Mendoza Quintero

Coordinación general:

Claudia Yolanda Lugo Peñúñuri

Supervisión académica:

Héctor Manuel Acosta García

Coordinación técnica:

Rubisela Morales Gispert

Imagen de portada, dibujo a lápiz:

Mario Humberto Leyva Gastélum

Desarrollo editorial:

Grupo de Servicios Gráficos del Centro, S.A. de C.V.

Coordinación editorial:

Daniela Carolina López Solís

ISBN:

03-2018-090411220300-01

Se terminó la impresión de esta obra en febrero del 2023.
En los talleres de **Grupo de Servicios Gráficos del Centro, S.A. de C.V.**
Lambda No. 216 • Fraccionamiento Industrial Delta • C.P. 37545
León, Guanajuato, México.

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana
Registro No. 3681

Diseñado en Dirección Académica del Colegio de Bachilleres del Estado de Sonora
Bld. Agustín de Vildósola; Sector Sur. Hermosillo, Sonora, México
La edición consta de 500 ejemplares.
Impreso en México/Printed in Mexico

EVOCACIÓN

Siguiendo un rastro inmortal

Novela



*Para Angélica, Ian Ernesto, Edwin Iván.
Mis historias cotidianas.*

*Por supuesto a Elena† y Heriberto†.
Los inmortales.*

Prólogo

Sin duda que el filólogo e historiador Eustaquio Buelna atinadamente sostuvo que Cosalá quiere decir “*DE LUGARES HERMOSOS*”, pues, así como el lector de “*EVOCACIÓN*” imaginará los lugares, que con palabras plasma Ernesto Félix Vaal en esta su primera novela, como si fueran dibujos mentales de los paraísos naturales que el estado de los once ríos orgullosamente posee y donde él vio la luz primera de su existencia. Aunque en su novela el autor no precisa el poblado donde Justino Mora y su familia, ancestros y descendientes conviven en montañas y planicies del campo sinaloense, cautiva al lector con la pluma de quien es capaz de supeditar mano y mente al divino dominio del alma, y transporta al lector con la magia de las palabras a un mundo de realidades que parecen mezclarse con la fantasía, en una narrativa y unas expresiones de los personajes que hacen sentir al lector su autenticidad a cada paso. Las vivencias de los Mora Arriaga y sus familiares, así como de los vecinos que forman una gran familia en los poblados pequeños, trasladan al lector de manera que, sin quererlo, lo identifican con uno u otro personaje, gracias a la sensibilidad humana del autor, quien con maestría y en la plenitud de sus existencia que apenas rebasa la mitad de un siglo, vierte en cada renglón el bagaje de lo que él mismo experimentó o escuchó de sus mayores, con una profundidad tal que envuelve el paisaje con detalles que casi enumeran una a una de la vegetación circundante con frutales, herbolaria, floresta y demás atractivos del paisaje, con las cotidianas ocupaciones de los personajes que aprovechando las dádivas de su entorno ya crían animales, siembran parcelas, buscan vetas de metales preciosos, en fin, viven al tope de lo que su rincón poblacional les proporciona, recibiendo esporádicamente y poco a poco desfasado en el tiempo de su arribo, las invenciones de la humanidad como la radio y la televisión, apenas conocidos en “la ciudad de los enzapatados”, corto tiempo atrás.

EVOCACIÓN es una novela que el autor fue escribiendo a lo largo del tiempo compartido con su importante labor formativa de los jóvenes preparatorianos y con todo lo que esto último conlleva, lo cual magnifica su trabajo literario que me ha convencido por su estilo propio y, sobre todo, por la facilidad con que penetra las profundidades de



la vida campirana de días felices en la sencillez de sus satisfacciones y también días de inquietud no ajenos a la Revolución y a los Cristeros que, con estrujante presencia, interrumpen el desarrollo del poblado dedicado a labores que se convierten en identificación colectiva como la talabartería, la minería, la ganadería y muchas otras que finalmente no pueden retener a la juventud que decide abandonar el terruño y hacer su vida en la “ciudad de los enzapatados” o más allá, donde la civilización parece ofrecer un futuro mejor.

Ernesto Félix Vaal debe sentirse satisfecho de su primera novela. **EVOCACIÓN** no solo será entretenimiento placentero para el lector, sino también un esfuerzo adicional del autor a su diaria vocación formativa desde el aula preparatoriana, logrando que los lectores saboreen con sensibilidad humana los importantes vaivenes de sus propias existencias. En la novela más difundida de Gabo, el laureado escritor colombiano, ciertamente descubrimos inimaginables vivencias de los humildes seres que arriban a centenarios cumpleaños en constantes batallas de sobrevivencia; Ernesto Félix Vaal penetra más allá todavía reflejando luchas contra mayores obstáculos, librados por nuestros queridos hermanos del campo mexicano, con intensa ilusión de acceder al progreso y desarrollo de los nuevos tiempos en medio de un siglo XX plagado de inventos que cambiaron el panorama futuro de la humanidad.

Por Ricardo A. Rivas Munguía

*«Doscientos hijos tuve» — dijo Justino.
«Eran los tiempos en que las vacas parían trillizos y las mulas
renegaban de su destino estéril, el sexo era tan intenso, que las
mujeres se preñaban nomás con verlas»*

— agregó.



Sentado en una roca, después de la labor, descansaba Fulgencio Arriaga. Observaba pensativo una empinada colina frente a sus ojos. Misma que enfilaba gradualmente hasta convertirse en una de las cuatro montañas que rodeaban el espacioso valle del pueblo. Sus piernas colgaban en un vaivén cadencioso y pendular mientras golpeaba levemente sus ásperos talones en la rugosa piedra que le servía de asiento. Un pequeño pedrusco de cúspide achatada, que, a su vez, se prolongaba más allá de la accidentada superficie del terreno; incrustado en sus entrañas, como muchísimos otros, ahí, allá, por todos lados. De manera tal, que el área disponible fuera de la ocupada por sus nalgas, era más que suficiente para que las abruptas y encalladas patas de Fulgencio, apenas cubiertas por los huaraches de tres puntadas, fueran restregadas una y otra vez con el firme propósito de aliviar la pertinaz comezón, provocada por los pinchazos de los *patilargos* y voraces zancudos.

Ocasionalmente agitaba sus brazos intentando espantar los insectos. Secuaces alados ávidos de sangre, quienes iban y venían insistentes, obstinados, tercos. Aunque temerosos, no desistían, el hambre es siempre más fuerte que los miedos. De pronto, asestó un manotazo desesperado y giró un poco su antebrazo izquierdo. Observó una mancha roja de su propia sangre impregnada en la piel.

«¡Zancudos de mierda!» — Exclamó molesto, mientras barría con sus dedos los restos del insecto masacrado. Inhaló y exhaló profundamente como para controlar su arrebato de furia y dijo...

«Mira *pallá* mijo» — señalando con su dedo índice.

«Allá empezó el pueblo, aquí *onde* estamos no había casas, puro monte. De entre aquellos promontorios salían las góndolas retacadas de minerales. Bonitas se miraban todas, en fila como los indios, bajando rumbo *pal* arroyo. Hilario García, tus tíos y otros fulanos, de quienes no me acuerdo ni de nombre ni de apelativo, nacimos y trabajamos allí».

«¿Y yo *onde* nació *apá*?» — Preguntó Justino.

«*Pos* quien sabe» — dijo encogiendo los hombros.

«Eso pregúntaselo a tu madre, apenas ella sabe de esas cosas». Agitó su mano derecha en forma de abanico, dos o tres veces; intentaba espantar a los empecinados bobitos de sus ojos, siempre sedientos de lágrimas y hambrientos de lagañas. Se dispuso a preparar un cigarrillo de hoja, al tiempo que decía:

«Ten cuidado, fíjate bien por *onde* pones las patas».

«Por este promontorio hay mucho animal ponzoñoso, *endebajo* de las piedras se esconden los alacranes y los ciempiés».

«Si *apá*» — contestó el chiquillo. En realidad no prestaba atención, estaba totalmente distraído mientras recogía y lanzaba piedras hacia el bosque. Algunas se miraban rebotar entre los árboles y las rocas, otras desaparecían zumbando al romper el aire entre los arbustos.

El gringo, perro mascota de la familia, se encontraba echado sobre la hierba y observaba adormilado. El sueño lo obligaba a entrecerrar los ojos. Ocasionalmente despertaba sobresaltado y erguía sus enormes orejas al escuchar el sonido de los proyectiles lanzados por el chamaco. Al mismo tiempo, intentaba atrapar a mordiscos desesperados las molestas moscas, solo para volver a reacomodarse en la posición inicial. Era un cachorro de mediana edad, blanco como la nieve, mientras no se restregara en el lodazal. Grandes manchas negras enmarcaban sus ojos. Con sus orejas desproporcionadas, parecía una liebre en cuerpo de chuchó. Curiosamente, arrojaba trozos de excremento tan largos como sus orejas. Formaba montículos tan abultados, que nadie se explicaba cómo un animal tan pequeño pudiese expulsar tanta mierda.



Fulgencio Arriaga era un hombre robusto, fornido y notablemente panzón. Su caminar lento y despreocupado denotaba añejos problemas de salud. Presumía un abundante y mal cuidado mostachón. Su barba canosa y desaliñada le daba un aspecto más endeble. Fuera de control, largos pelos sobresalían de sus cejas.

Desde aquella zona, podía verse un bosque espeso como atole de engrudo. Cardones gigantes repletos de pitayas rojas, amarillas, blancas y moradas sobresalían entre las copas de los árboles, asomándose indiscretos, arrogantes, erectos y altaneros. Estaban esparcidos por todo el valle y laderas de las montañas como si fueran fieles vigías.

Soberbios y vanidosos, disputaban la supremacía de altos jercas con los grandes pinos de las montañas.

«Ya mero la besa un pobre» — dijo Fulgencio, mientras delataba un profundo suspiro.

«¿Qué *apá?*» — replicó el chamaco.

«Que ya casi nos vamos» — contestó.

Dio el primer sorbo a su cigarro y se levantó encorvado. La mano izquierda sacudió con cautela su trasero, desprendiendo los gránulos de polvo migrados desde la roca.

«Vamos chamaco, hace hambre, ya huelen los frijoles».

Justino lanzó una piedra más y el gringo corrió en dirección de la misma. El eco de sus ladridos rezumbaba entre las barrancas y quebradas perdiéndose entre los riscos, mientras ellos avanzaban en sentido contrario, hacia la casa.

Caminaron por el sendero de siempre, entre abundante vegetación, destruían con el machete y a manotazo limpio las múltiples telarañas, muchas de ellas recién construidas. En ambos lados de la vereda podían distinguirse gran cantidad de piñas silvestres, salvias, higuierillas y trompillos. Los viscosos matorrales y tupidos pastizales hacían imposible distinguir con claridad más allá de dos metros, entre encinos, tepeguajes, amapas, pochotes, habas, tapacos, apomos, sabinos, mautos, guásimas, brasil y muchas otras plantas leñosas autóctonas. La flora presumía un color verde intenso durante todas las estaciones del año. Hermoso de día, misterioso y sombrío por la noche.

Más allá de la vereda, proliferaban nanchis y árboles de arrayán de diversos tamaños, bebelamas, ayales, uvalamas, naranjillos y guamúchiles que todos los días y en todas las épocas del año ofrecían

suculentos frutos. Enclavado en un paredón y visiblemente aferrado con sus raíces, como si fueran uñas gigantes incrustadas en la superficie rocosa, se observaba un imponente zapote.

Su misterioso tallo *melaninoso* atraía y albergaba a miles de gusanos negros y esponjosos que parasitaban en su enorme cascajo superficial. Dichos gusanos se protegían en capullos para después metamorfosear en hermosas mariposas. Años después, estos árboles fueron extinguidos intencionalmente por ingenieros que mandó el gobierno. Erróneamente, pensaban que estas larvas se transformaban en tábanos; ciertos insectos alados, proclives a saciar su apetito mordisqueando las heridas de los animales domésticos. Situación desafortunada que traía como consecuencia frecuentes infecciones, principalmente en vacas, burros y mulas.

Fulgencio Arriaga y su pequeño hijo estaban ya cerca de la quebrada: un ruido ensordecedor se dejaba escuchar. Acuosas y cristalinas moléculas renegaban haciéndose notar enfurecidas, al gruñir estrepitosamente entre los peñascos. Manantiales escurridizos emergían sobre la superficie, abriéndose paso entre los riscos y precipitándose escandalosamente ladera abajo. Desembocaba a su vez, en un caudaloso río, allá al fondo del abismo. Elemental sustancia dispersada más adelante en ramificaciones de arroyuelos, tal si fueran convidadas forasteras en casi todos los pueblos y rancherías distribuidas por la región.

En aquel momento Justino extrañó a su mascota. Miró hacia atrás, el perro no los seguía.

«Se perdió el gringo, *apá*» — dijo preocupado.

«Al rato aparece» — contestó su padre. Aunque solo lo dijo para tranquilizar al chiquillo.

«No será el primero que devoran los coyotes» — pensó.

No estaba tan errado. Tres días después, los chamacos no daban crédito a lo ocurrido, encontraron al gringo echado a un lado de la roca donde descansó Fulgencio. Ahí, casualmente, el viejo había olvidado una sogá. Estaba visiblemente lastimado, mordido por algún animal salvaje. Murió desangrado esperando que regresaran por la sogá o pereció defendiéndola. Nunca se supo.





Mucho tiempo después, Justino Mora seguía recordando el lugar exacto donde el pie zurdo de Fulgencio, su padre, machacó la colilla de cigarro en el suelo hasta apagarlo completamente por última vez en su vida. Así, como también, su mente albergaba el instante preciso cuando se escuchó el sonido letal del cascabel.

«No tuvo tiempo de reaccionar» — decía.

«La víbora saltó como flecha y clavó sus colmillos mortales en la canilla derecha»

Aquella tarde, los desorbitados ojos del niño alcanzaron a ver como la serpiente se escabullía con su cabeza erguida, muy ufana, perdiéndose entre la espesa y acolchonada hojarasca abajo de los árboles, acumulada por la opresión constante de los años. Un rictus de dolor se dibujaba en el rostro del viejo cuando llegaron a la casa.

«¡Ave María purísima!» — gritó Matilda, asustada.

«Ramiro, corre por hojas de guaco y arrímalas al comal».

— Ordenó con evidente desesperación —.

Ramiro, hermano mayor de Justino, corrió asustado. Entretejidas en los alambres del cerco crecían largas guías de guaco. Tembloroso, el chiquillo cortó algunas hojas y regresó rápidamente.

Un Fulgencio lívido, demacrado, cadavérico y atolondrado se sentó en el catre. Apenas tuvo tiempo de recostarse. Cuando se inclinó, el camastro emitió un leve chillido entre los tornillos oxidados, como quejándose de recibir bruscamente el pesado cuerpo, ya sin sentido.

Matilda arrancó un pedazo de tela de su bata percutida y la amarró con fuerza, un poquitito abajo de la rodilla. Realizó un corte sobre la herida con el cuchillo de cocina bañado en pulque. Chupó el veneno y lo escupió veintisiete veces. Escurrió suero de queso fresco en la herida para absorber el veneno y puso un santo de cabeza. Calentó hojas de guaco en el comal y las colocó sobre la herida durante toda la noche. Los rezos y cuidados fueron en vano. Al amanecer, Fulgencio Arriaga ya estaba muerto.



En aquella época, las rutas de acceso entre las casas lucían veredas angostas, pasadizos lúgubres y tenebrosos que proyectaban temor aun al más osado. Era frecuente sentir el corazón corrugado, *compresión del asterisco* y falta de armonía en los riñones, principalmente por el miedo a los animales ponzoñosos.

El terreno lleno de promontorios, entre densa vegetación y a través de las veredas, frecuentemente albergaba víboras de cascabel enroscadas en su propio cuerpo, prestas para clavar sus mortales colmillos a quien osara enturbiar su dulce sueño. Tal como aquella tarde le ocurrió a Fulgencio Arriaga.

En los pocos espacios de rala vegetación, alguien podía tropezar con algún monstruo de Gila. Un reptil holgazán de caminar lento, pesado, pausado. Quien los conociera a fondo, sabía que, con solo desviarse lateralmente un paso bastaba para eludirlos. Parecía que siempre caminaban en línea recta, eran extremadamente lentos para girar su cabeza hacia los costados. Sin embargo, no pocos distraídos sucumbieron a su mortífera mordedura.

La gente podía encontrarse con sapos, ranas, salamandras, güicos, cachoras, ratas, conejos, zorrillos, armadillos, coralillos, culebras prietas como pollos y limacoas; así como serpientes chirrioneras, las cuales, reaccionaban en defensa *pajueliando* las piernas con ágiles latigazos, para después huir apresuradas.

Entre árboles y arbustos, nunca faltaban las pobladas colonias de *bitaches* y *atarantadoras*. Siempre agresivas, dispuestas a atacar a la menor provocación.



No muy lejos de ahí, en la cabecera municipal, apenas algunos siete kilómetros de distancia, Remigio Casasola limpiaba sus lentes con su propia camiseta. Al mismo tiempo, intentaba ordenar algunos documentos desperdigados en su escritorio. Un hombrecillo de piel colorada y gafas de cristal sucio, gruesos en extremo, como fondo de botella. *Mmmm*, exclamaba frecuentemente al conversar, miraba siempre a su interlocutor por encima de los lentes e inclinaba un poco la cabeza. Tenía algo en su mirada, que cualquier persona podía confundirlo con un demente.

Después de que el gobierno tomó el control del registro civil, Remigio fue comisionado como encargado de asumir dicho cometido en la región. Instaló su escribanía en la salita de su casa. Encima de la mesa de trabajo, resaltaba un portaplumas, una vieja máquina de escribir y una cachimba de petróleo. El humo emanado del artefacto luminoso proyectaba macabras y distorsionadas sombras en las paredes de la casa. Años después, cuando llegó la electricidad, dicho utensilio fue sustituido por una lamparita que lucía un casco visiblemente oxidado.

Desde muchos años antes se arrastraba el problema, los hijos eran registrados solo con el apellido de la madre o, en el mejor de los casos, el apellido del padre aparecía en segundo término. La presencia de los maridos en el registro civil era excepcionalmente rara, un asunto que, según su punto de vista, era solo de viejas. El machismo recalcitrante y su intransigente desconfianza hacia las instituciones de gobierno, los mantenía alejados de estos menesteres.

«Ve tú, ora estoy muy ocupado, esas son cosas de mujeres» — decían.

El señor Casasola tampoco tenía algún inconveniente en plasmar en el acta de nacimiento la información adulterada, razón por la que enmarañaba aún más el ya de por sí, descarriado proceso. Fue así como los Arriaga Mora resultaron ser Mora Arriaga. Después, algunos de los Mora Romero aparecieron como Romero Mora y los Gutiérrez Ramos como Ramos Gutiérrez o simplemente Ramos, sin dejar de mencionar como los Morales Jiménez resultaron ser solo Jiménez.

Por increíble que parezca, individuos que en aquella época tenían por apellido Rivera Soto, algunas generaciones después, cuando sus descendientes echaron una ojeada al árbol genealógico, los apellidos se habían extraviado irremediablemente. En su respectiva acta de nacimiento, quedaron registrados como Arriaga Padilla. Todas las generaciones sucesivas convivieron con el error y confusión en el orden de los apellidos.

«Mmmmm, vamos a ver ¿Matilda Mora dice que se llama?»

— Preguntó Don Remigio. Miraba por encima de sus anteojos, con cierto aire demente, como siempre.

Se escuchaba el golpeteo de la máquina de escribir cuando empujaba cada una de las teclas. Despacio y siembre con el dedo índice de su mano derecha.

«Viuda de Arriaga» — corrigió orgullosa.

«Mmmmm ¿cuál será el nombre del chamaco?» — preguntó el funcionario.

«Pos, Justino Arriaga Mora... Arriaga como su difunto padre y Mora como su madre, aquí presente» — contestó Matilda.

«Mmmmm, por desgracia lo que usted desea no será posible». «Debido a la ausencia de su esposo, tendrá que registrarse como Justino Mora Arriaga» — Aseguró el señor Casasola.

«¡Y como quiere que venga, si ya es difunto!» — protestó Matilda.

«Las cosas son como deben ser. Así lo dice la ley» — replicó el viejo.

Movió su cabeza arriba abajo dos o tres veces. Lentamente, indicando que su respuesta representaba la verdad absoluta. Reacomodó sus lentes una vez más, con el propósito de observarla mejor.

«Pos ni hablar, si cuando estaba vivo pasó lo mismo con el otro chamaco... nunca quiso venir» — dijo Matilda.

«Pos ya ni que hacer» — agregó. Y encogió los hombros, notablemente resignada. El chiquillo contaba ya con algunos años, Matilda ya no recordaba cuántos. Por razones obvias, el acta de nacimiento nunca coincidió con la edad real de Justino Mora Arriaga.



Cuando Matilda y sus hijos regresaban a la casa, la curiosa noche ya se asomaba y opacaba lentamente los pocos y debiluchos rayos solares que aún seguían rezagados.

«Vamos hijos» — dijo, mientras encaramaba a los chiquillos al burro.

Apenas tomaron el camino vecinal, una sensación de miedo incursionó en su mente. La abundante maleza y los árboles frondosos cubrían la luz de la luna, los volvía auto invisibles. No distinguían ni sus propias manos.

En aquellos tiempos, por esas oscuras rutas, era común toparse con alguna bestia que estuviese echada sobre el camino, o bien, que caminara en sentido contrario. Muchos animales domésticos, tales como burros, vacas, caballos o mulas, deambulaban siempre en libertad por las sendas y potreros.

«Up, up» — exclamaba Matilda al percibir un ruido. Con el corazón acelerado, inclinaba levemente la cabeza, buscaba captar mejor los sonidos guturales de la noche. Un escalofrío recorría todos los rincones del cuerpo, mientras esperaba que algún ente humano replicara la mismísima expresión. Entre el ramaje de un árbol se escuchaba el ululato de un búho, lo que intensificaba el espanto. La gente aseguraba que dichos animales estaban muy emparentados con el diablo.

En el ocaso de su vida, Justino Mora Arriaga mantenía en su mente aquellos enigmáticos paisajes. A través de los años, el pueblo fue testigo como gran parte de esta zona se transformó en valle muerto. No pocas montañas se mostraban desnudas, como personas dispuestas. Lomas y mesetas desoladas, tristes y estériles como mulas. Un valle enjuto, seco, prueba palpable y verosímil de la increíble y creciente estupidez humana. Algunas zonas, antaño notablemente boscosas, mostraban después una estampa calenturienta, delirante... abrasante. Un pelaje terrenal expuesto irremediabilmente a los inclementes rayos solares.

Podían distinguirse desde muy lejos y sin el menor esfuerzo, lomas desérticas y erosionadas...sofocantes. Un triste cerro San Rafael, antes imponente e impresionante, transformado después en agonía, desilusión y pesadumbre.



El luto duró poco, dichos asuntos terrenales dejaron de quitarle el sueño. El desconuelo mutó y Matilda se volvió muy querendona; de sus diversos amores nació Macario, el último hijo. Un chiquillo sietemesino sin muchas esperanzas de vida, según el fatídico pronóstico de la partera. Sin embargo, la predicción nunca se cumplió, el pueblo convivió con él por cerca de ochenta años.

Los hermanos Mora crecieron bajo el mando riguroso de su madre. Era, sin dudar, una mujer de enaguas firmes. Los chiquillos vivieron una niñez en convivencia permanente con los cultivos de cítricos, hortalizas, papayas, ciruelas y diversos productos, en la pequeña huerta familiar. Revolvían boñiga en la tierra a cultivar para mejorar la cosecha. Si la lluvia escaseaba era regada con agua del arroyo, que transportaban con la resignada complicidad del burro. Colgaban cajas de madera porta cubetas debidamente amarradas del fuste, en ambos costados del animal. Podían transportar hasta cuatro recipientes rebosantes de agua para riego y consumo, como años después lo harían también sus hijos.

En esa época, Matilda vendía botellas de tequila y mezcal, un negocio ilícito, aunque con la sospechosa complicidad del comisario, quien se hacía de la vista gorda, a cambio de favores inconfesables según rumores de la gente del pueblo. Así transcurrieron muchos años; cuando el cuerpo y las ansias se resquebrajaron, simplemente la dejaron trabajar, sin molestarla. Ensimismada en sus actividades, nunca se percató que sus hijos abandonaron la escuela, apenas algunos meses de haberla iniciado. Justino, con no poco esfuerzo, solo aprendió a escribir su nombre.

Los hermanos Mora eran inquietos como todos los chiquillos de su edad, concebían diversas ideas para divertirse. Siempre se las ingeniaban para inventar y practicar numerosas travesuras. En compañía de sus



primos hacían rondas para bailar el trompo, jugar al bote escondido, a la cebollita y también a las canicas.

Aquella tarde, como casi todos los días, Justino se hacía acompañar de Macario, su hermano menor. Cruzaron el arroyo con los pantalones arremangados hasta la rodilla. Era un arroyuelo de caudal discreto y amplitud evidente, solía proyectar cierto respeto a todo aquél que no lo conociera. Se encaminaron después por una pequeñísima pendiente empapada de polvo fino. Lecho de tierra seca en el que sumergían sus pies en el paso a paso. Justino sacudió vigorosamente sus piernas, una a la vez. Intentaba expulsar los molestos gránulos arenosos atrapados entre los huaraches de tres puntadas, entre los dedos y hasta en las plantas de los pies.

A la derecha del camino terregoso, se erguía un voluminoso y grotesco tronco. Un prominente y obeso tallo que sostenía una inmensa higuera ancestral, madriguera milenaria de hormigas, cuervos, iguanas y cachoras.

Dejaba ver una hendidura angosta. Un pasadizo, que, con un poco de esfuerzo llevaba a los chiquillos hacia un vasto espacio en la parte interior del tronco, era lo suficientemente grande para albergar a dos o tres chamacos en cuclillas. O bien, cómodamente sentados, uno de los lugares preferidos de los jovencitos. Se escondían allí para jugar con sus carritos contruidos con cajas de sardina vacías y llantas de habas silvestres. Una planta lechosa e irritante, típica en la zona. Dicho rinconcito, a su vez, comunicaba con una zona donde se localizaba una nutrida huerta de mangos, limones y aguacates, propiedad de Petra García. Vieja huraña, tranquila y de voz pausada, que transmutaba en un ente energúmeno y grotesco, vociferando maldiciones a todos aquellos que osaran profanar su territorio.

Cuando los chiquillos se aburrieron de jugar, el astro rey ya se perdía entre los montes. Salieron del túnel y entraron a la huerta. Un poco más adelante, se sentaron en el suelo para observar de cerca, a un trío de escarabajos. Con sus patas traseras empujaban sendas bolas de mierda. Observaron maravillados durante algunos minutos, hasta que los incansables animalitos lograron meter la caca hasta su madriguera. En ese momento se levantaron y avanzaron en dirección al árbol más cercano. Justino lanzó apenas la primera piedra buscando derribar los mangos cuando escucharon los gritos de Petra García.



«¡Chamacos del demonio!, ¡ora verán!, ¡píquenle *pa'* su casa!» — gritó encorajinada, agitaba su brazo derecho repetidamente, como si les lanzara algún objeto. Corrieron espantados, cruzaron el cerco culebreándose por abajo del alambre. Las púas alcanzaron a rasgar la camisa de Justino. Un pequeño hilillo de sangre enrojeció la tela. Sintió un leve ardorcillo, poco le importó, se incorporó rápidamente y siguió corriendo. Subieron la pequeña cuesta, rodearon la loma y bajaron por el camino viejo. Un conejo que dormitaba debajo de un arbolillo de San Juan, salió corriendo *como alma que lleva el diablo*, adentrándose entre el monte. Más adelante, se internaron en la propiedad de la familia y cruzaron por el cagadero. Una gallina deglutía un grano de frijol entero. Lo había descubierto incrustado en la caca. Alcanzaron a mirar como un perro daba el último mordisco a un trozo de mierda aún fresca.

«Al menos no la pisamos» — dijo Macario.

«Gracias al perro» — contestó Justino.

Las gallinas y polluelos corrieron asustados. Algunas volaron a ras del suelo cuesta abajo, cacareaban de forma escandalosa. Los hermanos Mora bajaron despacio y entraron a la casa por la puerta de atrás. Una casa con techo de teja, portal largo y paredes vastas a base de adobe, pintado de cal. Las paredes presumían fotos enmarcadas con madera, donde se podía ver a familiares tanto vivos como muertos, atrapados en los polvorientos vidrios. Los marcos se enganchaban con clavos incrustados en el adobe, sostenidos apenas por la gracia de Dios, aferrados con la última uña corroída.

Era una vivienda de aspecto pobre, con una modesta huerta al lado norte, donde se distinguían algunos árboles frutales; mangos, naranjos, naranjillos, mandarinas, guayabas, arrayanes y papayas. También algo de hortalizas. Podía percibirse a metros de distancia, un exquisito aroma a cilantro, cebolla, *istafiate* y epazote.

A su vez, el corredor lucía dos hileras de macetas colmadas de plantas, colocadas en filas tan largas como el portal mismo, separadas entre sí por la puerta principal que daba a la ramada, nombre común de un techo de hojas y tallos, construida con el propósito de protegerse del calor inclemente del sol. Estaba sostenida por horcones de árboles nativos, llenos de telarañas empolvadas. Algunas macetas de barro,



eran solo jarrones resquebrajados, las raíces de las plantas se asomaban desesperadas entre bultos de tierra que el mismo recipiente vomitaba. Otras eran de metal, castigado por el tiempo. Las raíces, avergonzadas, se exhibían entre *pedacería* oxidada y visibles manchas de color marrón.

Muchas de las plantas presumían flores hermosas. Otras, aunque no florecían, la belleza de sus largos tallos y grandes hojas engalanaban la pupila del visitante. Eran tan verdes y brillantes, que sus colosales llantos se distinguían a simple vista. Podían mirarse con suma facilidad, grandes gotas de clorofila emergiendo de los poros, asomándose con asombro y aparente curiosidad. Después, se escurrían hoja abajo, precipitándose, hasta golpear con poca delicadeza la hojarasca muerta acumulada en el suelo.

Fue en ese tiempo, cuando los empresarios mineros, gringos en su mayoría, llevaron una gigantesca máquina para ampliar el camino. La gente estaba asombrada con la impresionante herramienta. Los chiquillos miraban sorprendidos como la enorme bestia mecánica derribaba los árboles y desgajaba los paredones rocosos. Justino la siguió sin darse cuenta, mucho más allá de la casa. Cuando reaccionó ya estaba cerca del poblado vecino. De pronto, una pesada carga de energía negativa le apachurró la nuca, como si fuera un presentimiento. Fue cuando volvió la cabeza atrás y miró por encima del hombro. Su madre, enfurecida, se acercaba látigo en mano. El chiquillo corrió tratando de esquivar los latigazos mientras escuchaba a su madre gritar:

«Hijo de la chingada, si no andas de metiche, esa pinche máquina del diablo no funciona».



Se consumieron los años, Justino Mora Arriaga era ya un jovencuelo adolescente. Flaco, escuálido y de mediana estatura; razón suficiente para ver como sus costillas se asomaban indiscretas bajo la piel. Ojos cafés claro y mirada escurridiza, profunda y *pizpireta*, la cual mantuvo hasta el fin de sus días.

Un muchacho altivo y de elegante porte, aire presuntuoso, distraído y bromista. Bigote delgado, al natural primero, después a propósito. Acostumbraba usar sombrero arrancherado, como la mayoría de los pobladores de la zona.

Un mozuelo alegre, enamorado, aunque de una reprobable actitud altanera...soberbia. Inteligentemente supo equilibrar estas características no gratas con su buen sentido del humor, de tal forma, que logró conquistar a varias mujeres del pueblo.

«¡Ay chiquitas no se duerman!» — gritaba, con evidente intención de volver más tarde y disfrutar la noche.

La oscuridad de la noche y su vestimenta negra lo hacía pasar desapercibido. Se introducía en ciertas casas donde acuerdos previos le permitían encontrar alguna ventana abierta. Su hermano Macario era el cómplice perfecto.

Una hermosa mañana, cuando el sol apenas se asomaba, Justino Mora avanzó por el camino sinuoso rumbo al arroyo, arengaba al burro cargado con los baldes donde acarreaba agua. Fue cuando distinguió a lo lejos una jovencita, cargaba una canasta con pan, coricos, empanadas y semitas azucaradas. Imagen que aún en el ocaso de su vida, mantuvo siempre en su mente.

«¿Cuánto cuesta la pieza?» — preguntó

«Diez centavos» — respondió tímidamente la muchachita.

Un Justino desdeñoso se acercó, retiró la servilleta que cubría los panes y tomó una pieza, asestándole tremenda mordida. Mientras masticaba, regresó el resto a la canasta. Tomó una más y repitió el mismo proceso. Se disponía a intentarlo por tercera vez cuando observó el rostro afligido de la chiquilla. Gertrudis no articulaba palabra alguna, era evidente su preocupación. A punto estaba de sollozar, cuando Justino depositó veinte centavos en la mano temblorosa de la jovencita. El puño de la muchacha apretó fuertemente el dinero y se alejó apresurada. El joven la observó pensativo. Estaba visiblemente absorto. Lo cautivó su belleza.

«¡Que chulada de *máiz* prieto!» — exclamó, entre dientes.

Desde entonces, inició una serie de encuentros casi siempre intencionados. Cauteloso y escurridizo, aparecía con frecuencia en su camino. A partir de aquel momento su arrogancia se dispersó en fragmentos diminutos, consumiéndose uno a uno entre mordiscos de amor.



Dentro de la huerta de Petra García, atrás de la inmortal higuera se localizaba la noria. Era un pozo profundo y circular adoquinado minuciosamente. No podía faltar su típica manivela. Los vecinos de la parte sur del poblado donde vivían los Mora se surtían de su agua cristalina. Natural, libre de bichos y gusarapos; al menos a la vista. En esa época era la única fuente de agua para beber.

Todos los días, Justino miraba a Gertrudis al pasar rumbo al arroyo. Desde chiquilla presumía una tremenda destreza para transportar sin problemas sobre su cabeza, una rebosante olla con agua, la cual recogía en el pozo, igual que su madre y su abuela y tal como lo hacían las mujeres del pueblo. Habilidad que después heredarían también sus hijas.

Justino, frecuentemente se hacía el aparecido con incuestionable intención. Gertrudis ya vivía en su mente. Ella lo percibía. Soñaba con él...soñaba también, que él soñaba con ella.

Al siguiente sábado, a media mañana, Justino bajó la pequeña cuesta montado en el burro, salió al camino y se dirigió al arroyo. Pasó frente a la vieja higuera y echó un vistazo por el pasadizo del tronco. Alcanzó a distinguir cómo las hormigas negras y coloradas seguían incansables desfilando en busca del jugoso néctar de los higos. Parvadas de pericos, guacamayas y cuervos escandalizaban en las alturas, como siempre.

El borrico metió las patas delanteras al agua del arroyo, agachó la cabeza y bebió repetidas veces. Resopló fuertemente, sacudió la testa y continuó su marcha siguiendo el curso del afluente, bajo la complacencia de su jinete.

En aquel momento las distinguió a lo lejos. Gertrudis y su abuela lavaban ropa en el arroyo.

«Se miraba tan chula con su pelo largo» — contaba después a sus amigos. Tallaban, retallaban y golpeaban la prenda sobre la tabla que la hacía de lavadero. Parecían molestas, como si estuvieran enojadas con la ropa que se apropiaba de la mugre.

A cada tres golpes, le seguían dos, tres, cuatro, cinco talladas con jabón en mano.

Con la jícara de bule seco, tomaban agua del arroyo y la derramaban en abundancia sobre la ropa. Fue entonces cuando escucharon el tropel del burro. Se levantaron apresuradas al ver como se acercaba el animal, corriendo, montado a pelo por Justino. Pasó despavorido frente a ellas. Lo azotaba en las ancas con una vara de salvia. Quería impresionarlas.

Más adelante, antes de la curva donde iniciaba el callejón que llevaba al promontorio mayor, el joven se asustó. En su desesperación por detener el animal jaló la cuerda bruscamente y el burro se detuvo en seco. Justino salió disparado por encima de la cabeza del borrico y cayó estrepitosamente en las ramas secas de la orilla del arroyo. Al levantarse, se percató que tenía incrustadas varias astillas muy cerca del ojo derecho.

Podía verse su camisa roja, ensangrentada. Cuando Matilda lo cuestionó acerca de lo ocurrido, contestó:

«Don Hilario me asustó el burro». Sabía que el decir la verdad le costaría una colosal cintariza.

Cuando Matilda le reclamó al viejo, este prefirió quedarse callado. Su caballerosidad no le permitía discutir con las damas.

Así pasaron varios años. Un día domingo del mes de abril, cuando el sol ya se ocultaba, Gertrudis Romero extraía agua del pozo. Tiraba de la cuerda con clara dificultad. La soga estaba amarrada por el extremo opuesto a una pequeña cubeta rebosante de agua, intentaba lastimosamente subirla hasta la superficie. Fue cuando Justino se acercó para ayudarla.



«Tienes ojos de canica» — le dijo de forma coqueta y maliciosa. En efecto, sus ojos redondos parecían boliches, sus pupilas lisas y brillantes tenían un fulgor incendiario. Con solo desearlo el pueblo entero podía perecer, transformado en cenizas.

Gertrudis no contestó. Sus labios embozaron una delicada, tímida y sutil sonrisa.

«Una sonrisa da esperanzas dice mucho, es importante...más nunca suficiente». — Pensó Justino. Un aire engreído y triunfalista se vislumbró en su mirada.

En aquel instante, la chiquilla sintió un minúsculo escalofrío. Pequeñísimas descargas eléctricas descendieron desde el cerebro. Erizaron los diminutos vellos de su piel y abrazaron con ternura su corazón, transformándolo en un microscópico músculo tembloroso, corrugado y marchito. Era una sensación extraña, una homogénea mezcla de alegría y temor. Lo más rápido que sus fuerzas se lo permitieron, vació el contenido de agua en la olla y la subió a su cabeza.

«Gracias» — dijo, con voz apenas audible. Y echó a andar con cierta dificultad por el camino terregoso, rumbo a su casa.

«Ya mero la besa un pobre...nomás la pared le estorba» — murmuró Justino, mientras la miraba alejarse.

Gertrudis Romero era ya una hermosa jovencita, alta, larguirucha, de ojos grandes y mirada coqueta. Su cabello formaba largas trenzas que oscilaban como péndulos infinitos a través de su espalda, en su armonioso caminar. Presumía un hermoso rostro de tez blanca, nariz pequeña y ligeramente afilada. Solía despertar un sublime encantamiento entre los jóvenes del pueblo. Fascinación seductora que aprovechó un descuido de Justino Mora para meterse entre los hilachos de su corazón.

Fueron muchos meses de encuentros furtivos en complicidad con las sombras de la noche. Doña Eulalia Romero lo sabía, era evidente su preocupación. No confiaba en Justino, tenía una reputación deplorable en cuestiones de amor. Su fama de libertino lo situaba en un reducto alejado de las chicas decentes. En muchas ocasiones aconsejó a su hija tratando de persuadirla, más siempre fue en vano. Las razones del corazón son aplastantes, apabullantes...abrumadoras.



El amor por Gertrudis hizo milagros. Justino pensó en hacerse de dinerito. En su cerebro deambulaban algunas ideas. Aprovechó que la vista de su madre ya estaba deteriorada y ofreció su ayuda para atender a los clientes. Fue así como se atrevió a quedarse con las propinas de los compradores de alcohol. También vendía una parte de los huevos de las gallinas a escondidas de su madre.

Cuando aquella mañana, Matilda encontró tres pesos en su pantalón, la explicación fue contundente. Cualquiera hubiese pensado que su respuesta estaba previamente preparada.

«Cuando venía por el camino, muchas veces me decía: virgencita de Guadalupe que me halle tres pesos, virgencita de Guadalupe que me halle tres pesos, virgencita de Guadalupe que me halle tres pesos. Tanto lo pedí, que un poco más adelante los encontré». Matilda sonrió, percibiendo la mentira. Sospechaba de donde sacaba el dinero.

«¿Qué puedo esperar con el ejemplo que le doy?» — se cuestionó.

«En fin, a veces las cosas salen mejor cuando los caminos no son correctos». — Musitó con un aire de certeza reprimida, no muy convencida de su afirmación. Fue así, como tiempo después, el muchacho completó el dinero para comprar un burro.



«Buen día tenga usted Don Hilario» — dijo Justino.

«Buen día pa' ti también muchacho» — contestó el viejo.

«Anda chamaco pasa pa'dentro...mujer, sírvele una taza de café a Justino» — agregó.

Por las rendijas del cercado Justino divisó a la señora entre los pretilos de la cocina. En unos instantes ya extendía el brazo, sostenía en su mano un recipiente con humeante café de talega. Justino aceptó gustoso, dio el primer sorbo, no sin antes agradecer el detalle, y dijo...



«Vengo a que me venda un burro, ya junté los doce pesos».

«*Pos* mira muchacho, *orita* los tengo pastando en el prado del promontorio, aquel que está arriba, al pie del cerro. Vienes mañana en el atardecer, allí hacemos el trato» — explicó entre ademanes Don Hilario.

Como Justino salió rumbo al arroyo, don Hilario aprovechó y se dirigió apresurado a casa de Matilda Mora. En realidad, buscaba su autorización. A la gente mayor no le gustaba hacer tratos con mozalbetes, sin permiso de sus padres.

«¿Como ves?, tu hijo quiere comprarme un burro. Tú dices si se lo vendo» — le dijo.

«*Pa'* que la piensas, si tiene con qué pagar, *pos* véndeselo» — contestó Matilda Mora.

Fue así como se hizo del primer animal de trabajo. Justino Mora, estaba urdiendo la idea de entrarle al comercio y trueque de mercancías. Había escuchado que se ganaba buen dinero y quería *hacer su agosto*.

A partir de aquel día, todas las mañanas antes de que el sol se asomara, Justino ya estaba de pie. Encasquetaba el aparejo al burro, lo cargaba con la cosecha de la huerta familiar y otros productos que conseguía con los moradores del pueblo.

Desahijaba milpas, juntaba rastrojos, cosechaba naranja, mango, cacahuete, caña y aguacate. Compraba, vendía e intercambiaba estas mercancías en el pueblo y otras comunidades cercanas. Lo acompañaba su hermano Macario, ambos de compleciones similares. Un par de individuos notablemente delgados, camisas a rayas y cuadros rojos. Mangas arremangadas hasta los codos y sombrero ranchero, desgastado y manchado por el rudo y constante uso.

Huaraches de tres puntadas asegurados con cuerdas de baqueta en sus pies encallados. Unas patas duras y resistentes a las inclemencias del trabajo rudo del campo. Con el machete al hombro y arriando el burro, cubrían jornadas larguísimas, no menos de doce horas. Se internaban en el extenso monte boscoso y llegaban más allá del cerro blanquecino que se divisaba desde el pueblo. Una montaña de aspecto espumoso a causa de la abundante neblina encimada.

Por la tarde, cuando el sol empezaba a debilitarse, *sudados como puercos*, regresaban a la casa. El burro cargado de leña y otras mercancías, avanzaba tambaleante y resignado. Un asno con una peculiar costumbre: Solo bebía agua con manguera o con embudo.



Fue en esos años cuando aparecieron los primeros aparatos de radio. Los arrieros que llegaron hasta la capital regresaron un día, con el maravilloso, sorprendente y novedoso invento de los italianos. Justino y sus hermanos, extasiados, arrebataban el único ejemplar radiofónico de la casa. Embelesados, escuchaban su música favorita y las noticias del mundo a viva voz de los locutores. Llegaba señal emitida desde todos los confines del mundo y en diversos idiomas. Tarareaban canciones populares de la época, transmitidas por el aparato. Así fue como se enteraron de la muerte de Francisco Villa, Venustiano Carranza y Álvaro Obregón; de la Guerra Cristera y de las aventuras ilícitas de Al Capone.

Muchos años después, Justino habría de recordar a la gente armada y su frecuente paso por la zona, avanzando a pie y a caballo, entre sofocantes polvaredas.

«Cómo no acordarse de ellos» — narraba Justino en el ocaso de su vida.

«Allí se metieron varios de este pueblo».

«Eran buena gente, personas de bien» — decía.

«Hasta que se les metió en la cabeza eso de andar a *salto de mata, del tingo al tango*».

«Por esa brecha pasaban, entre vivas al cristo rey y mueras a Plutarco...era un griterío del demonio, se divisaba desde muy lejos la nube de polvo levantada por el ajetrear de los caballos. Iban por el promontorio hasta el recoveco que se ve allá en el cerro. Algunos parecían cansados. Siempre sudorosos, pensativos, como si cargaran con hartos remordimientos. ¡Y como no habrían de tenerlos!, con tanto muerto en su conciencia.



Los perros no los querían, ladraban muy encorajinados, como si trajeran el diablo adentro. Arriesgaban su vida metidos entre las patas de los caballos. Los seguían hasta el pie del cerro, como corriéndolos del pueblo. Al subir la cuesta, los canijos animales se cansaban de ser ignorados y entonces, se devolvían. Llegaban todos agotados y sedientos. Se prendían del bebedero como locos...hasta casi reventarse».

«Me acuerdo muy bien de ellos, como si los tuviera mirando de cerquita. Dormían en las cuevas o donde les llegaba la noche. Escondían los centavos, los enterraban en lugares que después ya ni se acordaban, con tanto ajetre».

«Y si los mataban... pos menos».



Habían transcurrido cuatro o cinco meses. Aquella tarde de septiembre, Justino se encontraba recostado en una silla endeble de madera, inclinada y apoyada en el tallo de un árbol de mango, mismo que estaba situado en los límites del gran patio. Un aparato de radio descansaba en su regazo.

Taciturno y adormilado, escuchaba su música favorita. Al mismo tiempo observaba cómo los rayos del sol se debilitaban y se acurrucaban, agazapándose asustadizos en el horizonte.

Mientras la tarde bostezaba y exhalaba el último suspiro, pensaba en ella. Su mente albergó pensamientos diversos y fragmentados, como si fueran astillas endebles desparramadas por el fuerte machetazo al palo seco.

Pensaba en ella, mientras la noche arrogante y hambrienta, se mostraba impaciente por deglutir a la tarde moribunda, como vil zopilote. Su memoria adormecida y confusa empezaba a perderse en la bruma, cuando de pronto, por la senda que conducía al arroyo, divisó a Gertrudis. Emanó un suspiro desde lo más profundo de su corazón y la razón se instaló de nuevo en su cabeza. Como si fuera cosa de magia, hilvanó los eslabones formando ideas y congeló la que, para él, era la mejor de todas.



No quiso dar más vueltas al asunto, se levantó decidido y enfiló apresurado rumbo a la huerta de Petra García, donde se localizaba la noria. Ahí, seguramente, encontraría a su amada. En efecto, ahí estaba... cuando la tuvo suficientemente cerca y como si temiera arrepentirse, exclamó sin dudarle...

«¿Quieres escaparte conmigo?»

«No entiendo».

«Que te *jullas* conmigo».

«¡Estás loco!»

«Ya lo sé, no ocupo que me lo digas»

«Entonces, ¿qué dices?»

«¿De veras? ¿Es en serio?»

«Sí, estoy serio. Lo pensé muy bien antes de preguntarte».

«Casi ni nos conocemos».

«Eso no importa, habrá tiempo *pa'* eso».

Intercambiaron una mirada de complicidad manifiesta, seguida de un instante silencioso...sosegado, prudente. Un taciturno trance que a Justino le pareció eterno. Como para romper el hechizo, el muchacho forzó una mesurada tosecilla y dijo:

«Te espero en la madrugada junto a la huerta, adelantito de tu casa». Ella no contestó. Su corazón palpitaba acelerado, tal si fuera una potranca desbocada y su mente se transformó en un remolino colmado de contradicciones.



Los gallos cantaban en coro aquella madrugada. Eulalia Romero, madre de Gertrudis, despertó antes del amanecer, como siempre. Se sentó en el catre bostezando descaradamente. Estiró sus brazos cuan largos eran, y aún un poco más. Movi6 la cabeza de un lado a otro, repetidas veces. Intentaba despertar del letargo matinal. Restreg6 en6rgicamente sus ojos con la chira de bata percutida que traía puesta, para limpiar los *choquiles* matutinos.

Era un pueblo donde los viejos se acostaban a dormir casi al mismo tiempo que las gallinas y se levantaban antes del amanecer, cuando los gallos insistentemente anunciaban el nuevo día.

«¡Levántate Gertrudis!» — exclamó doña Eulalia con voz entrecortada. Despacito, como para no despertar a su madre.

«Hay que prender la lumbre *pa'* hacer el café» — insistió. Como no obtuvo respuesta, empujó el catre con la punta de sus pies. El bulto permaneció inmóvil. Con el rostro afligido, se inclinó lo suficiente hasta alcanzar la cobija. La tocó suavemente con el dedo índice de su mano derecha. Fue cuando descubrió que la manta solo tapaba almohadas, encimadas en el petate y la *cuilta*. Gertrudis, con clara intención había formado lo que parecía un cuerpo humano arropado de los pies a la cabeza. Angustiada exclamó:

«¡Madre, la pinche chamaca no está!, ¡parece que no durmió en la casa!»

«¡No está en su catre!» — insistía con evidente preocupación. La anciana apenas se movió, aunque de inmediato volvió a reacomodarse.

«No chingues mujer, deja dormir» — murmuró.

Fue cuando la mente de Eulalia, reconstruyó las dos o tres piezas mentales que se encontraban desarticuladas hasta ese momento.

«Seguramente se largó con ese bueno *pa'* nada de Justino» — refunfuñó. Y no se equivocó. Aquella fresca madrugada de un mes de septiembre, apenas unos días después de que la chica cumpliera dieciséis años, Gertrudis Romero y Justino Mora se fugaron. Fue el inicio de un largo peregrinar por el sinuoso sendero de la vida. Las tres mujeres habían llegado al pueblo algunos años atrás. En ese entonces todavía las acompañaba el padre de Gertrudis, buscaban una ruta para llegar a la ciudad de la gente enzapatada. El viejo consiguió un terreno, construyó una choza y se marchó. Desapareció del pueblo, nunca más regresó. Las mujeres, resignadas, revolvieron masa cuantas veces fue necesario y vendieron panes, coricos, empanadas y semitas. Casa por casa, por todo el pueblo.

Al amanecer del segundo día, regresó Gertrudis a la casa. Los rayos del sol se colaban hasta el interior, escurriéndose como ladronzuelos

a través de las rendijas de la conveniente pared que separaba a la cocina del patio: un ingenioso muro tejido de otates, bien amarrados con cuerdas. Resistentes mecates obtenidos de la fibra del mezcal.

Aquellos, que algunos pobladores usaban también para tejer morrales y hamacas. Por ahí mismito, entre las ranuras, igual que el aire escurridizo, se metió la voz tímida y asustadiza de la joven, cuando dijo:

«Vengo por mis trapos *amá*».

«*Pos llévate todas tus chiras si quieres. Tú sabes que haces, ni de peliar tengo ganas. Nomás cuando salgan mal las cosas no vayas a llenarme de plebes pa' que los cuide. Ya ves lo que le pasó a la Lupe, salió panzona y la dejó el Güero. Ahora allí anda su madre con miles de batallas dando de tragar a una boca más. Y él, muy orondo, buscándose otra pa' hacer lo mismo*» — decía su madre, muy enojada.

«*Pos, él dice que me quiere*» — musitó Gertrudis.

«*Ya te ollí, aunque hables quedito. Así dicen todos, ya ves tu padre, dizque muy amoroso. Y tu abuelo también. Hechos pa' lo mismo. Y pos aquí andamos amasando la harina, haciendo pan pa' vender, porque si no, pos no comemos, con lo caro que está todo. Y otra cosa, desde orita te lo digo, si ese cabrón de Justino te hace de chivo los tamales, como segurito va pasar, ni te amuines*».

«*Ya ves lo que le pasó a tu nana, se le apareció el chamuco por andar entristeciéndose con asuntos que no tienen compostura. Ya estará de Dios si eso pasa*».

«*Como segurito va pasar*». — Repitió, con irrevocable expresión de seguridad.

Un rumor intencionado corría entre la gente desde muchas generaciones atrás, tal si fuese real.

«*Mucho cuidadito con andar de celosas y berrinchudas. No reclamen a sus viejos solo porque se enredan con otra mujer. Nomás sirve pa' que se acongojen y amuinen a los demás. Les va a salir el diablo, yo sé lo que les digo*» — decían.

No pocas mujeres estaban convencidas de la veracidad de dicha afirmación. Por ignorancia, nunca supieron diferenciar lo falso de lo verdadero...lo tomaron como verdad absoluta. Gertrudis habría de recordar por el resto de su vida, todo lo que le sucedió a su abuela como si acabara de pasar.

«A mi nana la levantó el diablo» — decía, cada vez que se presentaba la ocasión.

«Una bestia gigante que en lugar de manos tenía garras cubiertas de costras asquerosas y sangrientas brotó de la oscuridad...como si la pariera».

«Tenía días amuinada porque la dejó mi tata, cuando llegó esa fiera horrenda. Era el canijo demonio en persona. Quiso correr, pero ya la *traiba* toda zarandeada por el aire». «Después la soltó *pa'* que se cayera entre las binoramas espinosas a la orilla del camino viejo».

«Un gentío salió corriendo cuando oyeron los gritos de susto que tenía mi abuela. Relumbraban los machetes y los cuchillos con la luz de la luna, hasta palos y escobas *traiban*. Pensaban que algún animal salvaje la estaba atacando. Un frío del diablo se sintió cuando la hallaron entre las ramas secas al otro lado del arroyo. Con decirles que hasta duró varios días sin hablar» — decía, con evidente cara de susto.

Dentro de la creencia popular, tampoco podían faltar los relatos de fantasmas aprovechados por los Mora, así como por el resto de la gente del pueblo para asustar a los chicos. Era una forma intencional de mantenerlos cerca de la casa. El caso del niño del morral, era uno de los más conocidos. Travieso y juguetón, parlotaba, reía y se burlaba de los adultos. Alfonsina Melgar, una vecina de los Mora, aún después de muchos años, con una risita nerviosa y temblando de miedo, narraba este episodio recurrentemente e imitaba la forma de caminar del misterioso chiquillo, al alejarse.

«Al caer la tarde, cuando los últimos rayos del sol se asomaban, aparecía con su morralito lleno de juguetes, los niños ya lo esperaban. Vaciaba el contenido en la arena, jugaba un rato con los chamaquillos y luego se perdía por la vereda entre la maleza que arrojaba al callejón arenoso. Desaparecía junto con los rayos del sol, avanzaba lento con su paso menudito».



Bajando la pequeña cuesta, hacia el sureste de la casa de Matilda, atravesando el camino vecinal, apenas a medio suspiro y algunos pasos ajetreados y discretos, estaba una puerta de trancas móviles distribuidas en forma paralela y horizontal. Al lado derecho, había un portillo individual, eran dos postes verticales separados entre sí. Un espacio de amplitud suficiente como para permitir el acceso lateral de una persona.

Apenas al pasar la puerta, a dos o tres empinados pasos hacia la derecha, estaba un frondoso árbol de naranjas agrias, tupido de fruto durante todo el año. Un poco más allá podía distinguirse un altivo y boscoso limonero. A la izquierda, se alzaba un exuberante árbol de guamúchil saturado de vainas. Parecían ejotes enroscados. Algunas aún verdes, otras rosadas y tiernas. Muchas más, maduras y secas.

Estas últimas, presumían en su interior, celosamente guardado, un dulce y riquísimo fruto, muy común y codiciado allá por la sierra.

Subiendo una cuesta pronunciada y exactamente a diez respiraciones forzadas y cuatro entrecortadas, se llegaba a un escalón inmenso donde estaba enclavada la casa. La cuesta seguía mucho más allá después del descanso, era un lomerío sincronizado, en cada cima un escalón. El último escalón coincidía con una de las patas de un gigante, el cerro San Rafael. Vigilante sigiloso, símbolo ancestral de los pueblos de aquella región.

El escalón donde se ubicaba la casa, era en realidad el más grande, más espacioso y más alto patio con casa incluida, en toda la región. Construida por Justino Mora especialmente para vivir en compañía de Gertrudis.

Una construcción de tres piezas, ramada tradicional y una inmensa huerta donde podían distinguirse y degustarse jugosas toronjas, limas, naranjas agrias, papaya, mangos y caña. Existía también un apartado con diversas hortalizas. Atrás de la vivienda, tal si fueran militares rompiendo filas, esparcidos y sin orden, había al menos un centenar de ciruelos. Incansables productores de frutas. Uno de ellos, el más



grande y cercano a la casa, prestaba sus múltiples extremidades a las gallinas. En cuanto el sol se ocultaba en el horizonte, empezaban a subir, acomodándose una a una, aprisionando los tallos con sus patas, para pasar la noche.

Al lado oeste, Gertrudis Romero, la señora de la casa, presumía cada vez que se presentaba la oportunidad, un horno en forma de escarabajo sin patas, construido a base de ladrillo y barro, donde se cocinaban exquisitos coricos, empanadas, pan y semitas. Nunca faltaban, sobre todo por las tardes después de la jornada, remojaditos en una humeante taza de café.

Quemaban leña en el interior de dicho artefacto, hasta alcanzar la temperatura óptima. Cual empírico conocimiento.

«¡Ya está blanco el techo!» — gritaba Gertrudis.

«Arrimen las carteras de pan, mientras saco las brasas».

Eran al menos tres presentaciones del producto. Las semitas, cuyo molde eran cajas de sardina vacías, que podían costar hasta cincuenta centavos. Las de tamaño regular, con costo en un rango comprendido entre quince y treinta centavos. Por las más pequeñas, se aceptaban cinco centavos.

Fue así como surgió la frase inventada por Justino Mora en sus tiempos de juventud. Muy usada por los pueblerinos cuando las personas se alejaban y podía observarse la deficiente materia acolchonada de su parte posterior.

«Tiene nalgas de pan de a cinco».



Gertrudis tarareaba una canción mientras remolía la masa en el metate. Una piedra tallada pacientemente para darle la forma deseada, con evidente maestría, por algún artesano desconocido. Una hermosa escultura heredada por generaciones anteriores.

Al costado derecho podía verse una hornilla y un comal. Sobre este, yacía un recipiente de barro rebosante de frijoles. Sin faltar, un sartén metálico totalmente ahumado por su exterior, albergando, aunque no por mucho tiempo, sabrosos quelites o verdolagas.

Ahí mismo, cocinaba las tortillas de maíz hechas a mano. Unas manos encostradas de masa, volteando en el momento justo y presionando con suavidad a las gordas siempre dignas, siempre orgullosas, hinchadas como sapo enojado, o bien, untadas de asientos de puerco, repletas de chicharrones o tostaditas en las encenizadas brasas. Extremadamente coquetas, suplicando ser devoradas. Con sorprendente maestría, las recogía del comal abrasador, con su mano derecha impregnada de masa nixtamalizada en forma de barro, metido entre los dedos. Al mismo tiempo, con su mano izquierda revolvía los frijoles.

«Ya vente viejo, deja ese machete en paz, se apagarán las brasas y te comerás todo helado» — le gritaba a Justino.

«Ya voy» — contestaba siempre lo mismo.

«Si no lo hago yo, ¿quién lo va a hacer?»

Insistir era inútil, comer no era prioritario en ese momento. Ya habría tiempo para tal cosa.

Con aire de resignación, Gertrudis disfrutaba de una taza con atole de pinole, mientras seguía pendiente de mantener viva la fogata. Rostizaba sus pensamientos en las brasas. Impávida, impasible, con el pelo apretujado. Sonriendo y entrecerrando los ojos para protegerlos del humo penetrante que se escabullía por los poros, hasta llegar a los pulmones. Rodeada del molino, el metate, el comal, el gato sin cola y el perro de mirada lastimosa lamiéndose los bigotes.

Era el catrín, el nuevo cachorro de la casa que observaba atento, listo para saltar y atrapar algún pedazo de gorda que repentinamente le lanzaba Gertrudis.

Llegó solo a la casa. Un perro completamente negro y de ojos rojizos. Tenía mordisqueado su cachete izquierdo. Enigmático, cruel. Un aire misterioso rayando en lo diabólico, lo caracterizaba. En varias ocasiones fue sorprendido mutilando alguna gallina de patio. Mordía y despedazaba una a una sus extremidades, para después observarla



detenidamente en su lento sufrimiento. Se tomaba un descanso antes de continuar con el atroz asesinato.

Lo más escalofriante del caso, es que las mataba por el simple placer de hacerlo. No se las comía.

«Es el mismísimo diablo» — decía Gertrudis muy asustada.

Era especialista en atrapar armadillos y tlacuaches. Los perseguía sin tregua. Cuando alguno lograba internarse en la madriguera, escarbaba sin descanso hasta sacarlo de la cueva.

Los zorrillos le costaban más trabajo, casi siempre lograban escapar. Esquivaba con maestría los primeros chorros de *orines* lanzados como proyectiles por el animal. Cuando el intenso y desagradable aroma lo acosaba, terminaba por rendirse.

Un día, cuando nadie lo esperaba, murió instantáneamente a causa de una brutal y certera patada del burro. Se acercó despreocupadamente cuando el asno devoraba un manojito de alfalfa. Se escuchó apenas un solo aullido. El fuerte golpe le abrió la cabeza en dos partes, lanzándolo de manera violenta, cuatro o cinco metros. Ya estaba muerto cuando se estrelló en el cerco de carrizo de la cocina.

Tal vez parezca increíble, como cosa difícil de creer. Aquella mañana, cuando Justino se levantó, lo primero que vio fue aquella perra. Habían transcurrido exactamente tres días de la mortífera patada. Estaba echada, ahí muy cerquita del lavadero. Despreocupada, ausente, como si mirara al infinito. Justino la espantó. Se alejó apresurada, solo para regresar momentos después al mismísimo lugar. Varios días estuvieron pendientes. La chucha desaparecía por varias horas. Cuando menos lo pensaban volvía para reacomodarse de nuevo, donde mismo, como siempre.

Le pusieron Catrina, debido al espectacular parecido al chucho. Aquel mismito que fue asesinado por el burro. La familia rumoreaba que era su madre. Lo repitieron tanto, que al final de cuentas se convencieron de ello.



Las manchas de sangre dejadas en el suelo eran más que evidentes. La actividad menstrual de la chucha había llegado. En esos días, el susodicho animal desapareció de manera misteriosa. Esta vez, su ausencia duró cerca de tres meses.

Aquella mañana, al amanecer, Gertrudis estaba intentando prender la lumbre en la hornilla, cuando escuchó sutiles ladridos de perros, evidentemente eran cachorros recién nacidos. Curiosa, quiso percatarse de lo que sucedía. Así fue como descubrió a la catrina, precisamente atrás del lavadero. Amamantaba a cinco pequeños animalitos. Estaba de vuelta en casa. Sin embargo, como si fuera cosa del diablo, los perritos fueron desapareciendo uno a uno, hasta que nunca se les volvió a ver. Habían pasado apenas cinco días de su nacimiento.

Al tiempo, aproximadamente seis meses, la catrina entró de nuevo en celo. Por consiguiente, otra vez resultó preñada. Como resultado de dicho proceso, nacieron cuatro cachorritos. Apenas pasaron cuatro días, cuando Justino Mora descubrió la causa de las extrañas desapariciones. Precisamente en ese momento, la perra maldita estaba devorando al último de sus hijos.

«Con razón no quiere comer este pinche animalejo del demonio... pos come carne tierna todos los días» — dijo. Después, le encasquetó un tiro en la cabeza, sin un ápice de remordimiento.

Nadie les quitó una idea de la mente. La familia Mora siempre lo aseguró. El perro del diablo, el que mató el burro, fue el único que se le escapó a la Catrina: El único de sus hijos que no pudo devorar. Incluso, también decían que llegó a la casa buscando al cachorro, tratando así de completar su faena asesina.



Al fondo, junto a la horquilla, la cual sostenía una olla con agua fresca para beber, podía verse un sapo devorando, apresuradamente, una gigantesca palomilla. Hinchado de coraje saltaba desesperado, cambiando de dirección una y otra y otra vez. Intentaba huir de la aferrada gallina blanca, dispuesta a despojarlo de su presa a punta de picotazos.

Al lado izquierdo de la mesa, clavado en un tronco incrustado en el suelo estaba un molino manual de color rojizo. Gertrudis, en ocasiones con ayuda de sus hijos, molía ahí la masa para hacer las tortillas. Después, le daba una última retallada en el metate. Este artefacto se aprovechaba también para moler los granos de elote, usados para elaborar los riquísimos tamales.

En el centro de una mesa circular de madera, lucía orgullosa una pequeña maceta albergando una planta enana, repleta de chiles. Un salero, un frasco de café, una azucarera de plástico y un vaso de vidrio alojando cuatro cucharas y tres tenedores.

En una pequeña base rectangular construida con piedras y cemento, se distinguían un par de hendiduras cóncavas, donde posaban elegantes y presumidas ollas de barro rebosantes de agua fresca extraída directamente del pozo, a la rivera del arroyo, dentro de la propiedad de Petra García.

Vivía entre el tejado una gran familia e incómoda población de iguanas. De noche hacían ruidos molestos, desagradables. Por las mañanas, cuando apenas se asomaba tímidamente el astro rey salían al exterior. Posaban erguidas, vanidosas, luciendo su vasto y musculoso pecho. Con el propósito de calentar su gélida sangre.

Al sentirse descubiertas corrían despavoridas para refugiarse en sus conquistados escondrijos. Para volver, después de pasar el peligro con actitud sobrada, despreocupada, tal si fueran desvergonzadas chicas, a posar de nuevo ante la cámara. Al paso de los años, los horcones y vigas que sostenían la casa también envejecieron. En sus hendiduras naturales podía verse abundante polvo y telarañas.

Justino aprovechaba estos pequeños recovecos para guardar envolturas de veneno exterminador de hormigas. Sin faltar, dagas, leznas, tijeras y hasta agujas de coser. En no pocas ocasiones, servían de escondites de animales ponzoñosos, que encubiertos, se introducían entre los agujeros, hasta que algún despistado vociferaba horrorizado, sacudiendo su mano, intentando despegar un alacrán con el agujón clavado en el dedo.

En las paredes, construidas a base de adobe y pintadas de cal, se colgaban retratos en pequeños marcos de madera. Tanto de ancestros como de personas de la época. Casi siempre polvorientos, con patas y alas de cucaracha atrapadas entre el cristal sucio opacado por el polvo. Los marcos mostraban sinuosos caminos mordisqueados y algunas imágenes de las fotos carecían de ojos y nariz. Habían sido devorados por hambrientos comejenes.

Atrás de la casa, cerca de la entrada a la huerta, se ubicaba la troja. Una construcción hecha con otates entretejidos y techo de lámina negra recubierto en su interior por jarcias amarradas a las paredes. Para los chiquillos era un inmenso colchón. Les gustaba dormir encima del maíz, sobre todo en temporada invernal, dizque por ser muy calentito. Era un planificado almacén donde se guardaba el maíz desgranado, producto de la cosecha familiar, o bien, el que se recibía como pago de la renta de la tierra y, años más adelante, también de la renta de mulas.

Sin descartar que algunos pobladores cambiaban producto por permisos, para que las vacas y terneros devoraran los rastrojos después de la cosecha. Una parte del grano era consumido durante el año por la familia; el resto se vendía por kilos, almudes o costales completos. El trueque por frijol y garbanzo también era muy común por aquellos lares.

Al norte, atrás de la casa, se ubicaba el lugar destinado para bañarse. Un pequeño cuartito formado de latas y cercado de jarcias de ixtle amarradas a los palos. Carecía de techo y tenía una entrada apenas tapada con una cortinilla, hecha a base de retazos de tela, removida constantemente por el viento. Sobre una piedra plana se colocaba la cubeta llena de agua, la cual, previamente se dejaba un buen rato al sol para calentarla, sobre todo en tiempos de intenso frío. Dos o tres restregadas de jabón de pastilla seguidos de jicarazos de agua, culminaban con dicha actividad higiénica.

Al extremo oriente, junto a los ciruelos, estaba el chiquero. Un cercado de troncos acomodados de forma horizontal, apretujados entre dos postes, los cuales se distribuían a prudente distancia entre sí, con el propósito de darle mayor resistencia; y así pudiesen soportar la imponente embestida de los cerdos.

Tres *cochis* escandalosos se revolcaban entre el lodo. Siempre prestos a devorar el *machigue* y maíz que les ofrecían. Comían como desesperados sin saber que el cumplimiento de sus caprichos culinarios tenía un mensaje subliminal, encaminado a ejecutar al menos uno de los siete pecados capitales.

Debidamente planeado y estructurado por la familia Mora. Uno de los cerdos, sería sacrificado para festejar algún evento especial en la familia, durante el año. Los otros los mercaban a Don Quirino Rosales, el matancero dueño del rastro. El señor Rosales, junto a sus hijos, compraba, criaba, mataba y vendía carne de cerdo y de res.

Sin faltar los riquísimos y populares chicharrones. Codiciados, sin duda, por la gente amante de las comidas grasosas. Era un personaje bonachón, robusto y de cachete abultado. Enérgico e inmutable cuando de disciplinar se trataba. Ejemplo de honestidad y buenos principios para sus numerosos hijos. Un vasto mandil manchado de sangre, los caracterizaba. A la gente le impresionaba la increíble habilidad que tenían los varones de la familia Rosales para encontrar el corazón del animal al primer intento, increíblemente certeros a la primera cuchillada.

También mataban cerdos a domicilio. Pasaron muchísimos años y Gertrudis mantenía viva en su mente aquella imagen, cuando alguno de los hijos del matancero llegaba a la casa con sus cuchillos afiladitos.

Hacía su trabajo sin ninguna migaja de remordimiento. Una sonrisa triunfal se dibujaba en su rostro al sacrificar al animal, sobre todo al percatarse que había acertado, a la primera estocada...como siempre. Un negocio familiar donde todos los hijos participaban, eran monumentales, robustos, altos, muy parecidos a Don Quirino.

Cachetones todos, simpáticos, platicadores, casi siempre escandalosos y gritones al conversar. En contraste, Doña Victoria, esposa de

Quirino, era una mujer tranquila, pausada al hablar. Nadie recordaba qué parentesco tuviese con Justino. Sin embargo, existía, sin dudarlo, una relación armoniosa entre las dos familias.

Justino Mora hacía negocio con ellos. Compraba las pieles para revenderlas a fusteros. O bien, a la tenería, donde los transformaban en hermosas baquetas: lisas, suaves, brillantes. Materia prima adquirida por los talabarteros para elaborar sus sillas de montar.



A un costado del camino rural que conducía al pueblo, un sutil aroma impregnaba el ambiente, confundía al cerebro. Se dificultaba un poco diferenciar entre el olor a piel cruda y piel curtida de reses, venados y puercos. Era un olor acidulante y escurridizo que saturaba las fosas nasales y resbalaba hasta la garganta, mutando paulatinamente a un sabor amargo y pesado. Ahí estaba la tenería. Era un extenso tejabán techado con lámina de cartón. En pequeñas tinas empotradas en el piso de concreto, reposaban las pieles en proceso. Al fondo, uno de los empleados usaba una espátula para raspar insistentemente, a dos manos, una baqueta tendida sobre una enorme mesa de madera, inclinada intencionalmente para facilitar la operación, mientras chiflaba una canción popular de la época. Tenía el propósito firme de privar a la piel procesada, de su abundante pelaje. La gente, al pasar por el camino, divisaba un sinnúmero de baquetas. Oreándose, colgadas y estiradas de los cuatro extremos. Absorbían el aroma y lo mantenían inmerso en la nariz hasta llegar al poblado, donde era opacado por el rico aroma a tortillas recién hechas y a los grasientos chicharrones cocinados en algunas casas, principalmente con la familia Rosales.



«Este *borriquito* sí que está raro, mira que solo quiere beber agua con manguera... el día que no encuentre quien le consiga una, *pos* se va morir» — pensaba Justino. El asno sacudió la cabeza repetidamente. Al mismo tiempo, su cola espantaba los insectos que parasitaban en su

cuerpo. Emitió un breve rebuzno y después miró fijamente a su amo. Parecía que sonreía, como si comprendiera el pensamiento de Justino.

En ese preciso instante se escuchó el disparo. Seco, cortante. Las grandes orejas del burro se estiraron como resorte. El eco se perdió rápidamente entre los cerros. Justino escuchó la voz preocupada de su mujer, proveniente de la cocina, cuando dijo...

«Seguro que esa bala mató algún cristiano».

«Cállate la boca mujer, no echés la sal» — contestó Justino.

«Pos así sonó aquella vez cuando mataron a Sóstenes Félix, ¿qué no te acuerdas?» — dijo Gertrudis.

«Fue ahí abajo por el camino, donde pusieron la cruz.

“Ay *jodido*”, fue lo único que alcanzó a decir».

«La verdad nunca entendí eso del treinta - treinta» — Insistía Gertrudis.

«Era el rifle con el que lo mataron mujer, *ansina* se llaman» — Contestó Justino.

El burro arrojó la manguera y resopló de forma escandalosa. Reaccionó espantado, trataba de huir cuando Cuco Manríquez pasó corriendo. Gertrudis lo alcanzó a ver por entre las macetas de matas.

«¡Ave María Purísima! ¿qué te pasa muchacho?» — preguntó Justino, sorprendido.

«Acabo de matar a Nicanor» — contestó Refugio sin detenerse.

Trotaba apresurado con la respiración forzada en dirección al cerro San Rafael. Ahí estuvo escondido durante algún tiempo, durmiendo en las cuevas o debajo de los árboles.

Por las noches, aprovechando la oscuridad reinante, bajaba al pueblo para surtirse de víveres. Nunca se supo a ciencia cierta; sin embargo, por ahí se rumoreaba que fue detenido por la policía. Dizque estuvo preso durante diez años.



Refugio Manríquez, era un mocetón de hablar pausado y actitud serena. Un muchacho pacífico alejado siempre de las situaciones conflictivas. Mató a Nicanor Jiménez con una pistola de manufactura casera diseñada por él mismo. Era acosado frecuentemente por Nico, un tipo belicista, pendenciero...rijoso. Las continuas burlas lo tenían harto. Lo tachaba de cobarde en presencia de todos, retándolo a golpes sin motivo aparente. Aquella ocasión fue aún más lejos, lo derribó de un puñetazo certero en la mandíbula, ridiculizándolo frente a sus amigos. Los presentes observaron el cuerpo tambaleante de Refugio, haciendo un esfuerzo para levantarse. Notaron también la expresión de odio dibujada en su rostro.

«Asustó al diablo mismo» — contaban después.

Sacudió su ropa para desalojar la tierra impregnada y pasó rápidamente el dorso de su mano derecha por los labios, solo para comprobar si estaba sangrando.

«Un día te voy a matar» — le dijo, mirándolo fijamente, con profundo rencor. Nico soltó una resonante carcajada. «Las gallinas como tú no se atreven a matar ni una mosca» — dijo de manera burlona.

Tres días después, al terminar de armar su pistola, Cuco Manríquez avanzó por el camino vecinal rumbo a la periferia; quería probar su invento, una pistola sencilla, de un solo tiro. En esa ocasión, no esperaba encontrarse con Nicanor. Gustavo Pérez, hilaba cuerdas para la hechura de morrales y hamacas, como muchas personas de la región. Uno de sus hijos, golpeaba las pencas de maguey con un mazo de madera: un golpeteo incesante para obligarlo a ceder su fibra.

Refugio observó de reojo cuando Gustavo desmadejaba la mota y retrocedía despacio hacia el camino, permitiendo el entretejido y formación del hilo, cuando divisó a su rival. Se acercaba en sentido contrario por el callejón. Como de costumbre, la actitud beligerante de Nicanor no se hizo esperar.



«Miren quien viene aquí, el marica de siempre»

«Oye niña, ¿a dónde vas?, ¿quieres pelea?» Sin pensarlo siquiera, Cuco sacó su arma, levantó el brazo y disparó sin apuntar. La única bala que escupió su pistola bastó para matarlo. El proyectil entró por el pecho y atravesó su corazón. Rompió cuatro costillas antes de salir por la espalda. Voló en pedazos la cruz de mármol colocada junto al tamichín, para después incrustarse en el grueso tronco de un maguey. Nicanor no alcanzó a comprender lo que pasó.

«Madre mía» — dijo.

Quejándose, se postraba de rodillas, apretando su pecho con la palma de su mano derecha ensangrentada y su mano izquierda apoyada en el suelo. Ya estaba muerto cuando cayó de bruces en un charco de su propia sangre.

La esposa de Gustavo Pérez salió corriendo al oír el disparo. Alcanzó a divisar cuando Cuco brincaba el cerco de alambre sin esfuerzo alguno, perdiéndose entre el monte.



La venta y trueque de mercancías estaba en su mejor momento cuando Justino Mora conoció a Fermín Ramírez, un militar exconvicto que llegó al pueblo para quedarse. Un forastero que se apareció de repente con muchas ganas de trabajar. Traía dinero en sus alforjas. Compró un terreno de diez hectáreas pegadito al arroyo. Ahí construyó su casa y se hizo de algunos animalitos. De inmediato, se hicieron grandes amigos y hasta se asociaron en el difícil oficio de la arriería. Compraron algunos animales de trabajo, rentaron otros, hasta completar una recua de treinta bestias; seis mulas y veinticuatro burros.

Los desagradables sucesos por los que Fermín estuvo preso acontecieron en un pueblo alejado, cerca de la costa, lejos de las montañas, promontorios y barrancas donde vivía Justino. Apenas cumplía dieciocho años cuando se enroló en el ejército.

Casi al mismo tiempo, se robó a su novia. Una hermosa jovencita de escasos quince años. Durante la semana, Fermín vivía en el cuartel, trabajando, preparándose, siempre listo al llamado de la patria. Haciendo labor social en las comunidades alejadas y en las escuelas.

En no pocas ocasiones realizaban rondas por la sierra en busca de asaltantes de caminos. Descansaba fines de semana alternados, tiempo que aprovechaba para convivir con la jovencita, quien vivía con sus padres cerca del cuartel. Al capitán del destacamento militar se le metió en la cabeza seducir a la chiquilla. Aprovechaba cualquier oportunidad para salir a buscarla, sobre todo cuando Fermín atendía alguna comisión, fuera del pueblo. Insistentemente le hablaba de amores, ella nunca le correspondió.

Aqué fatídico viernes, Fermín salió del cuartel y se dirigió a su casa, tenía hartas ganas de ver a su amada compañera. Quiso acortar distancia tomando un atajo por el callejón, por su mente nunca pasó encontrarse con la joven, mucho menos en aquellas condiciones. Yacía moribunda, tirada en un charco de sangre.

«Fue el capitán» — alcanzó a decir, antes de morir en sus brazos. Con el corazón destrozado, henchido de odio y venganza, regresó al cuartel. Con la idea fija en su mente se dirigió a la sala de armas. Tomó una pistola semiautomática de 9 mm en vez del fusil reglamentario. Al salir al patio, se encontró con el oficial, quien, muy orondo lo reprendió. Se creía dueño absoluto del secreto mortal. De forma altanera cuestionó al joven por portar un arma corta no autorizada en aquel momento. El joven se paró firme y observó fijamente al criminal.

«La traigo para ti» — le dijo. Sin decir más, descargó la carga completa de la pistola en el pecho del capitán. Los militares se abalanzaron contra Fermín para desarmarlo. No se defendió, solo cayó de rodillas y protegió su cabeza con los brazos. Así, recibió innumerables patadas hasta que perdió el conocimiento. Cuando despertó, estaba internado en el hospital militar, visiblemente lastimado.

«¿Estás consciente del grave problema en el que estás metido?» — Preguntó el general.

«Sí señor y estoy a su disposición» — contestó Fermín. El general lo encaró con su mirada y le dijo:

«Supongo que estarás arrepentido».

«¡No, mi general! ¡Si ese desgraciado reviviera, lo volvería a matar!» — gritó.

«Pero, ¿por qué lo hiciste cabrón?, ¿qué te pasó?» — Contestó el superior. Un evidente signo de desesperación se reflejaba en su rostro.

Con lujo de detalles, el general escuchó las razones por las que Fermín cometió el crimen. Le contó los antecedentes del acoso a la chica de parte del capitán y como aprovechaba su ausencia para asediarla.

Rompió en sollozos reprimidos cuando le dijo como encontró al amor de su vida. Ensangrentada y moribunda.

«Me apretaba fuertemente el brazo, me pedía ayuda. No pude hacer nada. No pude ayudarla...debí haberlo mandado al infierno antes» — exclamaba entre sollozos.

Al concluir la explicación, el general tenía su mirada ausente, evidenciaba una expresión mezcla de sorpresa, coraje e impotencia. Parecía molesto consigo mismo por no haberse percatado antes de la situación, y así, poder prevenir la tragedia.

Con su mano izquierda retiró su gorra. La mantuvo apretujada mientras la mano derecha retallaba una y otra vez su cabeza descubierta. Después de dos minutos que parecían siglos, regresó su mirada a Fermín, respiró profundamente dos o tres veces y le dijo:

«Tengo que reconocer que eres muy hombre. Yo, en tu lugar, hubiera hecho exactamente lo mismo, ese maldito asesino se lo merecía. Sin embargo, mi deber es entregarte a las autoridades militares».

«Tenga usted plena certeza de que estoy consciente de ello...haga lo que tenga que hacer» — contestó Fermín. Sostenía la mirada a su superior, como para denotar seguridad absoluta en la respuesta.



Días después, cuando el general regresó, traía consigo la orden suscrita por el comandante del destacamento militar. En el documento podía leerse que lo llevarían detenido al penal de alta seguridad diseñado para convictos peligrosos, situado en la capital del estado, donde sería juzgado. Él lo sabía, aunque no estaba plasmado en el papel, durante el trayecto seguramente le aplicarían la ley fuga.

El general era un hombre justo. Además, buen amigo de Fermín. Después de mucho pensarla, decidió arriesgarse y lo dejó escapar. Le facilitó un caballo ensillado, víveres y una buena cantidad de reales. También le regaló una pistola cargada con ocho tiros.

«Amigo, promete que si te encuentran, te llevarás a los que puedas por delante. Reserva una bala para ti. Quiero que me des tu palabra. Te darás un tiro en la cabeza, si eso sucede. No quiero que me metas en problemas» — le dijo.

«Así será mi general, cuente con ello» — contestó Fermín, agradecido.

«Te esconderás en la sierra, mientras preparo las cosas a tu favor» — Le dijo. Exactamente una semana después de marcharse, se escucharon los insistentes gritos de los guardias que estaban a cargo de su custodia.

¡Fuga, fuga, fuga!

Así anduvo de pueblo en pueblo. Dormía donde lo alcanzara la noche. A los tres años se entregó voluntariamente a las autoridades. Los siguientes cinco meses los pasó en la cárcel. Después, salió libre. El gobierno le entregó mil pesos de indemnización, dízque por salvar el honor del ejército.

Fue así, como acosado por los recuerdos, llegó al pueblo, donde conoció a Justino Mora. Nació una creciente amistad que se prolongó toda la vida.

Justino, Macario y Fermín, pasaron diez años en el negocio de la arriería. Cargaban los animales con mercancía de todo tipo, escondían



las botellas de tequila entre los costales de maíz, ya que en aquella época estaba prohibida su venta. Además, llevaban también manteca de cerdo, chicharrones, hortalizas, naranjas, ciruelas, guayabas, nanchis, arrayanes, mangos, pitayas, aguacates, morrales, hamacas, conservas de papaya, sillas de montar, etc. Entre compra, venta y trueque, surtían de alcohol y dicha variedad de productos a todas las comunidades de la región, en un radio de casi trescientos kilómetros.

Abrían atajos y veredas a punta de machetazos por montes boscosos y grandes desfiladeros por donde solo burros y mulas se desplazaban, hasta llegar a otros pueblos donde los ansiosos consumidores ya lo esperaban.

Bajaban por senderos peligrosos atestados de árboles y espesa maleza. Soportaban con resignación las espinas de los molestos cardos, los toritos y los guachapores. Los cuales se enganchaban en la ropa al menor contacto. Tropezaban con chollas y nopales en los momentos menos esperados. Parte de los brazos y pies mostraban pequeñas marcas rojizas que provocaban salpullido. Los causantes eran los escurridizos alguates que se escondían en la piel, resistiéndose a dejarla. Avanzaban entre escándalos de cuervos y urracas, quienes merodeaban volando de rama en rama entre el entrampado follaje de los árboles, esperando que alguna semilla o fruta escapara de los costales. Por las copas de los árboles más altos, se escuchaba una cantaleta ensordecedora de pericos y guacamayas.

Dependiendo de las condiciones climáticas, en quince o veinte días llegaban hasta la capital — la ciudad de la gente enzapatada — y regresaban con diversas semillas, manteca vegetal, almendras, nuez, periódicos, etc.

«¿Qué hay por la ciudad?» — Preguntaba la gente.

«Mucha gente enzapatada» — contestaban.

En no pocas ocasiones fueron interceptados por guardias encargados de supervisar el cumplimiento de la ley seca. Tal como aquel día sucedió.

«¿Qué train en esos costales?» — preguntó el policía. Mientras señalaba al asno más cercano, al mismo tiempo dirigía una mirada inquisidora a Justino.

«Comida pa' los cochis» — contestó.

Justino extendió las palmas de sus manos con absoluta seguridad. Mostraba una expresión seria en el rostro, que indicaba honestidad en su respuesta. El oficial se acercó despacio...cauteloso, pretendía ganar la confianza del animal.

Logrado el propósito, abrió uno de los costales. Exploró el contenido y dijo:

«Así que, ¿comida pa' los puercos?»

Levantó su brazo, aprisionó una botella de licor y la mostró orgulloso, como si hubiese hecho el descubrimiento de su vida.

«Pos mire señor oficial, es lo que le doy de comer y beber a los cochis. Si se lo comen, bien... y si no, pos que se mueran de hambre... «o de sed» — agregó Justino Mora. Era solo parte del protocolo, un formulismo sin consecuencias. Cuando el polizante se alejaba, en su mano llevaba una botella de tequila, era el premio por su silencio. Acampaban a la orilla de los arroyos, ríos o veneros, donde los animales pudiesen tener suficiente agua disponible para beber. Dormían por ratos, solo para reponerse del ajeteo. Tiraban por el suelo los petates o costales ya dispuestos para ello y se arrojaban con cobijas, sábanas o jarcias, dependiendo de las condiciones climáticas. Con el tiempo, los inteligentes y fieles animales fueron comprendiendo las demandas de sus amos. Mantenerse cerca del campamento era una prueba irrefutable de ello. Ahí comían, ahí se echaban a dormir, nunca se desperdigaban. Un grito del amo e inmediatamente erguían sus grandes orejas y giraban la testa atendiendo al llamado. Sabían de antemano como habrían de colocarse para comer.

«¡A su lugar, a comer, vamos!» — gritaba Fermín. Las bestias corrían y se colocaban en forma circular.

Para los arrieros, era ya cotidiano el dormir arrullados entre resoplidos de las bestias. Entre los explosivos rebuznos de los borricos, la cantaleta de las cuichis y el lamento de las lechuzas. Así como también, entre el tibio y anestésico aroma del estiércol arrojado frecuentemente por los animales.

Después de algunos años, se cansaron de andar pa'riba y pa'bajo. Se repartieron algunos animales, otros los vendieron. Justino se quedó con dos mulas y un burro. También compró dos vaquillas y un toro, mismas que fueron multiplicándose al paso del tiempo.



Por esos tiempos Justino ya tenía tres hijos, dos mujeres y un varón. Consiguió una licencia para instalar la primera cantina de la región. La venta de licor ya estaba legalizada. Con el dinero ahorrado construyó una vasta enramada con horcones, vigas, ramaje y arbustos. Las bancas y mesas usadas por los clientes estaban moldeadas a partir de árboles típicos de la zona. Una barra larga de madera, sentada sobre troncos de Brasil que, a su vez, estaban colocados en horquetas debidamente enterradas. Lo suficiente para mantener estable la improvisada mesa.

Genoveva, su hija mayor, le ayudaba en ciertas ocasiones. La jovencita atiende, surte y sirve las bebidas solicitadas por los parroquianos. Cuando la tarde expira, antes de que anochezca, Justino la manda a casa.

«¡Píquele con su madre hija, esto ya no es pa' usted!» — le decía.



Antes de entrar, Macario pudo ver por entre los resquicios de la pared de bambú que la cantina estaba sola. Al pasar, se dirigió hasta el rincón más alejado de la barra, muy cerca de la salida al patio. Un espacio abierto, rodeado de maleza, donde los parroquianos salían a desechar el exceso de líquido.

Justino se acercó con un plato lleno de cacahuates con todo y cáscara. Lo puso sobre la barra y dijo:

«¿Qué te tomas ora Macario?»

«Un trago de mezcal pa' comenzar» —contestó. De lejos, se percibía un asqueroso tufo de alcohol. Podía vislumbrarse, con increíble certeza, una intensa y prolongada cruda. Muy cerca estaba ubicada una de las cuatro cachimbas que alumbraban el local. Por eso fue fácil ver los gestos repentinos del hermano de Justino, al ingerir de un solo sorbo todo el contenido del vaso. Apenas puso el recipiente vacío sobre la mesa cuando escuchó unas voces de mujer. Su mirada se enfocó hacia la puerta principal. Fue cuando vio entrar a dos mujeres, una de ellas morena y bajita, otra, alta y rubia. Vestían con atavíos ciertamente relajados.

«Andamos extraviadas» — dijeron, con cierto dejo de sarcasmo. Se fueron directamente a la barra. Pidieron una cerveza y, de inmediato, sacaron de su bolsa un cigarrillo. Justino, apresuradamente, encendió un fósforo y ofreció su ayuda. Aceptaron gustosas.

Macario contó después, como, desde donde se encontraba, pudo ver a la joven rubia acariciar discretamente con la punta de los dedos, la mano derecha del complaciente Justino, colocada sobre la barra. Apenas tomaban el primer trago de cerveza cuando aparecieron los músicos, el trío ranchero del pueblo. Llegaron acompañados de Fermín Ramírez. Al instante, se rompió el encanto de la coquetería. Al terminar su primera canción, se encaminaron a la barra. Justino les sirvió una bebida de cortesía. A Fermín, al ver a las muchachas, le tentó el deseo. Se apartaron al fondo de la taberna. Estuvieron bebiendo hasta muy tarde.

Faltaban algunos minutos para la medianoche. Los presentes fueron testigos, cuando se paró, con no poca dificultad, y caminó serpenteando de borracho, acompañado de las dos alegres chicas. Momentos después, Justino Mora cerró el negocio. Despertó a Macario y lo mandó a su casa. Era entonces cuando el señor, dueño de la cantina, se hacía acompañar de los músicos. Chenito, en el acordeón; Nando, en la guitarra y Peto con el violín. Muy solicitados por sus hermosas interpretaciones de género ranchero. Era la hora de llevar serenata a Gertrudis.

En no pocas ocasiones aparecía en la madrugada con algunas copas de más. Subían la cuesta cantando los ojos de mi Elena -su canción favorita-, dedicada a su mujer, como siempre.

Aquella noche, despertó a toda la familia con el escándalo.

«¿Qué canción quieren?» — decía.

«Pa' que se la toquen estos cabrones».

«Que chingue a su madre la que no me supo amar» — contestó Silvano, su hijo. De inmediato, los músicos se arrancaron con su sonsonete.

«Vengo a decirle a la que no me supo amar...».

Borracheras continuas hacían presa de Justino en aquellos tiempos, así como el consumo indiscriminado de cigarrillos. Un día, cuando ya nadie se lo pedía, sin explicación alguna, dejó definitivamente el alcohol y el tabaco. Acostumbraba traer un palillo en la boca hasta cuando dormía, solo para distraer a su mente. Dejó de pensar en el cigarro por el resto de su vida.



Librada y Genoveva, con cuatro años de diferencia, además de hermanas, eran grandes amigas. Se decían inseparables, compartían casi todos sus secretos. Sin embargo, se casaron y tomaron rumbos muy distantes.

Genoveva tenía diecinueve años cuando se escapó con Edelberto. Un simpático y honrado joven nativo de un poblado cercano, con quien compartió el resto de su vida.

Desde aquellos tiempos y, por siempre, dicho joven se dedicó a la venta de diversos productos, generalmente en abonos. Reconocido y respetado por la familia Mora y la comunidad entera por su alto sentido de responsabilidad y simpatía. En cambio, Librada se casó con todas las de la ley y su marido se la llevó muy lejos, al principio recalaba, aunque sea una vez por año. Pasado un tiempo, nunca más se le volvió a ver por el pueblo. Sin embargo, muchísimos años después, las noticias sobre su delicada salud fueron motivo de preocupación en la familia.

Silvano, el más inquieto, no era tonto, pero sí muy vago. Un día sin decir agua va, avisó a su padre que quería irse para la ciudad.

«En este pueblo no hay futuro y pos, esto del rancho no es pa' mí» — dijo.

«Y pa'onde vas, aquí estamos pobres, pero nunca se ha conocido alguien que se muera de hambre. Sobra que comer, frijoles y quelites nunca faltan. Es verdá que la carne poco se mira, pero cuando se antoja un caldito de pollo, pos nomás le torcemos el pescuezo al primero que vemos.

«Imagínate tu solo por allá, pasando batallas» — le dijo Justino. Fueron razones insuficientes, Silvano se marchó. Así, anduvo cazando trabajos temporales, deambulando entre el oficio de vendedor y dependiente de tiendas. Con apenas la secundaria terminada logró incursionar en labores gerenciales. Casado y divorciado en más de una ocasión, al paso de los años se estableció en la ciudad capital.

«Este sacó a su padre en lo vago, porque el viejo sí que ha sido vago. Hubo un tiempo que me hacía sufrir mucho con sus parrandas»

— platicaba Gertrudis, cada vez que se presentaba la ocasión, aún muchos años después.

Cuando el agobio de los años empezó a realizar los ajustes, Justino prefería no escuchar estos comentarios, para él era asunto olvidado. Forzaba un eructo ensordecedor, agarraba su machete y se alejaba dizque porque tenía mucho “quehacer”.



Eran los últimos días de un mes de julio, a las dos de la tarde. La sombra que proyectaba el árbol de mango, así lo indicaba.

Justino se acomodó de lado para lograr pasar sin complicaciones el portillo de acceso a su propiedad. Alcanzó a ver como una churea cruzaba el sendero como bólido, apenas unos metros adelante.

«Mala suerte» — musitó. Avanzó cuesta arriba rumbo a la casa, algunas nubes dispersas se asomaban por el firmamento. Las probabilidades de lluvia eran ciertamente muy escasas. Nadie lo esperaba, a todos extrañó la rapidez con la que se presentó el inusitado fenómeno.

Justino Mora encendió un cigarrillo e inhaló profundamente. El navegante mortífero aún no llegaba a los pulmones, cuando una copiosa gota de lluvia le apagó el cigarro.

«¡Ah Cabrón!» — dijo sorprendido. Miró hacia el cielo instintivamente, inclinó la cabeza y entrecerró los ojos. Una andanada de proyectiles de lluvia y granizo se abalanzaba sobre su cabeza. El espíritu de supervivencia lo obligó a salir corriendo hacia el interior de la casa. Apenas daba el primer paso dentro de la misma, cuando recibió el último “granizazo” en la espalda.

«¡Ay jodido, esto se va a poner feo!» — exclamó. Entre esporádicos relámpagos y ocasionales truenos, la lluvia y granizada se apaciguaba un poco, cada cierto tiempo, solo para agarrar más furia al empezar de nuevo. Así transcurrieron once días y diez noches. Los árboles se resistían hasta que ya les era imposible mantenerse en pie.

«Este es otro diluvio. Se va a acabar el mundo» — dijo Justino.

«El mundo no se va acabar con agua otra vez» — aseguró Gertrudis mientras preparaba el café.

«Encomendarte a Dios, es lo que debes hacer» — insistía.

«Otra vez con tu Dios» — respondió Justino. Se jactaba de no creer en la existencia divina y lo decía cada que se presentaba la oportunidad, solo para hacerla enfurecer.

«No es mi Dios. Es de todos. Y tuyo también» — contestó Gertrudis molesta y escupió una retahíla de recomendaciones.

«No te acerques a la puerta, no te peines, apaga el radio, tapa los espejos con esa chira percutida».

El miedo no andaba en burro, como decía la gente. El pueblo entero se conturbó cuando murió un sobrino de Don Quirino. Un día antes de que la tormenta pereciera, el chiquillo intentó peinarse frente a la puerta abierta. Apenas pasó el peine por su pelo la segunda vez, cuando un rayo mortal lo alcanzó. Murió con el peine derretido en su mano.



Justino escuchó la letanía de su mujer, pero permaneció callado. Estaba absorto, sorprendido, estupefacto mientras se asomaba por la ventana, era un deprimente espectáculo, una deplorable escena, la tormenta arrasó con todo. Mangos, naranjas, aguacates, ciruelas y toronjas, yacían esparcidas por todo el patio. La mayor de las desgracias fue el reguero de gallinas muertas enredadas entre las ramas circundantes.

«¡Y ni siquiera entró el agua a la casa!» — comentó en voz baja.

«¡Y no tiene puerta!» — murmuró entre dientes, sorprendido.

«¿Qué pasa viejo?, ¿Qué dijiste?» — preguntó Gertrudis.

«Digo que hay que ponerle puerta a la casa. Ya se robaron el otro bote de café» — Contestó Justino.

Cuando regresó la calma, era el onceavo día a las tres de la tarde. No abrió la taberna, consumió el resto de la tarde soleada cavando un agujero, lo más lejos del patio, donde enterró los animales muertos.

«Fueron quince gallinas, treinta y cinco pollos y tres gallos» — le informó a su mujer. No hubo respuesta.

«¡Uff!, parece que está sorda» — exclamó para sus adentros». En ese momento divisó a Macario con la batea en mano, se dirigía a la falda de la chicayota, una loma cercana. Después de la lluvia la gente se arremolinaba para buscar el oro del placer, lavaban la tierra arenosa y humedecida que se escurría por la ladera.

«A ver si ora cae del bueno» — gritó. Desde lejos, miró como su hermano levantaba la mano derecha, solo para saludar. Evidentemente no escuchó lo que le dijo.



«Otro sordo» — murmuró.

«Pos ora...con tambora porque con violín se atora» — Dijo. Sonrió, le había salido en verso. Encendió un nuevo cigarrillo con la bacha del anterior, y, en ese preciso instante, escuchó:

“Qué bonita está la tarde, no hace frío ni caloor”. Echó un vistazo al cielo, entrecerró los ojos para ver la posición del sol que ya estaba de vuelta y murmuró.

«A las cinco como siempre». Tenía la virtud de saber la hora exacta con solo ver la posición del astro rey, como casi toda la gente del pueblo.

«Al menos ora si tiene razón esa canción, está bonita la tarde» — comentó para sí mismo.

«Para venirme a pasear con la dueña de mi amoor» — tarareó la canción al unísono de las Jilguerillas.

Como casi todos los días, Rulfino Arriaga, su primo, desparramaba andanadas de música por todo el pueblo. Único que presumía su tocadiscos, moderno para la época. Color plateado con algunos botones negros. Era como una gran caja de zapatos. Una bocina de altavoz, metálica, gigante e imponente, se podía divisar debidamente colocada sobre la ramada. Era el instrumento responsable de multiplicar el sonido que Justino y el resto de la gente escuchaban todos los días a las cinco de la tarde. Doña Carlota Domínguez, esposa de Rulfino, no estaba de acuerdo con tanto ruido.

«Con ese escándalo, “ay que sí”» — decía.

«Seguramente la gente estará igual que yo».

¡Hartaaa!» — gritó.

«A la gente le gusta» — aseguró Rulfino.

«Al menos un día... un día quisiera descansar de este pinche dolor de cabeza».

«Ay que sí» — reclamaba Carlota, visiblemente enojada.

«Camina y camina sin rumbo en la vida».

Empezaba la siguiente canción. Rulfino ya no quiso discutir, se recostó en la hamaca para escuchar a los Dos Reales.

«Es mi música... y la del pueblo» – Murmuró.

«Camina y no vuelvas, tus pasos atrááááás. “Es muy largo el camino en la vida...”

«Bueno, bueno, le dijo la mula al freno, ay que bocado tan bueno”» – musitó. Y de inmediato se quedó dormido.



Prácticamente, dos semanas después de la colosal tormenta empezó la mayor tragedia jamás repetida en la zona. Justino encontró la primera vaca muerta en el potrero, muy temprano por la mañana. Lucía totalmente flaca y entelerida, con los cueros pegados en los huesos. La causa, dijeron los que sabían de males contagiosos, fue una especie rara de campamocha.

Este flagelo, logró matar a ciento treinta cabezas de ganado y catorce personas. Todos terminaban físicamente muy parecidos a las campamochas, débiles y extremadamente lentos en sus movimientos. Preferían morir de inanición antes de procurar el alimento.

La gente decidió abstenerse de consumir carne, leche, queso y requesón durante los siguientes tres años. Tenían miedo de contagiarse. A los seis meses, todo volvió a la normalidad, aunque nunca se supo con certeza que fue lo que terminó con el problema. Tampoco existió una prueba contundente de que los responsables fuesen estos bichos.



Una calurosa tarde de agosto, Justino caminaba hacia la zona central del pueblo, donde se ubicaba el bar de su propiedad. Pasaba justo frente de la casa de los Jiménez, cuando divisó a un grupo de gente arremolinada. Estaban arropados bajo el cobijo del vasto ramaje de una pingüica. Solo necesitó un par de segundos para entender lo que estaba sucediendo.

Rulfino Arriaga, su primo, se encontraba como tantas otras veces, frente a la escuela primaria. Estaba sentado en una base construida de piedra rústica y cemento, cuya función principal era asegurar la estabilidad del cerco perimetral de la institución. Hacía las veces de banca. Justino Mora echó un vistazo rápido al astro rey y dijo:

«Apenas las cuatro de la tarde, me quedaré un rato pa' escuchar a este cabrón mentiroso». Y se sentó en el suelo.

Se recargó en la base de piedra. Hacía un fuerte calor, a pesar de que el sol empezaba su descenso vertiginoso hacia el horizonte. Podía percibirse que su fuerza y esplendor se estaban esfumando.

Rulfino estaba rodeado de niños, jóvenes y adultos. Se agolpaban a su alrededor buscando un lugarcito donde pudieran disfrutar plenamente su charla, un gran repertorio de mentiras. Cruzado de piernas, en forma exquisita y actitud elegante a sus años, sombrero colocado sobre sus piernas, sus manos sobre el mismo, una encima de la otra, su pose favorita.

Rulfino Arriaga era en verdad un ser excepcional, carismático en demasía, de aspecto endeble, visiblemente flaco y piel erosionada adherida a los huesos. Un rostro carente de carnes que recordaba a Don Quijote. Lucía tres surcos y medio de forma vertical que enmarcaban cada una de sus mejillas. Pocos huesos, aunque suficientes para sostener su raquílica carne. Las articulaciones de sus manos estaban enrojecidas, ásperas e inflamadas por la artritis. Tenía un rostro alargado y seco, aunque conservaba una expresión alegre. Pelo y bigote poblado, visiblemente canos, descuidados y consecuentemente desaliñados. Se movían a la menor provocación del aire fresco de la tarde.

«Hay tantas cosas que platicar que no sé ni por dónde empezar» — decía.

La gente se acercaba rápidamente, se sentaban en torno a él, dispuestos siempre a escucharlo. Justino, como toda la gente del pueblo, sabía que eran mentiras, pero no le importaba. Eran historias fantásticas, saturadas de imaginación y empapadas de palabras altisonantes expresadas con maestría y sarcasmo extremadamente divertido. Su

conversación fluida, de estilo vulgar y certero, era realmente sabrosa y derrochaba sabiduría en abundancia. En su mente había siempre respuesta para todo. Aseguraba conocer en persona hasta al mismísimo satanás.

Historias de cristeros, de brujas convertidas en lechuzas, de entierros, del centauro, de fantasmas, de la llorona; cuando salían de su boca, no cabía la menor duda de que fuesen reales. Nunca se conoció persona alguna con tanta sabiduría popular. Su boca desbordaba palabras y frases vulgares. Podía comunicarlas de manera tal, que provocaba cierta especie de adicción el escucharlas.

«Si el gallo canta en la madrugada, ha de llover mucho, ha de llover poco, o... lloverá pura chingada» — decía.

«Me detuve a descansar, le quité la silla al caballo y la coloqué encima de una piedra. Era una piedra muy grande, tan grande que los estribos colgaban como columpios. Bebí un poco de agua, respiré profundamente entrecerrando los ojos. Un rato después, escuché un ruido, no les voy a negar que me asusté un chingo. No les miento, la silla iba caminando sola, despacito, hacia la quebrada. Cuando me acerqué, temblando de miedo, me di cuenta que era una tortuga gigante ensillada».

Rulfino murió sin saber que las tortugas gigantes realmente existían, muy lejos, en otras latitudes. Un rato después, Justino se levantó, avanzó unos metros y cruzó el camino hacia la acera de enfrente. Ahí vivía Pedro Arriaga, pariente lejano de Justino. Sus padres fueron primos segundos. Un individuo tan flaco que lucía unos cachetes visiblemente chupados y los ojos hundidos en los pómulos. En tiempos de frío extremo, lucía un colorido gorro, cual birrete reconfortante y amortiguador del clima. Definitivamente, era muy cuidadoso con su salud.

Nunca fumaba. Solo bebía licor anisado. Aficionado al baile hasta sus últimos días, actividad que realizaba a la perfección. Su principal oficio era la elaboración de fustes para las sillas de montar. Años después, cuando Justino instaló su empresa de talabartería, dicho señor sería uno de los principales proveedores.

En una ocasión le entregó un fuste demasiado pequeño. La reacción de Justino no se hizo esperar.

«Así no me sirve, esa mugre está tan chica que si te sientas en ella, ¡ni bichi cabes!» — le dijo sonriendo. En referencia a su notoria delgadez.

Su esposa, era una señora de mediana edad, las canas apenas se asomaban en su cabellera. En el patio de su casa tenía instalada una hornilla con su respectivo comal. Ofrecía en venta, riquísimo atole de pinole y ponche. Este último en dos presentaciones: con piquete o sin piquete. Dicho piquete, no era otra cosa más que un pequeño chorro de tequila agregado a la bebida caliente. Elaboraba también ricas tortillas enmantecadas conocidas como sapitos. La gente se arremolinaba para comprar. La encantadora señora era sumamente amable y respetuosa con la gente, de tal manera que, en ocasiones, caía en excesos.

«Buenas tardes... ¿cómo amaneció?» — decía, aunque fuesen las ocho de la noche.

Distribuidos en su patio, fuera del mismo y en la cancha de la escuela, estaban los fieles clientes. Se reunían en las tardes para jugar voleibol, basquetbol y baraja, o simplemente, conversar. Grupos de al menos cinco equipos jugaban a las cartas. Sentados en troncos de árbol, bancas y sillas de madera.

«Justino, vente a jugar» — le gritaron al verlo llegar.

«Nomás vengo a comprar un ponche, hay que trabajar...ora bajan los mineros» — contestó.

«Pos tendrás razón, esos sí que le entran duro al pulque» — dijo Pedro.

Pedro Morales era un personaje en toda la extensión de la palabra. La gente siempre lo recordó como aquel sujeto que murió cuando quiso.

«Ni aunque me acuchillen podrán matarme, moriré cuando quiera. La calaca vendrá por mí exactamente el día que cumpla setenta años de edad» — decía, muy seguro.

Como asunto imposible de creer, tal cual sucedió. Al amanecer de aquel día murió Pedro. Era la fecha de su cumpleaños. Durante el velorio y a través del recorrido final, el pueblo entero cantó las mañanitas. Setenta velas encendidas iluminaban el camino rumbo al cementerio. Un aura de tristeza cobijó a la comunidad cuando las puertas del panteón se abrieron, para recibirlo con los brazos abiertos. Otra de sus virtudes, sin dudarle siquiera, fue su habilidad para entretener a la gente contándole historias fantasiosas. Un día, según su relato, decidió encontrar el lugar por donde sale el sol. Ensilló su caballo y se encaminó con la firme intención de lograr su propósito. Durante varios días avanzó por el monte subiendo y bajando cerros.

Después de mucho trajinar, una tarde, cuando el astro rey aún no se perdía en el horizonte, muy agotado, decidió acampar. Desensilló el caballo y durmió profundamente. Transcurrieron muchas horas, las suficientes para que despuntara el nuevo día. Sin embargo, el amanecer nunca llegó. Era la noche más larga y oscura que había conocido. Preocupado, tomó la decisión de regresar al pueblo. Levantó la montura para ensillar de nuevo su caballo. No pudo ocultar la emoción, cuando, paulatinamente, un rayo de luz consumía a la oscuridad reinante, hasta ese momento.

El día anterior, al dejar la montura sobre el suelo, accidentalmente había tapado la rendija por donde salía el sol. Fue así como, según su propia historia, hizo el grandioso descubrimiento.

Un tipo descarado, sarcástico, mentiroso y exagerado. Un don que hubiese sido suficiente para considerarlo como uno de los precursores del realismo mágico. Dichas aptitudes fueron suficientes para inmortalizarlo. Muchos años después, la gente seguía recordándolo.

¡Ah Pedro! — decían. Cuando alguien era descubierto con una mentira.



A las siete de la tarde de aquel día, Justino delataba sus intenciones. Tomó una jícara y llenó la bandeja con agua directamente de la olla.



Enseguida, vació muy despacio el agua caliente de un pichel de aluminio que previamente colocaba en la hornilla, e introdujo los dedos de su mano izquierda palpando la temperatura ideal. Colocó un espejo y se dispuso a rasurar su barba. Usaba con clara maestría una navaja común, sin rastrillo, a mano limpia. Le daba la inclinación precisa para no cortar su mejilla. En ese momento escuchó a Gertrudis:

«Seguramente ya vas con esa». Echó un vistazo rápido por encima del hombro y contestó.

«Ya sabes, solo bailaré con mi prima».

«Es lo que siempre dices y terminas en lo mismo, esa Chepina nomás te solapa tus vaquetonadas» — dijo Gertrudis. Justino ya no contestó. Pasó la toalla humedecida por su rostro e inmediatamente después la aventó a la silla contigua. Se levantó con cara de resignación y enfiló ladera abajo. Aquella noche, la familia García estaba de fiesta. Justino fue a bailar en compañía de su prima, como era su costumbre.

La tristeza hizo presa de Gertrudis. Acongojada, consternada y deprimida, con sus manos en el rostro, a punto de sollozar, deambulaba como fiera enjaulada. Después de un buen rato y sin darse cuenta, se vio sentada en una silla por fuera de la casa, frente a la puerta abierta. No pudo soportar más, sus ojos se nublaron, las lágrimas saturaron sus pupilas. Copiosas gotas salían de sus ojos. En aquel momento escuchó una voz bajita, serena, misteriosa. Parecía un susurro...

«Tal vez pueda ayudarte».

Levantó su cabeza lentamente y dirigió su mirada hacia el origen de la voz. Sus ojos, extrañados, distinguieron a una misteriosa muchacha sentada en el suelo. Estaba recargada en la pared de la casa, junto a la puerta, con las piernas estiradas cuan largas eran. La luna llena estaba en su máximo esplendor, tan brillante que parecía un día cualquiera... cuando ya casi eran las doce de la noche. Razón demés para visualizarla perfectamente.

Su rostro era blanco, casi transparente. Presumía una hermosísima cabellera negra, brillante...abundante. Se desparramaba por su pecho y cubría parte de su cuerpo, hasta más allá de sus rodillas. Las palmas de sus manos, también muy blancas, por cierto, estaban apoyadas

sobre el pelo que cubría sus muslos. Por las partes de su cuerpo, donde el cabello no alcanzaba a cubrir, podía distinguirse una vestimenta blanca, cubierta de encajes. Cualquiera podría pensar que se trataba de un vestido de novia. Largo, aunque no lo suficiente para que pudiera ocultar sus pies rojizos. Increíblemente, Gertrudis no se asustó. Una sensación de tranquilidad bajó despacito desde el cerebro y recorrió paulatinamente todo su cuerpo.

«Nadie puede ayudarme» — contestó, adormilada. A su vez, recargó la cabeza sobre la nuca. Una lagrimilla emergió de su ojo izquierdo, lo que aligeró la pesadez de su alma. Y se quedó dormida. Soñó que corría por un sendero boscoso entre inmensos árboles de pinos. Sola, ausente en fortaleza, con un dolor infinito, catalizado por colosales llantos. Sus ojos escupían salados ríos y desembocaban en mares de penas. Corría desesperada por la empinada colina hasta agotarse. Se detenía un poco, con sus manos en las rodillas, inclinaba su cuerpo hacia adelante con la vista fija en el suelo. Suspiraba profundamente y estallaba de nuevo en llanto. De pronto, a lo lejos divisó un brillante túnel de luz. Un bálsamo milagroso saturó su cuerpo y regeneró su alma. Fue entonces cuando comprendió lo que realmente estaba sucediendo.

«De amor sí se muere» — murmuró. Y despertó sobresaltada. Inmediatamente escudriñó con su mirada buscando a la misteriosa mujer. Alcanzó a ver como se deslizaba con suavidad, agitando su larguísimo vestido, como una novia flotando por encima de los árboles. Cuando la perdió de vista, su cuerpo experimentó un temblorcillo sin control, así como un galopar incesante y repentino de su corazón. El miedo empezaba a recuperar territorio. Fue cuando lo vio entrar. Era un perro muy raro, de tamaño visiblemente anormal. Sus ojos brillaban en la oscuridad como los gatos. Se escurrió sigiloso hasta la parte oscura del interior de la casa donde la luz de la cachimba no llegaba. Temblaba de miedo cuando Gertrudis buscó por toda la casa. Abajo del catre, atrás de la caja, atrás del bulto de cuiltas, atrás de la cortina. No encontró nada.

Amedrentada de pavor salió hacia el patio. Un murmullo proveniente del camino la hizo reaccionar. Justino regresaba del baile quejándose de un fuerte dolor de estómago. Su rostro lívido y demacrado denotaba la evidente molestia. Cuando lo divisó, subía la pequeña



cuesta ligeramente inclinado hacia adelante. Su antebrazo derecho presionaba la panza como para distraer el fastidioso dolor.

«Mira lo que te pasa por andar de coscolino, no aprendes, Dios castiga tus bajezas» — le dijo. A regañadientes, lo ayudó a recostarse en el catre. En la palma de su mano, formó una mezcla de ceniza con aceite de comer. Con dicho remedio, le sobó la panza en forma circular durante varios minutos, hasta que el dolor desapareció.

Por la mañana se levantó muy temprano. Mientras preparaba el café, recordó los escalofriantes sucesos de la noche. No quiso contarle nada a Justino, temía que se burlara de ella.

«Definitivamente, era el mismísimo satanás. ¡Cuánta razón tenía mi madre!» — aseguraba.

En realidad, el runrún no era un infundio, Justino cortejaba a Eleonora Soto, incluso tuvieron tres hijos. Uno de ellos, extremadamente parecido a Silvano, cualquiera podría confundirlos.

«¡Parecen gemelos!» — decía la gente.

Incluso nacieron el mismo día, del mismo año. Uno asomó su cabeza al mundo muy temprano por la mañana; el otro, cuando el astro rey ya se ocultaba. Su prima Chepina fungía como Celestina, como ella misma lo aseguró muchísimos años más tarde, cuando Justino yacía en el féretro.

«Ya sé que me oyes, pero es la verdad, eras un vaquetón, aunque te enojos» — decía la anciana, con una sonrisa pícara.



Al pie del cerro, en un pequeño valle, se localizaba una de las dos casas de Ramiro Mora, hermano de Justino. Era un sujeto recio de actitud retadora. Orejas visiblemente grandes a pesar de esconder parte de ellas con el sombrero. Rechoncho y bajo de estatura. Presumía un rostro impregnado de los surcos de la vida. Hombre de poco pelo, cubierto de nieve, delatado por el tiempo. Retazos de cabello se escurrían discretamente por debajo del sombrero.

Desde chico, igual que su hermano Justino, se dedicó a la venta y trueque de mercancías. Entre los productos comercializados destacaba la conserva de papaya y el chorizo de puerco más rico de toda la zona, preparados por el mismo. Aunque nunca aprendió a leer y escribir, sacaba las cuentas mejor que cualquier profesor, con pesos y centavos, a pura mente, sin usar lápiz ni papel.

En la memoria de los Mora siguió palpable aquel recuerdo, incluso muchísimos años después de la muerte de Matilda. Ramiro nunca perdonó a Macario, siempre le echó en cara que hubiese vendido un pedazo de tierra a Lamberto y Genoveva. Ahí mismo donde vivió su madre. El terreno sería usado para construir un templo protestante. Ramiro estaba en total desacuerdo, nunca lo aceptó. Incluso, con suma frecuencia, reclamaba también a Justino.

“Por solapadero” — decía.

Al pasar frente al templo, blasfemaba y golpeaba el machete contra las piedras hasta sacarle chispas. Era la forma de demostrar su coraje.

«Cómo es que se atrevieron a faltarle el respeto a su memoria, mi madre siempre fue católica» — reclamaba, dando patadas en la arena suelta del camino vecinal. Después de su muerte, algunos de sus hijos siguieron molestos durante algún tiempo, aún sin entender con claridad la causa del conflicto.

A pesar de su fuerte carácter, Ramiro era muy querido en la comunidad por su creciente compromiso y solidaridad con la gente humilde, así como el evidente e incondicional amor a sus once hijos y dos esposas, con quienes convivió de manera simultánea, durante un considerable lapso de tiempo. Al paso de los años, su salud mental dio muestras de deterioro. Errores inesperados empezaron a manifestarse. Su excelente destreza para el cálculo mental quedó en entredicho, cuando perdió exactitud en las operaciones financieras de compra venta.

Al transitar por los caminos de toda su vida, se extraviaba con notable facilidad. Era evidente la preocupación de su familia. Cuando sus hijos trataban de apoyarlo para el regreso a casa, oponía resistencia, para él eran gente extraña.

«Déjenme en paz, no sé quiénes son, ni quiero saberlo...díganle a mis chamacos que vengan por mí» — decía, con la certeza de encontrarse con gente desconocida.

Con notable tristeza, la familia fue testigo cuando aquella tarde murió Ramiro Mora Arriaga. Su cerebro se enfermó de olvido. El corazón se detuvo. Nunca le recordaron que después de un latido, seguía otro, otro y otro más.



Uno de esos días, al lado del camino, aprovechando la sombra de un pequeño árbol de guamúchil, Justino conversaba con los hermanos Agapito y Gregorio Ramos, cuando llegó Cipriano Domínguez vendiendo sus tradicionales bolsitas de cacahuates. Estaba cayendo una epipata de esas que duran no menos de tres días.

«¿Cómo están los cacahuates?» — preguntó Justino, con intención de saber si les había afectado la lluvia, pero sin decirlo en forma clara.

«Están como deben estar» — contestó Cipriano.

Justino compró una bolsa, notable fue su expresión de desagrado cuando al echarse el primero a su boca, se percató que los cacahuates estaban talistes por la humedad.

«Todos aquí oímos cuando dijiste que estaban bien» — reclamó. Cipriano lo miró fijamente. El dedo índice de su mano derecha golpeteaba levemente al viento, en dirección a Justino. Con voz lenta pero seguro de sí mismo, dijo:

«Cuando usted preguntó, ¿cómo están los cacahuates?, le contesté, «están como deben estar. ¿Cómo chingados quiere que estén, con este pinche aguacero?» — concluyó.

Cipriano Domínguez era un hombre callado y respetuoso, hablaba estrictamente lo necesario. Por dicha razón, su repentina e inesperada respuesta dejó sorprendidos a los presentes. Su hijo Filomeno era exactamente por el mismo estilo. Ambos habían madrugado cuando repartieron los genes del silencio. Escogieron a su antojo y los de mejor calidad.

En cierta ocasión Justino Mora le comentó con evidente suspicacia.

«Por más que le busco, no jallo la respuesta, no me cabe en la cabeza, ¿qué chingados platicas con tu padre cuando están solos?»

«Pos, yo hablo poco... y a él, le dicen el mudo» — contestó Filomeno, dibujando una mueca en su rostro, que pretendía ser una sonrisa. No ocultaba su orgullo... ¡era igualito que su padre!



Los hermanos Ramos nunca se casaron, «aunque solo Agapito conoció mujer» — decían los hermanos Mora.

Agapito y Gregorio eran hijos de Saturnina Ramos y Lamberto Enríquez. Este último, murió debido a las secuelas provocadas por la mordida de un monstruo de Gila. Vivían retirados apenas a dos casas del hogar de Ramiro Mora.

La choza era de adobe, pintada de cal y con techo de teja, como casi todas las casas del pueblo.

Trás de la casa había un nutrido platanar. Lucía, casi siempre, hermosos y apetecibles racimos de fruto. Dichas plantas estaban inmersas en un pequeño terreno pantanoso, rodeado de gran cantidad de frondosos árboles de aguacate.

Saturnina Ramos fue la primera empresaria abarrotera del pueblo. Vendía refrescos embotellados, azúcar, frijol, arroz, dulces y galletas de animalitos, entre otros productos. Para mercar estas originales galletas empleaba el puño como unidad de medida, es decir, lo que pudiese agarrar con la mano. No tenía estantería. En la misma habitación donde dormía, con piso de tierra, podían verse esparcidas las bolsas de mercancía. Por un lado, estaba la cama con sábanas y cobijas sin doblar, esparcidas en forma desordenada. Por el otro, se veía ropa colgada de una varilla incrustada en la pared por los extremos: era su closet improvisado. Cuando los chiquillos compraban galletas, debían llevar el recipiente y estar listos para recibir los puñados, dos por veinte centavos, aquellas monedas rojas de la época.

«Toma» — exclamaba y estiraba el brazo para entregar su mercancía. A los chamacos les molestaba semejante palabra. La gente usaba la mismísima expresión para llamar a los perros.

“Catrín, Catrín, toma, toma, toma”, gritaba la gente y el Catrín salía sacudiéndose el polvo y moviendo la cola, atendiendo el llamado del amo.

Si por alguna razón los niños no estaban atentos con el recipiente, ella colocaba temporalmente las galletas en su bata doblada, percutida a la vista. Dicha acción los ponía de mal humor, les producía cierta repugnancia. Además, nunca la veían lavarse las manos.

La vieja tenía una forma muy peculiar de ver la vida, despreocupada, sin tabúes, malhablada y feliz. Se bañaba en el arroyo, desnuda, sin importarle quien pudiese verla. Orinaba en los callejones con solo abrir las piernas como horqueta, lo que evidenciaba la falta de calzones. Abría el compás e inmediatamente salía un potente chorro rectilíneo y vertical de líquido amoniacal y nauseabundo. Exhalaba un profundo suspiro, reacomodaba su falda y se alejaba dejando un humedecido cráter en el suelo. No pocas hormigas corrían despavoridas intentando sobrevivir a la inesperada tormenta ácida. Otras perecían ahogadas o intoxicadas con el asqueroso fluido. Estos detalles prevalecían en la mente de los chiquillos, sobre todo cuando miraban a Saturnina tomar con su mano pelona las galletas, directamente del costal. Aun así, seguían comprando, era la única opción abarrotera del pueblo en aquella época.

Huérfanos y viejos, los Ramos seguían frecuentando a la familia Mora. Cuando no aparecían a la hora de siempre, era Lucrecia, la nuera de Ramiro, quien les gritaba.

«Ya están los frijoles, vengan a comer, ya está listo el café» — insistía. Con los ojos casi cerrados para protegerlos del vapor que emergía de la olla de frijoles en agua y sal, recién cocidos. También el calor del comal lastimaba sus pupilas.

Gregorio era muy aficionado al consumo de alcohol; su rostro soñoliento y notablemente ajetreado, lo delataba. Cualquiera podía verlo y, sin esfuerzo alguno, adivinar una intensa resaca. Tenía una

sorprendente habilidad para encontrar las colmenas silvestres, con solo perseguir a las avispas. Una de ellas se convertía en infortunado cómplice, al bajar en busca de agua. Gregorio aprovechaba la ocasión para seguirla por el monte sin perderla de vista, ayudado por el reflejo del sol.

El humo espeso producido en la combustión de boñigas de vaca, que intencionalmente quemaba, provocaba que las avispas abandonaran su colmena. Nunca fallaba, casi siempre regresaba con algunos agujijones incrustados, pero con el rostro sonriente, presumiendo orgulloso una buena ración de panales con sus celdas saturadas de miel.



«Pújale, pújale Gertrudis, aquí viene el cuarto chamaco, ya asomó la cabeza y es macho» — dijo la partera.

«A este sí le pondremos Justino, como su padre» — dijo Gertrudis entre quejidos.

Habían transcurrido pocos años, después de que Justino Mora hijo se asomó al mundo, cuando Justino Mora padre abandonó el negocio de la venta de cerveza para entrarle a la vendimia de conservas, panocha y sillas de montar. Instaló un taller de talabartería y contrató dos trabajadores. El muchacho fue creciendo entre olores a baqueta y golpeteos del mazo, de tal manera que poco a poco fue mostrando interés por el oficio, hasta aprenderlo con singular maestría. Dedicó el resto de su vida a esta actividad.

La pequeña empresa de talabartería de los Mora, era solo una de muchas en el poblado. Definitivamente, la manufactura de sillas de montar contribuyó bastante para que el pueblo fuese reconocido por otros lares. Algunas familias empezaron a mejorar sus ingresos elaborando los aditamentos necesarios.

El esqueleto bichi, el cuerpo principal, era de madera. Lo llamaban fuste. Para su elaboración, utilizaban el tallo de aquel popular árbol autóctono llamado guásima. Labraban poco a poco cual expertos

escultores, torso y cabeza. También costados y teja. Piezas que diseñaban en forma separada, después las ensamblaban y las forraban de cuero. Así quedaban listas para su venta a los talabarteros de la región.

Otros, generalmente los mismos artesanos, construían los estribos a base de madera del mismo árbol. El terreno era prolífico en este tipo de flora.

Uno de sus empleados del taller era Lamberto, la memoria ya no registra el apellido. Bajito de estatura, blanco, casi albino. Malhablado hasta el tuétano. Usaba sombrero de ala corta, tipo boina, en contraste con la mayoría de los hombres del pueblo. Estaba firmemente convencido de ser una persona de muy mala suerte. Definitivamente no existía nadie en el mundo que lo hiciera cambiar de opinión. En una ocasión, la familia Mora organizó la rifa de un cerdo. Querían convencerlo de la falsedad de su tan cacareado infortunio. El joven Justino le explicó el proceso.

«En este sombrero echaremos papelitos numerados del uno al diez. Con los ojos cerrados, cada uno de nosotros tomará uno. El ganador será quien saque el número cinco». Con suma discreción Justino introdujo los papelillos. Lamberto nunca se percató que todos estaban numerados con el cinco.

«Serás el primero en participar» — le dijo Justino.

Muy emocionado se acercó el viejo. Cerró los ojos, contuvo la respiración e introdujo la mano en el sombrero. Aprisionó el primer papelito que palparon sus dedos.

«Ya lo tengo, este es el bueno» — dijo, ilusionado. Para su sorpresa, sintió que estaba atorado. Algo lo estaba reteniendo. No quiso dejarlo, apretó con más fuerza, estaba convencido que sería el premiado. Un jalón más, otro, otro y otro. Por fin lo despegó, sacó la mano y lo mostró orgulloso.

Era el número siete. Había arrancado la etiqueta donde se indicaba la medida del sombrero. Los Mora se miraron de manera maliciosa y resignada.

«Nada que hacer, este viejo no tiene remedio» — dijo Gertrudis. Y se alejó rumbo a la cocina.

Era tan corajudo que enfurecía cuando el aire le tumbaba su casquete. Con saña, lo lanzaba al suelo, solo para pisotearlo en múltiples ocasiones visiblemente indignado. Como único responsable de mostrar ante los demás, su testera calva.

«Pa' que se te quite la maña de caerte, pinche sombrero hijo de la chingada» — exclamaba, mientras brincaba encima del mismo. Después del divertido arranque de ira, Lamberto se abocaba a recuperarlo. Lo tallaba y presionaba pacientemente con la idea firme de devolverlo a su forma original. Lo miraba con ternura, como si le pidiera disculpas por el maltrato del que había sido objeto. Si al final no conseguía recuperarlo, Justino le prestaba algún sombrero suyo para que pudiera regresar a su casa.

A la familia Mora también le causaba gran fascinación cuando Lamberto mostraba su faceta de curapollos. Siempre que algún polluelo moribundo se postrara ante sus ojos, lo recogía con ternura, lo depositaba en el suelo y lo cubría totalmente con su sombrero. Daba algunos leves golpes y soplabla por entre las rendijas. Después de algunos segundos, lo levantaba y el ave salía corriendo completamente sano.

Aquella vez, Justino Mora, abstraído, seguía con la vista a un grupo de polluelos que jugueteaba alrededor de la gallina, cuando un ruido constante lo hizo desviar su mirada hacia el cielo. Escuchaba un susurro y aleteo continuo. Un enjambre extraviado de abejas domésticas pasaba en ese momento. Era una nube negruzca y apelmazada de animales en sincronizado vuelo. De inmediato reaccionó, tomó el machete y gritó.

«Justino tráeme la barra, Lamberto sube el cajón en el techo». En segundos, Justino golpeteaba insistentemente los metales entre sí. Todos fueron testigos cuando las abejas bajaron, atendiendo el llamado, con la reina al frente. Dirigía a sus subordinados con la vista fija en el cajón, su nueva casa.

Ya pacificado el momento, Lamberto salió apresurado rumbo al cagadero. Sin darse cuenta, tropezó con una silla de montar ya



terminada y la derribó. Cayó encima de los polluelos que jugueteaban alrededor de la gallina. Gertrudis y Genoveva corrieron para tratar de ayudarlos. Algunos murieron aplastados.

«Cuando uno tiene mala suerte, la tiene, la tiene, la tiene» — dijo.

«Ora sí metí la pata...hasta los riñones» — se lamentó. Hacía exageradas muecas y golpeaba la mesa con la palma de su mano, con notable y divertida muestra de aflicción.

«Ora cómo le voy hacer, no tengo dinero. Mi gallina apenas tiene un día echada. Y si se engüeran los huevos, cómo chingados voy a pagar» — insistía, visiblemente agobiado. Su cara proyectaba una sensación de abatimiento, sin esperanza alguna. Se friccionaba fuertemente su cara de arriba hacia abajo, lamentando su infortunio. Por más que se aguantó, Genoveva no pudo contener la risa. Se retiró apresurada. Lamberto alcanzó a escuchar la sonora carcajada de la muchacha.

«Esa hija de Justino, no es fea, pero sí muy grosera la condenada» — dijo, molesto.



Días después, temprano por la tarde, caminaba Edelberto rumbo a la quebrada. Llevaba una barra y una pala. Planeaba escarbar en el terreno situado junto a los mezcales. Con la firme intención de encontrar agua.

Enedina, una niña de escasos cuatro años, nieta de Ramiro Mora, jugaba en la arena a un lado de la vereda que conducía a la casa. Se extrañó al verlo con las herramientas en mano.

«¿A dónde vas tío?» — preguntó.

«Voy a sacar un entierro» — contestó. La chiquilla, intrigada, no se quedó conforme. Algo le parecía raro. Estuvo pendiente de su regreso.

Lamberto pasó por abajo del cerco de alambre, arrastrándose como culebra. Avanzó apenas algunos metros. Sin pensarlo mucho, empezó a trabajar.

«A lo que te truje Chenchá» — dijo, sonriendo. Un cachorón salió corriendo cuando asestó el primer golpe. La tierra era blanda, muy arenosa, seca y manejable. La barra entraba con relativa facilidad en el tucuruaguay. Escarbó durante un buen rato, muy cerca de una planta de mezcal. Alternadamente utilizaba también la pala para sacar la tierra. Empezaba a oscurecer cuando pasó por su mente darse por vencido.

«Aquí no voy a jallar agua, aunque escarbe hasta mañana» — murmuró. Fue en ese preciso instante cuando sintió algo diferente. No pudo evitar ilusionarse.

«A lo mejor es un entierro» — Pensó, mientras se limpiaba el sudor de la frente con el antebrazo izquierdo. Metió la mano entre la tierra, palpó algo duro y jaló hacia arriba. Se quedó perplejo. Era un hueso humano. Por las características distinguidas a simple vista, segurito que tendría, muchísimos años enterrado. Aunque asustado, siguió buscando. Pronto se percató que eran muchos más. Tenía una expresión de asombro cuando le contó a Justino.

«Hay que ir temprano, los antiguos enterraban a los muertos con todo y su dinero» — dijo.

Otro día, cuando el sol todavía dormía, los vieron pasar rumbo a los mezcales. Enedina estaba sentada en el mismo lugar del día anterior.

«¿A dónde van?» — preguntó de nuevo la chiquilla con evidente cara de curiosidad.

«A sacar un entierro» — contestaron al unísono. La espontánea y simultánea reacción, les provocó una carcajada.

Durante muchas horas escarbaron esperanzados. Sin embargo, solo encontraron más huesos. Curiosamente, las osamentas estaban siempre muy cerca de los magueyes.

Eran las cuatro de la tarde cuando regresaron a la casa. Hambrientos, cansados y resignados subieron la cuesta. Recargaron las herramientas en la pared de la casa. Sin avisar a sus esposas se encaminaron a buscar al comisario, con la intención de ponerlo sobre aviso del singular hallazgo. Por el camino se encontraron de nuevo a Enedina.

«Oigan tíos, ¿sacaron el entierro?» — preguntó.

«Claro que sí», — contestó Edelberto, tratando de engañarla. Las bromas eran su especialidad.

«¿Era mucho dinero?»

«No mucho, solo un jarrito pequeño, pero lleno de centenarios de oro y monedas de plata». Enedina no contestó. Su pequeño rostro denotaba una evidente incredulidad.

Al día siguiente, cuando regresaba del arroyo en compañía de Geneveva, quien llevaba una cubeta de agua en su cabeza, preguntó:

«Tía, ¿es cierto que mi tío sacó un entierro?»

«Pues creo que sí, porque hoy en la mañana se compró un marro»

— Contestó Geneveva. Pretendía encubrir a su esposo.

«Mmmm. ¡Qué caro le ha de haber costado esa cochinateda!», dijo la chiquilla. Con clara certeza de haber descubierto el engaño. Geneveva no paró de reír hasta llegar a la casa. Iba totalmente remojada. La risa provocó que el agua de la cubeta se derramara sobre su cuerpo.

Enedina, era una hermosa chiquilla muy inquieta e inteligente. Además, muy espontánea y ocurrente. Años después, se fue del pueblo para buscar nuevas y mejores oportunidades. En una de tantas llamadas a su madre, en una ocasión le avisó que se afilaría la nariz para resaltar su belleza. El enojo de su mamá no se hizo esperar.

«Pa' que chigados te arreglas la nariz, si de todas maneras tus hijos van a nacer todos chatos» — le dijo.



Cuando las autoridades llegaron no podían creer lo que estaba frente a sus ojos. Era un reguero de huesos por todo el terreno. Contaron al menos un centenar de cráneos. Poco a poco fueron acomodando las osamentas de cada una de las fosas, en abultados montículos.

Tres días después arribaron dos fulanos, eran hombres de ciencia, se supo. Venían de la ciudad de la gente enzapatada. Los nativos

del pueblo, curiosos como siempre, se arremolinaban para verlos trabajar. Su conclusión sorprendió a propios y extraños. Dijeron que el cementerio macabro databa de al menos trescientos años. Muchas especulaciones se hicieron después del inesperado suceso. La que más prevaleció en la mente popular fue aquella que hablaba del sacerdote del diablo. Pasaron muchos años y Fermín Ramírez, amigo de Justino Mora, la seguía contando tal si fuera cierto.

«Se moría la gente...pues porque la gente siempre se ha muerto. Antes de velarlo, los parientes tenían que ir por el cura pa' que le diera sus bendiciones. Y así, pudieran asegurar su entrada al cielo. Les cobraba dos pesos. Una fortuna pa' los indios de aquel tiempo».

«Si la gente no pagaba, el muerto desaparecía durante la noche. Corría el rumor entre los indios, propiciado por el mismo sacerdote en mención, que quien se llevaba a los difuntos era el mismo satanás. Por simple ignorancia, la gente lo daba por cierto».

«Llegar al cielo, cuesta dinerito» — aseguraba el sacerdote.

«En aquella ocasión, un desconfiado indio no durmió. Pasó toda la noche vigilando. En el cajón estaba su hijo. Quería cazar al diablo. Estaba decidido a impedir que se llevara a su vástago. La madrugada avanzaba sin remedio. El indio tenía un ojo al gato y otro al garabato. El sueño lo vencía, cuando de pronto escuchó los pasos. Un ente que parecía humano se divisaba apenas entre la oscuridad».

«Se acercaba sigilosamente a la casa. En cuanto la luz de la luna lo alumbró un poco, el indio preparó rápidamente su arma. Solo bastó una vuelta a la onda pa' que la piedra saliera disparada derechito a la cabeza del diablo. No supo qué fue lo que lo mató, cayó de espaldas con los brazos extendidos en forma de cruz. El ayudante salió corriendo despavorido. Apenas avanzó algunos cinco metros, cuando la otra piedra le reventó la nuca».

«¡Maté al diablo, maté al diablo!» — gritaba el indio.

«La gente salió corriendo, querían ver con sus propios ojos al chamuco bien muerto. Cuando se acercaron lo suficiente, se percataron que se trataba del cura y el sacristán. Encorajinados se dirigieron a la iglesia. Con grandes troncos golpearon sin descanso a la puerta... hasta

que la derribaron. Enfurecidos, despedazaron todo lo que encontraron en el interior; después le prendieron fuego, hasta reducirla a cenizas y escombros».

«El sacerdote del diablo se robaba los difuntos de los indios pobres, los encaramaba en la carreta y los enterraba entre el monte un poco alejado de la iglesia. Siempre con ayuda del sacristán. Se quedaban con las pertenencias que los dolientes echaban en el cajón».

«Pasó el tiempo y, cuando las heridas empezaron a cicatrizar, se construyó un nuevo templo sobre los cimientos del anterior».

«Los muertos de los mezcales, eran sin duda, los mismos que fueron hurtados por el prelado maldito».

Verídico o no, muchísimos años después, en el ocaso de sus vidas, Justino Mora y Edelberto, su yerno, contaban esa historia como si acabara de pasar.



Los años se perdían irremediabilmente en la línea del tiempo. Llegaron las radionovelas. La familia Mora, así como la mayoría de la gente, se emocionaba al escuchar a Porfirio Cadena, “El ojo de vidrio”, el bandido del Huajuco. Una interesante historia campirana escrita por Rosendo Ocaña, reconocido escritor de la época. El protagonista era un singular norteño que, a pesar de poseer una sorprendente inteligencia, se confundía o se mezclaba en ocasiones, con una fuerte dosis de ignorancia. Porfirio tenía una tendencia desmesurada a resolver los conflictos de toda índole, a punta de pistola. Justino suspendía cualquier actividad en el taller de talabartería que pudiese interferir, solo para disfrutar la radionovela. Pasó el tiempo y Gertrudis mantenía en su memoria cuando Justino mandaba a los chamacos a coser los cojines para las monturas.

«Durante todo el camino se paraban pa’escuchar la novela de Porfirio. Cuando volvían a la casa, pos ya estábamos bien enojados».

Algunos años después empezó la transmisión de “Chucho, el roto”. En ella se emulaba a Jesús Arriaga, un popular bandido generoso que

vivió en la recta final del siglo precedente. Estos personajes emanaban una creciente simpatía entre los pobladores y engalanaban la grandiosa época dorada de este importantísimo género. Era extremadamente rara la casa donde no estuviesen escuchando a todo volumen esas radionovelas.

Cuando Fermín Ramírez se estableció en el pueblo, le platicaba historias a la gente que, a su vez, le contaron a él cuando vivía lejos de ahí, muy cerquita del mar.

«Le decían Roto solo pa' burlarse porque se vestía bien, como catrín. Era muy avisado, con decirles que una de las veces que lo metieron en la cárcel, en una isla que también era un presidio, se les escapó metido en un barril».

Otro caso similar que la gente daba por cierto pasó mucho antes de que empezara la revolución. Aquellas hazañas y aventuras de un bandido asaltante de caminos. Decían que se escapó de la cárcel, donde lo habían encerrado siendo inocente. Un cacique ricachón y abusivo de los que todavía hay muchos, lo acusó injustamente de robo. El chamaco logró huir y agarró pal monte. Con ayuda de algunos amigos, organizó la mayor embestida de asaltos jamás vista por estos rumbos. La historia registra a este individuo como Heraclio Bernal y fue la inspiración del más popular revolucionario de todos los tiempos. Aquel que se jactaba de haberse sentado en la silla presidencial de la República, "solo pa' saber qué chingaos se sentía".



«Oye ma' ¿Quieres ir a votar?» — preguntó Genoveva.

«¿Qué es eso?» — dijo Gertrudis.

«Es pa' escoger el que será el nuevo presidente».

«Pos según se oye, las mujeres no podemos hacer eso».

«Eso era antes, ora sí. Dijeron en el radio».

«Pos' vamos, a ver si es cierto. Hace mucho train ese mitote».

«Resulta que ya no solo votarán los hombres y los difuntos...ora también las mujeres» — comentó Gertrudis, con cierto sentido del



humor. En ese preciso instante, Justino entró a la cocina. Escuchó a su hija cuando dijo:

«Será mañana, en la plaza. Enfrentito del kiosko. Cerquita de la tienda de Mateo».

«¿Pa' onde andan haciendo viaje?» — preguntó.

«Iremos a votar» — contestó Gertrudis.

«¿Quieres ir viejo?» — agregó.

«Ya casi voy a perder tiempo con esas chingaderas, hay mucho quehacer» — contestó. Lanzó un eructo descomunal y, como consecuencia, espantó una gallina con todo y pollos, que buscaba lombrices en la tierra, junto a las matas. Las mujeres soltaron una carcajada, cuando vieron salir corriendo a los animales. Después, Gertrudis le sirvió su taza de café hirviendo, como le gustaba. Justino se sentó en la banca de madera, se cruzó de piernas y se dispuso a disfrutar la bebida humeante. Daba un sorbo a la taza e inmediatamente otro sorbo al cigarro. Un hermoso ocaso se divisaba en el horizonte, los cerros recibían los últimos rayos del astro rey.



«Te vas pa' molino de caña... el otro que tiene Fermín camino pa' bajo» — ordenó Justino.

«Compras ocho panochas, de las más nuevas que tengan».

«Mientras vuelves, nosotros vamos ir cortando y desgajando las papayas de la huerta, tan en su mero punto. No son muchas, pero va salir un buen cazo de conserva pa' vender, ora que me lleve las sillas que ya casi termina esta gente».

«Ta' gueno pa'» — contestó el joven Justino. Avanzó unos pasos, rumbo a la pendiente que daba hacia el camino, cuando reaccionó. Se dio la vuelta repentinamente y regresó.

«¿Y el dinero pa'?» — dijo.

«Allí está, en el bútago, encima de la pared» — le contestó el viejo, señalando el lugar preciso.

Rumbo al sur, casi llegando al pueblo vecino, a un ladito del camino, existía desde entonces aquella empresa familiar propiedad de Fermín Ramírez, amigo de Justino. Ahí se elaboraba la famosa panocha, alfeñique y dulce de melcocha, a base de jugo extraído de la caña de azúcar, también sembrada y cosechada por la misma familia.

La gente nunca olvidó aquellas bestias con la mirada cargada de resignación. Tristes y aburridas, caminando o trotando eternamente alrededor del pozo donde yacía el molino exprimidor. Acosadas, vara en mano por uno de los empleados. La sumisión de los animales se hacía presente tarde o temprano. Llegaba el momento en que el conformismo se apropiaba de su voluntad. No necesitaban arrearlos, sabían lo que tenían que hacer. Eran atadas del cuello a una tranca de madera que servía de manivela, misma que hacía girar los rodillos. Presionaba y exprimía la caña que el cebador colocaba, hasta convertirla en bagazo, el cual aprovechaban como combustible durante el posterior proceso de calentamiento.

El jugo extraído se dirigía por medio de una canaleta hasta una tina de cemento empotrada en el piso de abajo. Después se vertía en grandes recipientes, donde se calentaba hasta lograr la consistencia necesaria.

El proceso terminaba cuando batea en mano, los trabajadores llenaban los moldes. Mismos que eran elaborados minuciosamente con cincel, espátula y martillo, a partir de tablones de madera obtenidos de los árboles nativos en la región. Este dulce producto era utilizado por los elaboradores de conservas. Justino y Ramiro Mora también se dedicaban a dicha actividad. Adentradas en el pueblo, se localizaban otras industrias familiares de este tipo. Desde el camino vecinal, podía mirarse a los miembros de la estirpe sentados en troncos de árboles, acondicionados como bancos. Con sorprendente maestría y rapidez que aportaba la experiencia, pelaban las papayas y las abrían en dos partes. Después retiraban venas y semillas a raspones de cuchara. Posteriormente eran desgajadas una a una.

La gente divisaba las grandes tinas metálicas despidiendo intensos vapores blancos durante el cocimiento y empapado de miel, provocado por el poder calorífico de la combustión de bagazo o leña seca.

Tiempo antes, la producción era en menor escala; años después, una de tantas empresas creció exponencialmente marcando la pauta de lo

que sería posteriormente esta industria, bajo la rigurosa supervisión de su propietario Albino Mora, hijo de Ramiro. Un muchacho alegre y trabajador, físicamente muy parecido a su padre. Utilizaba el mismo proceso que sus ancestros, solo que a mayor escala.

Pronto agregó, además de la papaya, conservas de camote, calabaza, mango y limón. Definitivamente, un producto muy codiciado y reconocido en toda la región.

Justino y Ramiro Mora distribuían todos estos productos en la capital, desde mucho antes, casi siempre de manera independiente. Cuando se implementó la ruta de camiones el negocio floreció. El punto de partida era la cabecera municipal. Tres salidas diarias con paradas continuas en pueblos circunvecinos, hasta llegar a la ciudad de la gente enzapata.



Habían transcurrido cuatro años después del nacimiento de Justino, cuando la familia Mora recibió a Matías, el quinto hijo. Rápidamente se convirtió en un mocetón inquieto, mostrando lo que traía consigo.

Creció decidido a comerse el mundo, un jovencito de ojos tristes y hablar alegre, lampiño en extremo. Le gustaba presumir su pelo lacio y relamido por exceso de brillantina. Un rostro macerado por la vida a pesar de su juventud. Lleno de malicia, por ende, siempre presto al morbo. Vociferaba con frecuencia, bombardeando de forma masiva palabras altisonantes. Muy popular entre la gente del pueblo por sus reacciones pintorescas a la menor provocación. Lo apodaban el Pitacoche, nombre de un pájaro pequeño e inquieto, escandaloso al cantar, muy común por la región.

La gente nunca olvidó cuando en una participación, durante un evento conmemorativo del día de madres, alguien escudado entre la multitud le gritó... "Pitacochee". Su reacción fue inmediata.

«Tu madre, ya te vi hijo de la chingada» — Vociferaba, entre muchas otras maldiciones con el micrófono en mano.

Se enorgullecía de poseer una fiera de grandes dimensiones, lo cual era verídico. Esa fue la razón por la que la gente lo apodaba “Foco de tres pilas”. Cuando bailaba, al abrazar a la muchacha, de inmediato la bestia se le salía de control.

En cierta ocasión, a sugerencia de sus amigos, con el fin de apaciguarla, la amarró a su muslo izquierdo. Tuvo que bañarse con agua fría para poder desatar el mecate. Era proclive a satisfacer los apetitos carnales a costa de la fiera...muy frecuentemente. Las paredes de la casa y el tronco del guamúchil, delataban estadísticas fuera de lo común. Marcaba líneas verticales indicando el número de veces que el susodicho animal lanzaba escupitajos. Con el tiempo, dicho árbol no soportó el recurrente maltrato físico y el exceso de proteínas. Una mañana, sin que nadie lo esperara, amaneció completamente seco. Aunque Justino sospechaba el motivo, nunca preguntó.

«Pinches pájaros carpinteros, tienen fuerte el pico, ahora hasta los palos secan» — refunfuñó. Le pagó a Macario, su hermano, para hacerlo leña. Al final, terminó convertido en cenizas, entre las hornillas y el horno panadero de la casa.



«¡Aquí hay otro plebe!» — Exclamó Anastasia, la partera.

«No creo, ya tengo años muy estomaguda» — contestó Gertrudis.

«Eran las 11:15 de la mañana de un día nublado de agosto», — platicaba doña Gertrudis todavía muchos años después.

«Primero nació Severina y, apenas unos minutos después, cuando pensábamos que era todo, nos dimos cuenta que allí estaba Severo, el otro chamaco» — contaba divertida.

Era una mujer de hogar, luchadora y sumisa como antes eran generalmente las esposas. Nunca consultó un doctor durante sus embarazos. Razón suficiente para desconocer la existencia de dos pequeños en su vientre.

Justino casi siempre estaba ausente de la casa por lo que, en más de una ocasión, parió sola. En el mejor de los casos, con ayuda de la partera. Otra situación que tuvo incidencia fue el hecho de vivir en una comunidad muy alejada, enclavada en la sierra, lo que hacía más complicado la presencia de doctores. Impensable aún, clínicas de salud.

Quien más disfrutó de sus hermanos, fue Matías. Intercambiaba frecuentemente sus ropas, solo para observar sus caritas de sorpresa cuando los ponía frente a frente. Sin embargo, en no pocas ocasiones vociferaba enojado cuando no lograba dormirlos. Era a Matías a quien se le ocurrían las más originales travesuras. Cuando los cuates fueron creciendo, fue él quien aconsejó a Severo que pusiera toritos en los senos de su madre y así pudiese tener el control de la comida.

Aún después de muchos años, posteriores a su sorpresiva muerte por cierto, debido a un mal que la ciencia no pudo combatir, Severo y Severina recordaban cuando aquella tarde llegó con una idea innovadora, un juego muy interesante dijo. Traía en su mano un manojo de palillos de madera.

«Dibujaremos una rueda en el suelo, tomarán uno de esos palitos, lo chuparán y rápidamente lo lanzarán en dirección al círculo. Ganará quien logre encerrar más picadientes dentro de la marca» — explicó, muy entusiasmado. Los chiquillos jugaron emocionados buen rato. El espíritu competitivo hacía presa de ellos. Empezaron a sospechar que algo andaba mal, cuando observaron la risa maliciosa en el rostro de Matías. Dando respuesta a sus cuestionamientos, les dijo que antes de presentarse con ellos, había introducido los palillos en el trasero y vagina de una vaca. Sus rostros reflejaban expresiones de profundo asco, cuando se les vio lanzando infinidad de escupitajos hasta sentir su boca seca. Forzaban desesperados un raspado feroz de la garganta tratando de expulsar cualquier agente extraño.

Momentos después, lo perseguían enfurecidos lanzándole piedras y cuanto encontraban a su paso. Matías no paraba de reír, mientras corría cuesta abajo esquivando los proyectiles.





Fue en ese tiempo, posterior al nacimiento de los cuates, cuando empezó a deteriorarse la salud de Gertrudis. Un punto negro en su pierna izquierda fue el inicio de sus desgracias. Sobrevivió muchos años con atisbos de salud esperanzadora, al final fue solo eso. El latido ataca frecuentemente. A veces le falla la mente, aun así, saca fuerzas suficientes para encender la lumbre, preparar la comida y servir el café. Muchos años han estado juntos pero siente que el tiempo ha pasado rápido. Vieron crecer a los hijos, a quienes siempre inculcaron el trabajo honrado. Cuando hablaban de ellos con personas ajenas a la familia, siempre manifestaban orgullosos...

«Todos trabajan bien».

«Pásame el bútago» — gritaba.

«Librada, Genoveva, Silvano, Justino, Matías, Severo, Severina... ¡Tú cabrón!» — reaccionaba desesperada, señalando a quien estuviera más cerca como resultado de la frecuente confusión con los nombres de sus hijos.

Fue también en esa época cuando el tiempo empezó a maltratar la mente de Justino, asegurando la existencia de eventos, casi siempre fantasiosos.

«Ahí tiene que haber dinero enterrado» — afirmaba Justino Mora. Convencido y señalando la base de un árbol de Guamúchil.

«Y usted, ¿cómo sabe eso?» — Replicó su hijo Justino.

«Pos anoche vi arder, era una lumbre bien blanca que me hacía cerrar los ojos».

«Tú también has de saber que cuando sale fuego de la tierra es porque hay algún entierro. Por eso lo digo» — insistía.

«Pos quién sabe si sea cierto».

«La gente siempre ha buscado entierros y nunca se ha sabido de alguien que haya encontrado uno».

«¡Pos cómo no! Ahí tienes a don Hilario García. Todo mundo dice que hace muchos años se hizo rico de la noche a la mañana con

el montón de centenarios que se encontró. Esos que escondían los revolucionarios cuando salían huyendo».

«Tú que vas a saber de esas cosas...no sabes nada» — insistía.

«Segurito tampoco has de creer, las cosas que pasaban antes».

«¿Cómo cuáles?»

«Pos cuando las vacas y burras parían hasta de a cuatro y de un día pa´ otro».

«Mmmm, otra vez con sus historias».

«Con decirte que hasta a las mujeres les pasaba lo mismo, nomás con mirarlas ya salían panzonas». Justino ya no contestó. Agarró para el taller a seguir con su trabajo, estaba a punto de terminar una hermosa silla de montar.



En aquellos tiempos sucedió. Nunca fue un secreto para los de la casa, aunque el resto del pueblo lo desconocía -al menos eso se pensaba-. Ahí estaba siempre el morralito de ixtle, mugriento a la vista, impregnado de tierra por tanto manoseo a través de los años. Coqueto, colgado de un clavo especialmente dispuesto para ello.

Por la mañana, Justino introducía su mano y la recogía antes de irse a su labor diaria. Por la tarde, la devolvía a su sitio. El morralito de ixtle contenía una pistola calibre 22. Hermosa. Plateada. Brillante. Nunca se supo dónde la consiguió. Fue su secreto. Su apariencia era inofensiva. Y lo era. Nunca fue usada para algo que no fuera una simple práctica de tiro. Excepto, aquella ocasión, cuando mató a la catrina, la perra maldita. Por eso, aquella noche del asalto sorpresivo se quedó en la mente de toda la familia para siempre. Eran cinco tipos, todos cubrían su rostro con un pañuelo amarrado a propósito.

Subieron la cuesta sigilosamente, cargaron en sus hombros los costales de yerba que buscaban y se retiraron. Gertrudis distinguió, a pesar de la oscuridad, cuando uno de ellos regresó. Se fue directamente al morral y tomó el arma, la encajó en su cintura y se la llevó. Era evidente que sabía dónde la guardaban.

Nunca se supo quienes fueron, nadie se atrevió a investigar. La cara cubierta y la oscuridad de la noche fueron los más fieles cómplices de los malhechores.

Como consecuencia de dicho acontecimiento, Justino cayó en frecuentes cuadros depresivos, con delirios de persecución subsecuentes. Tenía miedo que lo asesinaran con su propia pistola. Fue una larga temporada de crisis, durante la cual Gertrudis y sus hijos lo miraban vigilando desde la loma, listo para cualquier eventualidad que pudiese desembocar en peligro para su familia.

«Miren esos duendes que se columpian de cerro a cerro, les han de haber pagado pa' que nos vigilen» — aseguraba. Había una expresión en su rostro de increíble seguridad, que daba miedo. El tiempo y algunos medicamento terminaron aparentemente con este problema.

Pasada esta problemática de salud, empezó de nuevo a llevar y traer mercancías a la ciudad. A la venta de monturas, panocha y conserva de papaya; agregó las plantas medicinales, a base de ramas, raíces y cáscaras de flora autóctona. Así fue como empezó con la faceta de curandero.

«Venadillo y nopales pala diabetes, tatachinole pa' los tosigosos, gordolobo pal resfriado, toluache pal mal de amores, golondrina pa' los hongos de la patas, yerba del manso calma dolores, aguamas pa' los males de dama, el diente de león pal riñón, mezcales pa los pelones, vinorama o nanchis pal chorro, salvia pal dolor de oído y pa desinflamar, pos le tenemos la sábila o la higuerrilla».

«Anís pa'l empachado, árnica pa' la calentura y cardo pa' miar agusto. Tamichín, manzanilla, ruda, estafiate, romero, orégano, gordolobo, chicura, moringa, ayale y yerba del sapo».

«Pa' lo que usted quiera, aquí se curan todos los males» — pregonaba a gritos el vendedor. Era Justino Mora en su nueva faceta de comerciante. Esta vez de remedios caseros. Lo interesante del oficio, es que lograba vender hasta compresas de lodo recogido a la orilla del arroyo, usado para disminuir el efecto de la picadura de insectos. Así como brebajes de brasas apagadas, muy efectivo contra la gastritis. Inventó una cura infalible para las almorranas.

«Nunca falla» — aseguraba. Mataba una rana común y desechaba sus vísceras. La oreaba por varios días hasta disecarla completamente. Después la molía minuciosamente en un metate junto con hojas de higuerilla, para finalmente formar una mezcla homogénea, una pomada con su respectivo ingrediente secreto. Dicho producto lo vendía como unguento para curar las hemorroides. Seguramente funcionaba ya que era muy solicitado. Ampliamente recomendado por la gente.

«Ya llegó el doctor rana» — decían.



Los hijos de Justino vivieron la infancia y adolescencia sin conocer mucho de la civilización. Lo más cercano a la tecnología de la época, fue un aparato de radio. Para hacerlo funcionar se requería de diversas estrategias. Una de ellas consistía en alambres amarrados del extremo más alto de algún palo seco, haciendo la función de antena.

Seguían aquellos tiempos en que los niños del pueblo tenían limitadas preocupaciones y se divertían con sus múltiples travesuras y ocurrencias. Los padres los corregían a punta de cintarizas, cuando según ellos se portaban mal. Si llegaban tarde de la escuela se ganaban una pajueliada, lo mismo pasaba si la maestra avisaba sobre un mal comportamiento. Aunque fuesen castigados en la escuela — los maestros golpeaban las uñas de los dedos con una regla, por no estar debidamente cortadas, o bien, arrodillados en arena por no llevar la tarea — en casa, de nuevo eran sancionados. Gertrudis y Justino eran enérgicos al corregir. Así educaban en su inmenso cariño e ignorancia. Querían lo mejor para ellos y no se les ocurría otra forma de lograrlo.

Mucho tiempo después, Severina recordaba cómo su padre le dio una cintariza cuando, en una discusión con su hermano, la escuchó decirle “desgraciado”. Sin embargo, en el fondo, el viejo era sensible, aunque nunca le gustó reconocerlo. Tiempo después, cuando algunos de sus



hijos se fueron del pueblo buscando un mejor porvenir, su tristeza era evidente. Aunque no lo decía, su melancólica mirada lo delataba.

«Compren una vaquilla, al rato les da crías. Cuando menos piensen ya tienen varias. Pa' que se van, trabajen acá. Yo ya estoy viejo, cultiven la tierrita» — Les decía, con los ojos humedecidos por la emoción.

Más nunca escucharon, prefirieron irse a la ciudad. El viejo albergaba cierta frustración al respecto, eso lo volvió un poco huraño. Su desesperación se reflejaba al ordenar alguna tarea específica.

«Ándale chamaco, muévete, agarra el martillo, así pégale al clavo, no sirves pa' nada» —Exclamaba.

Cuando sus hijos regresaban a visitarlos, al momento de las despedidas se escabullía hacia el interior de la casa, se recostaba en el catre y fingía estar dormido. No quería que lo vieran llorar.

A pesar de todas las carencias, los hijos de Justino Mora y Gertrudis Romero eran felices. Jugaban con carritos hechos a base de cajas vacías de sardina y llantas de habas silvestres, igual que su padre de niño. Se divertían trazando carreteras por los paredones. Podían verse empujando el auto y levantando el codo para distinguir mejor el avance del vehículo. Seguían de moda los juegos tradicionales: El bote escondido, las canicas, el trompo y la cebollita. Construían flautas de carricillo y simulaban conciertos musicales. Metidos en el túnel de la vieja higuera, les gustaba contar historias terroríficas.

Emoción indescriptible les provocaba ver volar al mayate verde, amarrado de una pata y maniobrado por el otro extremo de la cuerda, como diversión de los jovencillos. Una hermosa época en que solo lo sobrenatural agobiaba. No pocas veces se divertían haciendo pelear a las hormigas. Un juego ancestral muy peculiar entre los chicos del pueblo, transmitido por generaciones. Justino, de pequeño, también lo jugaba.

Aquella tarde, el cuate Mora y su primo Silverio, ambos de siete años, organizaban la tradicional pelea. Seleccionaban a los gladiadores entre



las hormigas más fuertes y robustas, los llamados mochomos. Insectos negruzcos de colonias inmensas que, dicho sea de paso, su abundante excremento era también aprovechado como fertilizante. Tomaban con precaución excesiva el animalito para evitar una mordedura. Temblaban de miedo mientras el insecto se revolvió furioso. Abría las fauces cuan grandes eran, mientras los chiquillos arrancaban las antenillas una a la vez, de manera cautelosa. Expectantes, contenían la respiración. Era tal el silencio, que podía escucharse el crunch al despegar las antenillas del insecto.

Desorientado, el pequeño animal lacerado se revolvió furioso. Abría su mandíbula desesperadamente. En ese preciso instante lo acercaban a otro de los insectos en las mismas condiciones. Enardecidos, se agredían mutuamente en una lucha sin cuartel. La pelea terminaba cuando alguno de los animales se quedaba sin cabeza.

Los primos estaban sacudiéndose el polvo de sus ropas, cuando llegó Matías. «¡Vamos! Tomaremos leche tibia» — les dijo. Con actitud solidaria levantó el segundo alambre de púas para que entraran los chamacos. Después, se afianzó del poste con su mano izquierda. Su pierna derecha retrocedió un paso, solo para tomar impulso. Brincó sin problemas el cerco. Avanzaron algunos metros adelante y se adentraron por una vereda saturada de maleza. Salieron al llano, atrás del cagadero. Ahí estaba la vaca pinta con la ubre hinchada de leche. Su cría, estaba alimentándose en ese momento prendido de una de sus chichis. Justino hizo un pequeño ademán para espantarlo.

El ternero se alejó algunos metros. De inmediato, amarraron las patas del animal con el cinturón de Matías, para que no pudiera asestarles alguna patada. En cuclillas, uno a uno acercaban su cabeza a la ubre, aplastaban con su mano la teta en un ordeño improvisado. Al mismo tiempo, dirigían el chorro de leche tibia hacia su boca. Algunas veces no lograban el propósito, lo que ocasionaba que sus rostros se remojaran del líquido. Entrecerraban los ojos y continuaban con la operación, hasta quedar satisfechos. Dócilmente, el animal accedía, no era la primera vez que pasaba por ese molesto trance.





«¿Qué es esa escandalera?» — preguntó Justino, inclinando la cabeza como para escuchar mejor. Estaba sentado en una silla de madera, recargada en un árbol de aguacate. Era su lugar favorito, mientras los mosquitos no iniciaran el ataque.

«Pues, ¿a cuánto estamos?» — preguntó de nuevo.

«Es el día de la virgen, ocho de diciembre» — contestó Gertrudis desde la cocina. Era el ocaso del día, a lo lejos se escuchaba un griterío. Una algarabía estruendosa. Eran las fiestas del pueblo en honor de la santísima virgen de la Concepción. El bullicio provenía desde la escuela primaria. La gente gritaba en total alboroto. También se oían truenos de cohetes y palomitas. Un muchacho intentaba una y otra, y otra vez, con la firme intención de alcanzar la cabeza de un gallo vivo amarrado en la cúspide del palo encebado, entre alientos de una chusma enardecida. Hasta que, desfallecido por el cansancio, cedía la oportunidad a otro. Varios mozalbetes y algunas personas adultas, perseguían un cerdo impregnado de cebo entre la gente que corría despavorida. El animal subía por las mesas, se metía entre las piernas y pisaba los platos de comida entre ruidos y bramidos escalofriantes, provocando el pánico de todos. Quien lograra atraparlo se quedaba con él. Un nieto de Ramiro Mora lloraba asustado, buscaba a su madre.

El hijo mayor de Quirino Rosales, un tipo sonrosado, regordete y corpulento, reía a carcajadas de forma escandalosa. Escupía babas de manera intermitente, mientras le botaba la voluminosa panza. Una señora joven rodó por suelo con todo y criatura.

Era el arranque de las fiestas tradicionales del pueblo. Entre las actividades se incluían también carreras de burros. Sin faltar el famoso baile popular, dentro de la propiedad de la escuela primaria.

Los organizadores colocaban sillas alrededor de la cancha de basquetbol. Muchos llegaban muy temprano con la intención de alcanzar un lugar



donde se tuviese mejor visibilidad y así poder observar a los bailarores de cerca.

Una muchacha joven, hija del comisario, se metía entre los bailarores, los interrumpía para cobrarles la respectiva cuota. Una pareja se detuvo. La cobradora se acercó.

«Cinco pesos, por favor» — les dijo.

«Está muy caro, mejor nos vamos a sentar» — contestó el muchacho y se alejó de la mano de su compañera.

«Pinche gente golletera, todo quieren gratis» — Murmuró la muchacha, y siguió con su trabajo.

«Quien baila paga, por solo ver, no cobramos» — se le escuchaba decir.

Un chico deambulaba ofreciendo paquetines de goma de mascar.

«Cómprale chicles a la muchacha, no seas tacaño» — insistía el chamaco, sonriendo. Era Severo, el hijo menor de Justino Mora.

La fiesta culminaba después de tres días con una prolongada peregrinación, para finalizar con la misa en honor a la reina celestial. Los hijos más pequeños de Justino regresaban cansados y deshidratados por la caminata bajo el inclemente sol. Severo reclamaba no haber comido misa. Para él, misa era sinónimo de hostia.

Muchos años después, Severo relacionaba todas estas experiencias con su raquítica fe. Incluso por el hecho de no haber recibido el sacramento de confirmación de parte del obispo. La única ocasión que dicho prelado visitó la zona, el chico no tenía zapatos. Para Gertrudis no era correcto presentarse con huaraches de tres puntadas, menos tratándose de tan distinguido emisario de Dios.

A pesar de ver a sus hijos agotados, Gertrudis se ponía feliz. «No importa mijos, no importa lo que se cansen. No se quejen, la virgen siempre agradece» — decía. Tiempo después, cuando se convirtió al

cristianismo, regaló el cuadro con la imagen de la virgen guadalupana que colgaba en la pared. Lucrecia, nuera de Ramiro Mora, lo recibió con gusto. Desafortunadamente, esta decisión propició un deterioro en la relación con su madre y abuela.

El ajetreo de la peregrinación le cobró factura a Severo. Al anochecer, después de la cena, sintió un leve dolor de cabeza. Esa noche fue muy pesada, despertó cada cinco minutos entre espantosas pesadillas articuladas. Al amanecer tenía una fiebre intensa. En su mente retumbaba el canto misterioso de una lechuza.

Gertrudis, notablemente preocupada, le dio un brebaje de canela muy caliente y un par de mejoralitos. Con amor, lo impregnó de pomada alcanforada, por garganta, pecho y espalda. Incluso hasta en la planta de los pies. Lo arropó con varias cobijas para disminuir el intenso frío que lo atosigaba.

Tuvo que exprimir la camiseta blanca y colgarla en el tendedero, mientras usaba la de color gris. Tenía solo dos de estas prendas. La humedad se adueñó de los tejidos de la tela. El remedio solo provocó un sudor intenso como consecuencia del calor generado.

«Eso es bueno, pa' que se salga la calentura mala» — dijo Gertrudis, alentando al chamaco. Más tarde, ordenó le trajeran el pollo más gordo, habría de prepararle un delicioso caldo de enfermo. Matías y Severina persiguieron el pollo colorado por todo el patio hasta que lo cansaron. Se agazapó abajo del lavadero, fue ahí donde lo atraparon.

El muchacho se acercó con el animal fuertemente agarrado de las patas, colgado con la cabeza hacia abajo. El animal luchaba desesperado por escaparse. Gertrudis lo tomó del cuello y le dio varias vueltas hasta romperle el pescuezo. Después, lo colgó del horcón más cercano, con la cabeza para abajo, hasta que escurrió toda la sangre. Posteriormente lo introdujo en la olla de agua hirviendo, para después arrancarle con relativa facilidad todas las plumas. Una hora más tarde todos se dieron un banquete. Severo apenas lo probó. La fiebre aún no cedía.

La noche siguiente fue la más crítica. Su mente lo traicionaba, la fiebre lo hacía levitar. Sentía que se elevaba hasta el techo lentamente y después descendía vertiginosamente por un pozo profundo donde claramente se observaban monstruos espeluznantes que, impacientes, lo esperaban para devorarlo. En los pocos momentos de lucidez seguía oyendo el canto de la lechuza.

No fue el único que escuchó aquel pajarraco del demonio. Justino estuvo mentándole la madre y lanzando piedras hacia el árbol donde se posaba, durante toda la noche. Fue en vano, el animal siguió con su canturreo. Se escuchaba como un lamento infernal. Con el reflejo de la luna podía verse el pajarraco con la mirada fija hacia la casa. Desde una de las ramas más altas del guamúchil.

«Segurito es la pinche bruja» — decía enfurecido.

Al amanecer, Severo se levantó con un poco de dificultad. El ruido de la tos despertó a Matías.

«Uchi gallina de siete picos... ponte un collar de limones» — le dijo de forma burlesca. Severo solo lo miró de reojo y se encaminó al cagadero. En el preciso momento en que terminó de orinar, manchas negras intermitentes nublaron su vista. Fue en ese instante cuando cayó de bruces. Se desmayó.

Volvió en sí y regresó con evidente debilidad a la casa. Pasaba frente al ciruelo, el mismo donde las gallinas pasaban la noche, cuando tropezó con un pedazo de molino oxidado. Alcanzó a reaccionar, con cierta dificultad logró mantener el equilibrio para no caer de nuevo al suelo. En su dedo gordo del pie derecho se vislumbraba una manchita de sangre, se había quebrado una parte de la uña. Entró a la casa y contó lo ocurrido a sus papás. Sin dar alguna explicación, Justino se levantó muy enojado y bajó la cuesta, mientras Gertrudis limpiaba la herida con agua y jabón. Amarró un pequeño pedazo de tela en el dedo para protegerlo de la tierra.



Una piedra plana colocada a la entrada del portillo, la cual funcionaba como un pequeño escalón, le sirvió de asiento a Justino. Esperó pacientemente hasta que divisó a Mastuerta, la bruja del pueblo. Al menos era lo que la gente pensaba. Una anciana de apariencia andrajosa y semblante misterioso. Algunas personas la visitaban dizque para conocer su futuro. Era experta en la lectura de cartas. Por dicha razón, la relacionaban con la hechicería. Pasaba casi todos los días en compañía de su hija rumbo a la cabecera municipal. Al acercarse, observó a Justino. Sin saludar, preguntó:

«¿Cómo sigue tu hijo?» Aunque sorprendido, Justino no se inmutó.

«Bruja hija de la chingada, deja de meterte con mi familia o te las verás conmigo». — Dijo enojado. Para él no había dudas, si la mujer sabía de la enfermedad de Severo, seguro era porque se transformaba en lechuza por las noches y lanzaba embrujos a la casa. Aquella que posaba en el árbol y emitía macabros canturreos saturados de mala vibra.

Mastuerta no contestó. Una expresión de sorpresa se dibujó en su rostro. Sin decir más, siguió su camino. Más tarde los visitó el boticario y les sugirió comprar algunas medicinas.

«Esto no es brujería» — aseguró.

«Trae una fuerte infección» — agregó.

Sin embargo, cierto o no, nunca más se volvió a escuchar la lechuza. El chiquillo fue mejorando notablemente.

Dos días después, ya más recuperado, Severo fue a la casa de Anastasia para que le aplicara una de las inyecciones recetadas. Además de sus actividades de partera, dicha señora también realizaba funciones básicas de enfermería.

«Quédate un rato acostado, pa' que circule el líquido» — le sugirió, al terminar. Y salió del cuarto, dejándolo solo.

Al levantarse, después de un breve instante, al chamaco se le hizo fácil apropiarse de una cajita de cerillos colocaba en la mesa más cercana al camastro. Se vio a sí mismo encendiéndolos uno a uno mientras avanzaba por el arenal camino a casa. Para su mala suerte, cuando intentó guardarlo en la bolsa trasera de su pantalón, entró Anastasia.

«¿Qué estás escondiendo?» — preguntó.

«Nada» — contestó el muchachillo, visiblemente nervioso.

«Enséñame las manos» — insistió la señora. Severo extendió su brazo y mostró la caja de fósforos, tenía la cara roja de vergüenza. La puso en la mesa y salió apresurado. Alcanzó a escuchar cuando la señora dijo:

«Eso no se hace mijo».

Los remordimientos le duraron varios días. Nunca más volvió a robarse algo. Salió de la casa y se encaminó por el arenal. La noche ya estaba presente. Había dominado en su totalidad a la claridad del día. Una multitud de copechis despedían luces intermitentes entre la maleza. Infinidad de murciélagos volaban apenas arriba de su cabeza. El reflejo de la luna los delataba.

Muy arrepentido de su proceder, todavía sentía su cara caliente. Caminaba totalmente distraído. De repente, observó un pequeño bulto en su pie derecho. Asustadísimo, agitó su pierna con evidente desesperación. Raspaba insistentemente con su pie izquierdo tratando de desprender el objeto extraño. Estaba convencido de que un murciélago intentaba chuparle la sangre. Cuando el dolor empezó a manifestarse, recordó que dicho bulto era el trapo que su madre le amarraba cada vez que le curaba su herida. Para entonces ya se había desprendido la uña completa.



Silverio, uno de los hijos de Ramiro Mora, era un verdadero profesional en lanzamiento de piedras. Un potencial pitcher de grandes ligas desperdiciado. Era su afición favorita, piedra encontrada piedra lanzada. Un día lanzó siete mil quinientas cuarenta y ocho piedras. Salían disparadas como bólidos. Zumbando al contacto con el aire. Rebotando entre los tallos de los árboles y las cabezas de quien osara atravesarse en la trayectoria del objeto.

«¿Por qué no te quitaste?» — decía, como justificación, cada vez que le reclamaban su imprudencia, aunque le mostrasen la cabeza ensangrentada y los hilillos rojos abriéndose camino, mejilla abajo. Un joven intrépido, atrabancado. Su pelo güero era sumamente lacio y descontrolado. Algunos remolinos se distinguían entre su cabeza. Al paso de los años, se fue transformando en una persona algo retraída, sobre todo después de la sorpresiva muerte de su madre. Aunque le gustaba ir a las fiestas que se organizaban en las casas del pueblo, pasó mucho tiempo para que lograra vencer su timidez y, por ende, se atreviera a invitar a alguna muchacha a bailar.

Transcurridos muchos años, sus primos aún recordaban cuando pidió asesoría sobre cómo debería abrazar a la chica, una vez que la susodicha aceptara acompañarlo durante el baile.

«¿Tengo que abrazarla con mi brazo derecho o con mi brazo izquierdo?» — Preguntaba. Cuando por fin decidió intentarlo, fue la bailadora quien lo ayudó, para que lo hiciera de la forma correcta.

Aquella mañana, cuando el primer mes del año vislumbraba su fin, los primos Silverio y Severo avanzaban por el camino vecinal rumbo al pueblo que fungía como cabecera municipal. Lanzaban piedras a cuanto se movía. Mataban güicos y derribaban iguanas de los árboles. Con evidente crueldad e ignorancia realizaban competencias. Ganaba quien lograra eliminar más animales.



En esa ocasión derribaron un nido de chanate y se llevaron un polluelo de mascota. Mientras avanzaban por el camino deliberaban sobre cómo debían alimentarlo. Cuando llegaron al pueblo, se dirigieron a una tienda de abarrotes. Algunos días atrás habían escuchado por casualidad a una persona quejarse sobre una compra de queso en dicho negocio, el cual estaba engusanado. Emocionados, abordaron al dueño.

«Oiga señor, ¿vende queso?»

«Sí muchachitos. Tengo queso en venta» — Les contestó muy contento.

«Lo queremos con gusanos» — dijo Severo.

Sorprendido y visiblemente alterado, su animoso rostro se transformó repentinamente. Indignado, los reprendió.

«Yo no vendo queso engusanado, chamacos impertinentes, groseros, píquenle de aquí» — gritó. Los niños, asustados, salieron corriendo. En realidad, lo que les importaba eran los gusanos, querían alimentar a la mascota. En el imprevisto ajetreo, soltaron el ave, la cual escapó volando rumbo a los árboles de la plaza. Cuarenta años después todavía lo contaban muertos de risa.

Por la tarde regresaron a su casa, cansados y esperanzados de que algún auto de los pocos que circulaban por dichos caminos rurales, los auxiliara. Sin embargo, para su mala suerte, todos los automóviles pasaban de largo. Enfurecidos, rompían cuanta botella de vidrio se encontraban, esparciendo los cristales rotos por donde habrían de rodar las llantas, en represalia. Para su mala fortuna, cuando Severo llegó a la casa, Justino ya estaba enterado de la situación. Fiel a su costumbre, lo recibió con la cuarta en mano. No pudo esquivar al menos cinco latigazos.

Al día siguiente, era lunes cívico en la primaria. Severo declamó un poema a la bandera. Su ropa era blanca, limpia, pulcra, como a su madre le gustaba mandarlo a la escuela. Sobresalía entre los demás chiquillos, aunque solo antes del recreo. Durante dicho descanso, el

inquieto chamaco se revolcaba en la tierra jugando luchas. Su hermana Severina, siempre pendiente de él, se preocupaba demasiado. Sabía que este proceder le costaría una paliza.



Al terminar el turno, entre gritos y chiflidos, los alumnos siguieron a la maestra hasta la salida de la escuela. Severo colocaba sus pies encima de las huellas dejadas por la profesora.

«Le seguiré los pasos» — dijo.

«Aprendan la forma correcta de expresarse, otro en su lugar hubiese dicho: voy a poner la pata, donde usted la ponga» — comentó la maestra. Severo y Severina sonrieron orgullosos.

A la derecha del patio, algunos chamacos jugaban a las canicas. Se observaba gran cantidad de ellas encerradas en un círculo marcado en la tierra. Severina escuchó claramente cuando Silverio gritó “calabacitas”, e inmediatamente atrapó un puño. Después corrió camino abajo. Los chamacos lo persiguieron enojados más allá de los límites de la escuela.

De ahí, los cuates se dirigieron a la casa. Antes de pasar el portillo, decidieron desviarse. Entraron a la propiedad de Saturnina Ramos. No pudieron aguantar la tentación de robarse unas guayabas. El árbol estaba repleto de frutos. Se miraba desde lejos el color amarillo de las apetitosas guayabas maduras. Apenas estaban saboreando la primera, cuando la vieja les gritó encorajinada.

«Váyanse a la mierda de allí, ¿quién chingados les dijo que las estoy regalando?» Severina agachó la cabeza y miró de reojo a su hermano. Estaba notablemente enojada cuando comentó en voz baja, aunque con suficiente claridad para que Severo escuchara...

«Ojalá que se seque el árbol».



Sus poderes de cuata se manifestaron al amanecer del día siguiente, cuando el guayabo apareció completamente seco. Los frutos yacían regados entre la maleza, totalmente choros.

Una multitud de hormigas de diversas especies trabajaban incansablemente acarreándolas a su madriguera.

En otra ocasión, Justino la llevó a la casa de los Rosales. Un puerco moribundo lucía patas para arriba. La chamaca pidió un poco de masa. Formó dos o tres bolitas y las puso en el hocico del animal. El cerdo olfateó e inmediatamente las devoró. Sorprendidos, los presentes se acercaron, el animal se levantó como si solamente hubiese estado dormido. Emitió un chillido y corrió hasta reunirse con el resto de los cochinos.

La familia Mora, así como el resto de la gente, creía en el mal de ojo de los cuates. Por esta razón, cada vez que se preparaba la comida eran los primeros en probarla. La buena sazón dependía en gran parte de ello. Sin omitir que cada vez que visitaban alguna casa, no podían salir sin probar algo de lo que estuviesen cocinando. Tenían miedo de los molestos efectos secundarios después de comer.

«Cuate come, cuate bebe, cuate por aquí, cuate por allá...estoy harto de eso» — refunfuñaba Severo.



«Muy buenas tardes amiguitos, amiguitas y público en general. Hoy tenemos película de estreno. Presentamos la mejor función del año. Santo, el enmascarado de plata, contra las momias. Sí, esas momias asesinas de Guanajuato, las podrá ver usted en nuestra pantalla. Los esperamos hoy en punto de las seis de la tarde, en el lugar donde se ubica la escuela primaria. ¡No se la pierdan! Entrada general: únicamente tres pesos».

El pueblo entero estaba pendiente.

«Llegaron los húngaros» — gritaban.

Severo y Severina llegaron corriendo hasta la cocina. Emocionados, pedían dinero y permiso.

«Pos díganle a la Petra o a Don Hilario si les compran los cinco huevos que pusieron las gallinas ayer» — les dijo Gertrudis.

«Y no se les olvide pedirle permiso a su papá» — gritó.

Fue en ese rinconcito de la historia, cuando llegaron los húngaros por primera vez. Sus mujeres, de vestidos tan largos que los arrastraban por el suelo polvoriento, deambulaban por los caminos leyendo la mano donde, según ellas, se podía conocer el futuro de la gente que quisiera pagar unos centavos por el servicio. Treinta años después seguían apareciendo puntualitos al menos dos veces al año. Traían consigo el invento de los franceses. Se instalaban dentro de la propiedad donde se situaba la escuela primaria, exactamente sobre la cancha de basquetbol. Montaban el improvisado teatro en cuestión de horas. Los chamacos y algunos adultos, se arremolinaban, le gustaba ver como levantaban los postes y colocaban los tablonces de madera donde se sentaban las personas.

Aislaban el lugar mediante un cerco de lona opaca lo suficientemente alto, de tal forma que, para ver la película, la gente tenía que pagar la cuota respectiva. Sin embargo, la curiosidad era mucha y el dinero muy poco, resultaba complicado detener a los chicos del pueblo. Estos



chamacos aprovechaban la oscuridad de la noche o cualquier descuido del vigilante, para escurrirse por debajo de la valla y así poder disfrutar de la película sin pago alguno. No pocos lograban su cometido.

El sol se acurruca temeroso en el horizonte montañoso, la tarde cadavérica emite sus últimos suspiros y una noche hambrienta la devora con ansia febril. Es el momento, la tan anunciada película de estreno empieza a proyectarse. Santo “el enmascarado de plata” y Blue Demon, héroes del momento, aparecen en pantalla.

Una semana después, cuando apenas se marcharon los húngaros, llegaron las fiestas de semana santa.

«Oye viejo, hay que pensar en cuidar las gallinas, ya casi viene la noche de los bribones. Luego dicen que lo hacen por su buen corazón. Que las críen ellos, pa´ que sepan lo que se batalla» — dijo Gertrudis.

«Otra noche sin dormir... acuérdate que también se roban la capirotada» — contestó Justino.



Eran las cuatro de la tarde de un primaveral mes del año. Desde el gran escalón, se escuchaban clarito los primeros gritos de la gente alborotada, mientras se realizaban las pruebas de sonido.

Un muñeco andrajoso, de mirada desafiante y brazos extendidos, colgaba del árbol más alto en el extremo sur de los terrenos de la escuela. Esperaba resignado las llamas abrasantes de la hoguera. Una tradición ancestral que provocaba risas y también discordias. Las herencias no siempre eran del gusto de algunos pobladores. Los asuntos personales salían a relucir y las reclamaciones hacían acto de presencia. Se respiraba un presagio de conflictos. Rencillas entre familias que nunca pasaban de un enfrentamiento a golpes.

Los detalles se planeaban desde meses antes, generalmente por la autoridad del pueblo, el comisario en turno. Una lista detallada de los sucesos ocurridos en la comunidad durante el último año, servía



como punto de partida para componer las rimas de Judas. Algunas divertidas, otras no menos agresivas.

Diseñaban y fabricaban, sin escatimar detalles, el muñeco humanoide que habría de representar al aborrecido, recordado y traicionero personaje bíblico... Judas Iscariote.

Valentín Rosales, un intrépido jovencuelo hijo de Quirino, el matancero, leía micrófono en mano las “rimas de Judas”. Se anunciaba a todo el pueblo la herencia que el condenado a muerte les dejaba. El joven compartía cada uno de los versos con evidente conocimiento del buen declamador.

*“Para los hermanos Mora
la herencia es muy especial,
pa’ que trabajen les dejo,
cien botellas de mezcal”.*

*“Cipriano Domínguez dice,
no quiero que te dilates,
la herencia que más deseo,
costales de cacahuates”.*

*“A los Rosales les dejo
afilado el cuchillito,
atínenle al corazón
de todos los cochinitos,
sigan engordando gente
con esos chicharroncitos”.*

Al terminar su participación, se encendía la hoguera. Entre gritos y maldiciones, una multitud eufórica, como poseída, lanzaba leña y petróleo con todo y cachimba, hasta convertir a Judas en un montón de cenizas. Era una fiesta popular, año con año se repetía la misma ceremonia. Las noches había que pasarlas en vela, solo por cuidar a las gallinas. Era costumbre robarlas para preparar un banquete donde todo el pueblo era el invitado de honor.



«Silverio, ya vámonos» — gritó Matías. Eran las 5:30 de la mañana, hora precisa en que salían del pueblo rumbo a la cabecera municipal. Les gustaba llegar temprano a la escuela. El profesor de su primera clase los esperaba a las siete en punto. Durante el trayecto, obligadamente pasaban por el cementerio, cuando la oscuridad aún no desaparecía. El espeso ramaje de los árboles daba un toque aún más tenebroso y siniestro a las veredas y callejones.

El panteón estaba ubicado apenas a la orilla del camino. De allí se divisaban gran cantidad de cruces, protectoras vigilantes de las tumbas. Con actitud temerosa, recelosos, precavidos, avanzaban lo más rápido posible. Los invadía una sensación aterradora ocasionada por la firme creencia de que algún muerto estaría a punto de resucitar.

Aquella mañana, los inquietos jovencitos, como en repetidas ocasiones, decidieron asustar a Severina. Aceleraron la caminata con evidente intención de adelantarse. La chiquilla les mantuvo el paso durante buen rato hasta que el cansancio la obligó a rezagarse. Aunque adivinara los planes malévolos con suficiente anticipación, su resistencia física era notablemente menor, de ahí la imposibilidad de revertir la desagradable experiencia.

Más adelante, precisamente frente al panteón, se agazaparon entre los arbustos. Arrojados por la oscuridad aún latente, emitieron ruidos extraños e invocaron a los fantasmas.

¡Ayyy mis hijos! ¡Vengo por ti! ¡Ven a la tumba! ¡Sáquenme de aquí!
¡Llévame contigo!

La chiquilla rompió en sollozos, el miedo se apoderó totalmente de ella. «No plebes, no sean así, tengo mucho miedo» — imploraba. Después de martirizarla un rato, gritaron al unísono y salieron de repente, entre sonoras carcajadas.

Las bromas de Matías eran algo pesaditas, algunas veces, también rayaban en la crueldad. Severo, aunque más tranquilo, terminaba por apoyar a su hermano mayor.

Mucho tiempo después, sus compañeros de clase aún recordaban cuando uno de sus maestros lo reprendió por estar causando molestias a una de las estudiantes. Matías se mostró humillado, avergonzado. Nunca le perdonó que lo regañara frente a los demás. Por dicha razón, durante algún tiempo estuvo maquinando un plan de venganza.

Cuando menos lo esperaba, el solapador destino le regaló la oportunidad perfecta. Aquel día, por circunstancias totalmente azarosas, se enteró que el mencionado profesor planeaba visitar el molino de caña, propiedad de Fermín Ramírez. Estaba interesado en conocer el proceso de producción y, de paso, comprarse algunas panochas. Para llegar al lugar tendría que transitar inevitablemente por el viejo camino vecinal que llevaba al pueblo. Por razones obvias, Matías conocía muy bien ese territorio.

Como medio de transporte, el profesor usaba una motocicleta. Matías y Severo, escondidos en una de tantas curvas, uno en cada lado del camino, esperaron pacientemente hasta escuchar el ronroneo de la moto. Apresurados, amarraron cada uno de los extremos de un güirote al árbol más cercano. Se agazaparon entre la abundante maleza. Los traviesos ojos de los jovencitos, disfrutaron al ver cómo la liana le golpeaba el rostro al profesor, haciéndolo rodar por el suelo con todo y moto. El mentor se levantó con cierta dificultad, limpió apresurado con la palma de su mano el rostro impregnado de polvo y arena. Escupió dos o tres veces intentando expulsar los gránulos arenosos atrapados en su boca. Sorprendido, desvió su mirada hacia la orilla del camino, buscaba la causa del accidente. No tuvo que esperar mucho tiempo. Ahí estaba todavía una liana, vibraba como una inmensa cuerda de guitarra, temblaba como si estuviese riendo a carcajadas, burlándose del infortunado individuo. Con ayuda de su navaja cortó el güirote, para después, levantar la moto y seguir su camino. Para entonces, los chamacos ya habían desaparecido.

Nunca se interesó por investigar. Descubrir a los culpables no era su prioridad. Simplemente lo tomó como una desafortunada travesura. Afortunadamente no hubo lesiones, tampoco pérdidas materiales, por suerte era un terreno blando, pequeñas dunas de arena seca agolpadas por esos caminos.



En contraste, la actitud bonachona de Severina no estaba en discusión. Pasaron muchos años y la familia Mora todavía recordaba la bondad y buen corazón de la joven. Los cintarazos que recibía Severo, los sentía, como si los recibiera ella misma.

«Ya no le peguen, lo están lastimando, ¡cómanselo pues!» — gritaba entre sollozos.

Al contrario, cuando Gertrudis amenazaba a Severina por alguna falta cometida, salía corriendo a esconderse. Sin embargo, entre Matías y Severo la buscaban hasta encontrarla. Aunque opusiera resistencia, lograban traerla de regreso. Solo para cerciorarse que recibiera el castigo correspondiente.

La muchacha era dueña de un historial que estaba plagado de anécdotas y situaciones de toda índole. Muchísimos años después, les contaba a sus hijos un incidente más que divertido.

«Tenía poco tiempo de novia con su papá, no le tenía mucha confianza todavía. Una mañana, al subir la loma, me correteó un perro. Me escabullí todo lo que pude pero fue inútil, no pude escaparme y terminó dándome una pequeña mordida». En realidad, era una lesión sin importancia. Sin embargo, nunca olvidó que ese día por la tarde llegó su novio a visitarla. Como era de esperarse, se enteró rápidamente del suceso. Muy interesado y obviamente preocupado, quiso recabar más información.

«Dónde te mordió?» «Pues allá en la loma» — contestó entre dientes. «Te pregunto, qué dónde te mordió» «Te estoy diciendo que allá en la loma». «Ya sé... pero, ¿dónde?» «En la loma». Severina estaba presa de un sentimiento de desesperación. Le daba harta vergüenza darle ciertos detalles específicos.

«Es que no me entiendes...lo que quiero saber es en dónde te mordió...en qué parte del cuerpo, quiero decir» — explicó pacientemente el joven.

«¡En la nalga pues!» — Gritó con evidente cara de resignación. Al mismo tiempo, su rostro denotaba una expresión de enojo y bochorno.





Días más tarde, al filo del mediodía, aparentemente todo transcurría con normalidad. Los chiquillos colegiales, compañeros de Severo, corrían despavoridos, alegres de terminar su última clase del día.

Severo, observaba atento cómo un pequeño grupo de chamacos se separaba de los demás. Se dirigían con actitud sospechosa hacia un callejón del pueblo. Tenía varios días percatándose de ello. La curiosidad lo hizo presa y, en aquella ocasión, los siguió sigilosamente. Salieron de la escuela y enfilaron hacia la derecha, muy apresurados.

Más adelante, se dirigieron hacia el sur caminando por la banqueta. Un pueblo colonial de altísimas paredes y angostos callejones empedrados. Casi llegando a la esquina siguiente, entraron a la casa. Una casa blanca y techo muy alto. Sus ventanas estaban protegidas con rejas de color negro. Figuras geométricas rectangulares enmarcaban la antigua y aún elegante, puerta de madera. Severo se acerca. Observa precavido. La puerta estaba completamente abierta.

Asoma lentamente su cabeza y, sin resistir la tentación, baja el único escalón que lo lleva al interior. Los chiquillos que seguía, estaban ahí, sentados en un amplio sillón. Absortos, ensimismados, notablemente embrutecidos, parecía que no parpadeaban. Tenían frente a ellos un aparato mágico, emitiendo imágenes y sonidos. Venció su timidez y avanzó lateralmente un pasito más. Descansó su cuerpo levemente en la pared y se abocó a disfrutar del espectáculo. En ese momento, una niña se levanta y se acerca decidida.

«Cobramos un peso» — le dijo. Severo no contestó, recordó que solo traía cincuenta centavos en su bolsillo. Sintió una intensa sensación calórica en sus mejillas ruborizadas. Visiblemente avergonzado, dirigió su mirada a la calle fingiendo que alguien lo buscaba. Dio media vuelta e hizo una señal de *ahí voy*. Retomó la banqueta y se alejó. Nunca volvió. Fue así como conoció la televisión.



Ya superado el bochornoso momento, se dirigió cinco cuerdas hacia el oeste y entró a la tiendita de Mateo Mendoza, un anciano de caminar sumamente lento, situación que aprovechaban algunos vivales para robarle. Entre muchos productos más, vendía balas calibre 22, diábolos y postas. También rentaba revistas. En forma paralela al mostrador, amarraba una cuerda de ixtle donde exhibía revistas de diversa temática. Coquetas, acosando la pupila del lector, posaban las historietas de Memín Pinguín, Lágrimas y risas, el libro vaquero, Kalimán, etc. Los clientes tenían que agacharse un poco para ver el rostro de Don Mateo. Sin pensarlo, Severo pagó los cincuenta centavos. Era el costo de la renta de su revista favorita, un cómic de Kalimán, el hombre increíble, y su inseparable amigo Solín.

Tomó el ejemplar y se sentó en la banca de madera, instalada dentro del establecimiento con tal propósito. Se dispuso a leer. Mientras leía, escuchaba y observaba de reojo cómo algunos vagos engañaban al viejo. Eran los mismos de siempre. Intencionalmente solicitaban comprar un puñado de balas. Sabían que las escondía hasta el fondo de la tienda. El señor daba media vuelta y caminaba despacito por el pedido, tiempo que los chamacos aprovechaban para robarle. Después le pagaban la mercancía con su mismo dinero.

Al terminar la última página, Severo suspiró profundamente. Volvió a colocar la revista en la cuerda y se retiró caminando rumbo al pueblo. Le esperaban siete kilómetros de recorrido, quería llegar antes del anochecer. No había otra opción. Prefería gastar el dinero en la lectura que pagarlo al único propietario de un carro en el pueblo, como lo hacían los demás chiquillos, entre ellos, sus hermanos y primos.

Días después, el chamaco aprovechó la primera oportunidad para contarles a los hijos de Don Mateo lo que estaba sucediendo. Nunca más dejaron solo al viejo.



La familia Mora Arriaga, como casi todas las familias del pueblo, tenía casas sin puertas. En las noches calurosas, dormían afuera solo para disfrutar del aire fresco. Encima de un catre de jarcia rota, casi siempre cubierta por un petate. Ahí mismo, encantados, se hacían ovillo. En tiempos de frío se disputaban un lugarcito en el suelo, sobre costales pegados a la pared exterior de la hornilla; la cual conservaba un calorcito rico durante toda la noche. En ese lugar, a la entrada de la misma, muy cerca de las cenizas y algunas brasas aún vivas, dormía “el Pinto”, un gato holgazán, tan flojo que en una de tantas y prolongadas jornadas de sueño profundo se quemó parte de su cola. En posteriores tiempos, Justino recordaba cuando salvó el minino de la abrasante muerte. Alcanzó a pescarlo de las patas cuando la cola ya estaba encendida y lo retacó a la olla de agua más cercana. Un maullido escalofriante se escuchó hasta las casas vecinas, cuando corría desesperado agitando su humeante pedazo de cola. Nunca aprendió, siguió durmiendo en el mismo lugar por el resto de su vida.

Precisamente al lado poniente de la hornilla, dormían los chiquillos durante las prolongadas épocas invernales. Ni la constante presencia de animales ponzoñosos les quitaba el sueño.

«Me gustaba dormir como los perros, echado en el suelo» — contaba Severo, muchos años después.

Eran los tiempos en que las parvadas de choles y palomas salían de entre los arbustos, mezcales y ramas de los árboles, a la menor provocación. Aves de a montón zumbaban por el aire. Tiempos en que el inclemente calor reseca piel y garganta, razón por la que en temporadas críticas se optaba por dormir a la intemperie, entre incesantes susurros provocados por el roce del aire fresco con las hojas de los árboles. Época en que la lucha constante contra los piquetes de mosquitos obligaba a impregnarse los brazos y piernas de savia de ruda silvestre y epazote. Los molestos insectos abundaban sin faltar las densas nubes de fastidiosos bobitos. Suficiente pretexto para que Matías, Severo y Silverio le robaran a su tío Macario los cigarros



amarillos. Al fumar, el humo espantaba temporalmente aquellos bichos.

En esa época, aún no había energía eléctrica ni servicio de agua potable. Se acondicionaban cajones de madera en los costados del fuste montado en el burro. Ahí se acomodaban los botes de agua que se usaba para regar las plantas y árboles frutales, incluso para beber. Costumbre transmitida desde muchas generaciones atrás.

Para alumbrarse, fabricaban las famosas cachimbas. Latas vacías transformadas en mecheros de petróleo. Se abría un orificio por la parte superior y se introducía una mecha de cualquier trapo sucio que ardía por horas, hasta agotar el combustible. Eran las lámparas tradicionales, hasta que fueron sustituidas por focos incandescentes, al llegar la electricidad.



El día que murió Matilda Mora la gente del poblado no lo creía, esperó varios días para asegurarlo. Tenía poderosas razones para dudarlo. Tiempo atrás, la ciencia heredera de Hipócrates había declarado su irremediable muerte. Con tal antecedente, la gente del pueblo afirmaba que murió dos veces.

Un mes de diciembre, cuando ya se acercaba a los cien años de edad, una enfermedad no especificada la postró en la cama durante varios días, en el Hospital General de la cabecera municipal de la región. Los doctores notificaron a la familia los pormenores del caso.

«Es imposible salvarla» — dijeron.

«Sus órganos ya no responden» — aseguraron. Y la declararon oficialmente muerta. Sus hijos, resignados, la trasladaron al recoveco de los Mora aprovechando a su vez la estancia en el municipio para adelantar los trámites funerarios. Por la noche, todos se llevaron una mayúscula sorpresa. Un leve quejido, pero perfectamente audible, sería escuchado por la gente que se encontraba en ese momento en el velorio. No había la menor duda que provenía de la anciana.



Asustados, todos voltearon hacia el catre donde reposaba Matilda. Lentamente, tratando de pasar desapercibidos, los visitantes se fueron retirando uno a uno.

La familia permaneció expectante durante toda la noche. Apresurados, los hermanos Mora, alejaron de su vista lo más posible el artefacto mortuorio. Cuando la anciana despertó eran las nueve de la mañana del día siguiente. Se incorporó con relativo esfuerzo sentándose en el camastro.

«¿Dónde está la caja?» — preguntó.

«¿Cuál caja?» — contestó Justino.

«La caja de muerto que tenían ahí, no te hagas pendejo» — dijo molesta.

Cuando le preguntaron qué había pasado, explicaba muy segura de su verdad:

«Soñé que el niño del morral se acercó». «Nana, vuelve a la vida, me dijo». «Ven mijo *pa'* abrazarte, le contesté. Allí fue cuando desperté».

Murió a los ciento cinco años de edad. Casi seis años después del mortal y determinante diagnóstico de los médicos.

En los tiempos en que sus hijos ya eran padres de familia, Matilda lucía abundante cabellera blanca. Sus nietos y bisnietos la recordaron siempre como una señora de complexión delgada, nariz grande y visiblemente chata; Ceja arqueada, pómulos salientes y mirada apacible. Era su costumbre vestir ropa de dos piezas: blusas floridas de colores tenues y faldas tan largas que cubrían sus tobillos.



Era un pueblo de sueños premonitorios. La noche previa fue larga para Carlota Domínguez, esposa de Rulfino Arriaga. Soñó abundante agua. Un caudal espantoso invadió su casa. El líquido llegaba hasta el techo. Despertó varias veces muy desesperada, sentía que se ahogaba. Por la mañana se levantó muy triste. Sabía el significado de su sueño.

«Si sueñas mucha agua, significa que llorarás» — decía su abuela. Y no se equivocó. Esa tarde sucedió el fatídico accidente. Mucha gente del pueblo, adolescentes la mayoría, dos hijos y tres nietos de Rulfino, entre ellos, trabajaban cosechando pepinos en la costa. Un carro con redilas los llevaba los lunes por la madrugada y los traía de regreso el viernes por la noche. Un medio de transporte que a leguas mostraba sus dificultades mecánicas.

Eran aproximadamente las ocho de la noche de aquel viernes fatídico de julio. En la última curva antes de llegar al destino se volcó el destartalado vehículo y cayeron al barranco. Murieron once de los veinte que viajaban.

«*Ansina* pasó, *ansina* como se lo cuento» — decía Justino Mora.

La dinastía de los Mora nunca olvidó estos desagradables sucesos. Fueron días de inquietud evidente y nerviosismo extremo. No era para menos. Cuando se escuchó el canto triste de los gallos y los deprimentes aullidos de los perros, la gente esperaba lo peor.

«Presagio de muerte» — decía Justino. Un quejido lastimoso se percibía en el ambiente, como alertando sobre los tristes acontecimientos que se avecinaban.



Más allá, después de cruzar el arroyo, al subir una empinada y accidentada cuesta estaba la casa de Anastasia. La vieja se disponía a dormir, cuando escuchó unos gatos que lloraban con voz de niños en el tejado.

«No te asustes mujer, nomás andan alborotados, *ansina* se ponen cuando quieren hembra» — le dijo su marido. De todas formas, se durmió un poco asustada. No le agradaban los felinos, sobre todo cuando emitían ruidos espantosos de esa naturaleza. Le parecían espectáculos auditivos relacionados directamente con ritos satánicos. Pasó una noche muy inquietante, soñó que muñecos enanos humanoides deambulaban con actitud amenazante sobre el techo. Miraba con claridad cómo luchaban entre ellos armados de filosas y brillantes espadas. Cortaban cabezas y extremidades con suma facilidad. Le pareció aún más escalofriante, cuando los miró recoger sus cercenadas partes, para colocarlas de nuevo en su sitio original.

Después seguían en pie de lucha, como si nada hubiese pasado. Asomó su cabeza por la ventana y miró aterrada cómo uno de los muñecos se abalanzó hacia ella. No alcanzó a reaccionar, sintió un intenso y quemante dolor en el cuello. Observó que su cabeza rebotaba como pelota por el suelo y potentes chorros de sangre emergían sin control.

Despertó sumamente agitada. Aprisionaba con terror su cabeza, quería cerciorarse que estaba en el sitio correcto. Todavía sentía un ardor abrasivo en la yugular. En aquel momento escuchó lo que parecía una pelea de burros, sin rebuznos, pero sí muchas patadas. Por la mañana, Doña Anastasia, narra a las autoridades lo que creyó oír por la madrugada.

«Era como si los burros se dieran de patadas, los perros ladraban muy asustados y gemían como si hablaran bajito» — dijo. Cuando los policías le explicaron que habían matado a golpes al señor Pánfilo Robles, al parecer varias personas, sin darle oportunidad de defenderse, Anastasia se puso blanca, se le fue el aire.



El pueblo entero se conmocionó, nunca se había escuchado algo parecido en todos los alrededores. La forma cruel y sanguinaria en que lo mataron les producía extraños escalofríos. El escenario del crimen era deprimente.

Un hijo de Quirino Rosales se dirigía a la milpa cuando encontró el cadáver. La claridad del alba se filtraba entre los árboles, lo que permitió que el muchacho pudiera distinguirlo. Estaba tirado boca abajo a la mitad del callejón. Pensó que se había quedado dormido por la borrachera. No era la primera vez que lo encontraban en esas condiciones.

«Levántate Pánfilo, te va picar un animal» — le dijo. Al ver que no reaccionaba, se acercó para ayudarlo y le sacudió el pelo con la intención de despertarlo. Fue cuando sintió una pegajosa humedad entre los dedos, visiblemente impregnados de sangre. Retrocedió atolondrado apenas un paso y fue cuando tropezó con una piedra. Cayó sentado en el suelo. En ese momento observó varios peñascos manchados de sangre, desparramados alrededor del difunto.

Se levantó como resorte y corrió desesperado, no paró hasta llegar a la casa del comisario.

«¡Mataron a Pánfilo, mataron a Pánfilo!» — gritó.



Ningún miembro de la familia pudo olvidarlo jamás. Eran las diez de la mañana del día siguiente cuando Silverio subía la cuesta rumbo al gran escalón. Llevaba una preocupante noticia. Silvano Mora estaba detenido en la cárcel del municipio. Gertrudis rompió en llanto al escucharlo. El ausente hijo de Justino Mora había llegado al pueblo desde la ciudad de la gente enzapatada, para asistir a una fiesta. Quiso regresarse antes del amanecer. «Tengo mucho trabajo» — dijo. Esta decisión desafortunada lo hizo parecer sospechoso. “Huyó después de cometer el asesinato”, fue la versión de la policía. Injustamente, estuvo



preso durante algún tiempo. Fueron meses de tensiones y conjeturas enlazadas por parte de quienes investigaban el caso.

«Usted disculpe» — le dijeron al final.

Las indagaciones continuaron. Se especulaba con diferentes motivos; líos amorosos, disputa de tierras, cuentas pendientes. Hubo otras detenciones, interrogatorios, acusaciones. La verdad absoluta nunca salió a flote. Muchísimos años después Gertrudis recordaba aún esas tragedias, como si acabaran de pasar.

«Parecía el fin del mundo, se oía un lamento, un clamor» — decía.



La última vez que se le vio con vida fue aquella calurosa tarde. El astro rey aún se hacía notar. Macario Mora, hermano menor de Justino, compañero de viajes y cómplice de sus aventuras amorosas, caminaba lento, en esfuerzo permanente por mantener el equilibrio. Lucrecia, esposa de su sobrino Rutilio, hijo de Ramiro Mora, lo seguía a prudente distancia, dispuesta para ayudar en una eventual caída.

Avanzaba tambaleante pero con la intención firme de entrar a su propiedad abandonada, donde vivió en compañía de su madre y aún después de su muerte. Inclino su cuerpo e intentó pasar entre dos alambres del cerco. Fue cuando perdió el equilibrio y cayó al suelo. Resignado, se colocó en posición fetal.

«Me acosté a descansar» — afirmó. No aceptaba que sus piernas ya no le respondían. Padecía una enfermedad terminal que, a la postre, fue la causa de su muerte.

Nunca se le conoció mujer. Tímido y retraído en estos menesteres, prefirió quedarse solo. Cuando los problemas de salud se complicaron, fue cobijado por Rutilio y su familia, pendientes siempre de su cuidado y alimentación.



Podía pasar años usando la misma taza para tomar café. Un recipiente que nunca lavaba. Con peculiar estilo, lo agarraba siempre a tres dedos y el pulgar, nunca por el asa. Las palmas de sus manos nunca conocieron el agua enjabonada. Le bastaba con remojarse la yema de sus dedos, dizque por el frío.

Tenía especial admiración por los gringos. «Son muy inteligentes» — decía.

«Con decirte que inventaron un foco que se prende y se apaga con el mismo botón».

«Son muy inteligentes los gringos» — repetía.

Dedicó la mayor parte de su vida a la búsqueda de metales preciosos. Siempre esperanzado en encontrar la veta de oro que cambiaría su vida y lo sacara de la pobreza. Nunca lo consiguió. Era un tipo extremadamente optimista. Un gambusino convencido que su travesía tendría un grandioso final. Por el trajinar de cerro en cerro acumuló un conocimiento empírico fuera de serie. Aprendió a diferenciar los metales solo por la apariencia física de los minerales.

Una tarde de febrero, casi al anochecer, cuando todavía su estado de salud era estable, llegó a su casa aquel muchacho. Llevaba en sus manos una pequeña piedrecilla. Con su rostro visiblemente emocionado, le dijo:

«Parece una roca cualquiera, pero si la observa minuciosamente es mucho más que eso. La encontré en la falda del cerro, como que se desprendió del risco. Vine porque me dijeron que conoce de esto. Dice mi tía Saturnina que usted tiene muchos años dedicado a la minería, entonces tiene que saber lo valiosa que es».

«Es hermosa y absorbe la luz, pero no la refleja. Parece raro, pero así es. Debe esconder algo bueno».

«Mire qué chulada de *máiz* negro» — exclamó el muchacho. Levantó un poco el brazo y dobló su muñeca izquierda hacia abajo, con sutil ternura, mientras mostraba la piedra con su mano derecha,

exactamente a la altura del rostro de Macario. Con su cara radiante, esperanzado en una respuesta favorable, insistió.

«Lo que más me convenció de consultarlo es que el esposo de mi tía dice que con solo ver una piedra usted puede saber qué metales contiene. Cuando se la mostré me dijo: no sé gran cosa de esto, pero segurito y viendo lo bonito que brilla, debe tener metales valiosos».

«Dicen que estas piedras pueden venderse muy caras, segurito que allá donde la encontré debe haber muchas más».

«De ahí me vine derechito con usted sin pensarla más».

«Como ya le dije, todos dicen que desde que usted era *chiquininio*, aún más *chiquitío* que el nieto de don Ramiro, ha buscado sin cansancio los metales preciosos. Conoce el oro y la plata como la palma de su mano, sabe usar los azogues y esas cosas».

«También dijeron que usted puede predecir hasta los gramos de cada metal escondido en las piedras, nomás con mirarla y sostenerla un momento».

«¡Mire, mire!» — exclamaba emocionado el muchacho. Movía sus brazos con ademanes refinados.

«Mire cómo se come la luz, es como si se tragara los rayos del sol: entran pero no salen» — insistía. Inclina la piedra de un lado a otro en su mano izquierda y señalaba con el índice de su mano derecha adoptando una pose rara y exquisita.

«Tranquilo chamaco» — contestó Macario Mora.

«No todo lo que brilla es oro, acuérdate del dicho». Tomó la piedrecilla entre sus manos y observó detenidamente cada una de sus caras y aristas.

«Un poco de cobre, silicio, fierro, casi nada de plata, ni siquiera una pringa de oro. Ni *pa'* que te emocionas, esta cochizada no vale más de cincuenta centavos» — dijo, sonriendo. Muy seguro de su conclusión... de su envidiable y reconocido conocimiento del tema.

El muchacho en cuestión se llamaba Floro Maricorpe. Un nombre ciertamente profético. Amante de las rosas coloridas y de las noticias exóticas. El mismísimo que compartió la noticia por primera vez en el pueblo entero, sobre cómo mataron a Don Álvaro Obregón.

«Fue en el restaurant la bombilla. El asesino estaba sentado en una mesa cercana, nadie se percató que estaba dibujando al general. Se acercó dizque *pa'* presumirle su dibujo. En el radio sonaba la canción del limoncito» — decía. El muchachillo tarareaba dicha melodía cada vez que se lo pedían, acompañaba su voz con movimientos adorables y cadenciosos.

Después de la explicación de Macario, con aparente aire de resignación, decidió retirarse.

«Anda chamaco, ya vete. Se hace de noche y hay muchos animales por el camino» — Le dijo.

Era un muchacho sano y bromista, sus gustos diferentes no eran impedimento para disfrutar su vida al máximo.

«Si me alcanzas, ¿qué voy a hacer? si eres más fuerte que yo» — decía, muy coqueto. Provocando la risa de los presentes.



Justino Mora vivió su infancia entre parajes, arroyos y montañas. Su morada fue el gran escalón hasta que sus fuerzas se lo permitieron. Fue arriero, curandero, comerciante, cantinero, agricultor, horticultor, talabartero, ganadero, granjero y contrabandista de alcohol. A pesar de que se vio en la necesidad de desarticular múltiples telarañas de envidias a través del tiempo, disfrutó plenamente de la naturaleza, tanto física como emocional. Se deleitaba con el aroma de las flores y de la corteza de los árboles autóctonos. También de la inmensa variedad de frutos de la zona. Saboreó muchas y espectaculares aventuras. A su corta edad tuvo la oportunidad de conocer de cerca a los revolucionarios y, tiempo después, a los cristeros que transitaban



por el pueblo rumbo a la sierra más alta, con el propósito de cobijarse en las cuevas de las montañas.

Habían transcurrido tantos años desde que se robó a quien fuera su compañera de siempre y el amor de su vida. Hermosos recuerdos, así como muchas etapas impregnadas de sinsabores se resistían a ser opacadas por el tiempo que ferozmente acechaba, sin tregua. La mente del viejo insistía, aunque en ocasiones parecía perder la batalla... le gustaba pensar.

«Sin memoria no podré pensar» — murmuraba. Y arremetía de nuevo rescatando recuerdos y acercándolos a su mente, una y otra vez.



Una triste madrugada de noviembre la gente podía oír con claridad cómo los gallos emitían un cántico lúgubre, lleno de desesperanza y melancolía. Unas horas más tarde, al amanecer, a los ochenta y seis años y dieciséis días, murió Gertrudis. Justino no quiso asistir al velorio, tampoco al cementerio. En su mente quiso albergar su rostro vivo.

Poco tiempo después, tomó la decisión de olvidarse de todo y de todos. Prefirió evadir la realidad y se convenció fácilmente de ello. La soledad llegó, aunque estuviese rodeado de gente. Su tristeza y dolor eran tan grandes que prefirió huir de la cordura. Su amor, la compañera de siempre, se había ido dejándolo solo.

Gertrudis se aferró a la vida mucho tiempo, quería seguir protegiéndolo, curándolo de sus remordimientos y males de viejo. Más fue imposible, tuvo que irse, lo dejó viviendo de sus recuerdos escogidos, seleccionados intencionalmente para evitar el sufrimiento.

«Ánimo, no te quejes, no te dejes vencer, ya estamos viejos» — le decía siempre que rezongaba porque no podía hacer las actividades de siempre sin ayuda. Con la intención de motivarlo.



Automatizó y articuló su mente en un verdadero andamio de recuerdos. Inventaba historias fantasiosas que empezó a contar con más exageraciones. Para que todos pensaran que no estaba cuerdo, para que todos pensaran que no sabía de su muerte. Era tan evidente y vehemente la intención que terminó convenciéndose.

Hablaba de sus tres mil quinientas cabezas de ganado y su ambicioso deseo por multiplicarlas.

«Toma hijo, con este dinero quiero que compres más vacas» — le dijo en aquella ocasión a Severo. Estiraba su brazo para que el muchacho alcanzara un fajo de billetes, falsos por cierto; los cuales, según él, eran reales. Era la solución que a Severina se le ocurría para mantenerlo tranquilo y que pudiese realizar transacciones de compraventa, como en sus viejos tiempos.

Días después, retomaba el tema.

«¿Ya compraste los animales que te dije?» — preguntaba.

«Sí, ya los compré *apá*» — contestaba su hijo.

«¿Cuántas vacas hay?, ¿las contaste?» — insistía.

«Son como quinientas» — decía Severo.

«No, cuéntalas bien, son muchas más, debes ser como tres mil quinientas» — aseguraba.

Sonreía dulcemente cuando a su mente venían los recuerdos de aquella madrugada de septiembre en que decidió robarse a su amada Gertrudis. Cuando aprovecharon el cobijo de los caminos oscuros y los árboles tenebrosos, mientras corrían tomados de la mano y pisaban los higos regados por la arena.

De su mente emergían los regaños amorosos de su hermosa y larguirucha vendedora de pan. Podía leerse en su rostro una leve mueca, como queriendo mostrar una sonrisa al escucharla gritando fuerte y a la vez, dulce.

«Ya deja ese machete y vente a comer, se van a enfriar los frijoles».

«Tengo que terminar esto» — contestaba limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo.

«Si no lo hago yo, ¿quién lo va a hacer?» — agregaba.

«Tengo que terminar esto» — murmuró. Como si estuviese ahí, observando con sus ojos pispiretos, de pie y con la espalda encorvada. Aún podía percibir el olor de la hierba cortada a machetazos y el aroma de los frijoles recién cocidos, así como las tortillas hechas a mano, vibrando en el comal.



Ensimismado en sus recuerdos, Justino Mora ni siquiera se percató de la presencia de Severina. No escuchó el tenue y prolongado rechinido de ultratumba producido cada vez que su hija empujaba la puerta. Despacito para no despertarlo, cautelosamente, apenas tocando la madera con la yema de su dedo índice.

Minutos antes, Severina lo había observado a través de la puerta entreabierta, sentado en la cama. Desde allí se distinguía su silueta encorvada. Se notaba pensativo al observar su plato de comida, el pescado frito que tanto le gustaba. Colocado encima de una mesita patuleca de dos patas plegables, cruzadas. Una pequeña mesa que Severina mantenía en equilibrio con ayuda de las corcholatas que colocaba en la parte inferior de al menos dos de sus patas.

«¿No piensas comer?» — cuestiona. Adormilado, la observa como si no la hubiese escuchado.

«Salúdame» — le dice, extendiéndole su mano.

«Acabo de llegar del pueblo, ¿qué no te da gusto?» Absorto, desvió la mirada hacia su imagen reflejada en el enorme espejo del viejo armario instalado justo frente a la cama.

«Cómetelo tú» — le decía, con escalofriante seguridad de que se trataba de su viejo amigo.

«Anda come, yo no tengo hambre» — repetía.

«Este Fermín parece que está mudo, ahí está sentado y ni habla, a que viene si no habla... tampoco quiere comer» — insistía.

«Ese ha de ser mi destino, vivir en esta lomita, divisando *pal camino*» — recordó y tarareó dichos versos, como si estuviera ahí, en la vieja casa del pueblo. Al momento le llegó un chispazo de lucidez y, dadas las circunstancias, murmuró: «Este es mi nuevo destino, vivir en este cuartito, sin divisar *pal camino*».

Evocaba sus juegos de niño, aquellos que también jugaron su padre y, años después, sus hijos, cuando construían carritos ingeniosos con caja de lata vacía. Los frutos de habas silvestres servían de llantas y los hacían circular por sinuosos caminos diseñados en los paredones, en divertida pose, al inclinar el brazo y levantar el codo.

Recordaba las peleas de *mochomos*. Las cachimbas de humo negruzco y contaminante, las arboledas tenebrosas, las interminables filas de las hormigas por los tallos inmensos de la higuera, la cosecha de cacahuete, de "*jrijol y máiz*", como él decía. Los plantíos de marihuana y amapola escondidos en el monte, la venta clandestina de licor, el arreo de burros y mulas por la sierra, la cantina, sus amoríos del pueblo, sus hermanos, los entierros, su padre, su madre.

«Vayan a ver a mi madre, yo no puedo caminar» — les decía a sus hijos. Matilda había muerto treinta años antes. Sus ojos claros y "*pispiretos*" no cambian a pesar de su edad. Sus arrugas parecen surcos donde todavía se cosechan los frutos diversos, mezclados con aventuras y sinsabores.



Dejó caer su frágil cuerpo sobre la cama y se inclinó hacia su lado derecho con evidente precaución. Entre sonrisas y respirar pausado esperaba la muerte. Paciente, resignado.



Apacible y tranquilo, como la tarde que se aleja en su reencuentro con la noche, pensaba de nuevo en sus tantas aventuras. Con evidente nostalgia, sonreía una y otra vez. Podía percibirse cómo los recuerdos felices desfilaban en su memoria, mientras hablaba de su gran cantidad de hijos y de la increíble facilidad para engendrarlos.



«Doscientos hijos tuve» — dijo. «Eran los tiempos en que las vacas parían trillizos y las mulas renegaban de su destino estéril, el sexo era tan intenso que las mujeres se preñaban nomás con verlas» — agregó. El brillo de sus ojos era tal, que no admitía la mínima posibilidad de duda en la veracidad de sus palabras.

«Cien de mis hijos nacieron así, con solo mirar a las mujeres; al día siguiente parían de uno, dos, tres y hasta cuatro chamacos» — insistía.

Con la mente agolpada de recuerdos. Justino Mora Arriaga siente aún la enorme necesidad de rescatar y transportar al presente todos los instantes de su vida. Cierra sus ojos cansados después de ciento dos años, once meses y catorce días. Escucha todavía el susurro del riachuelo que arrastra sin piedad alguna, pendiente abajo, hojas secas y areniscas.

Su mente divaga, rememora y disfruta del espectáculo reflejado en el vaivén de los pececillos danzarines que jueguetean sin tregua en las cristalinas aguas del arroyo. Un hermoso arroyuelo arropado por la monumental sombra de la vieja higuera. Madriguera incansable de poblada colonia de iguanas que presumen distinguida, exótica y singular pose, empapadas de radiante sol.

Apenas distingue las hojas de la higuera en las alturas. «Parece que besan el cielo» — murmura. Como si estuviera ahí, escucha claramente el graznar de los cuervos quienes, a su vez, degluten el exquisito manjar de la madre higuera saciándose al límite, devorando sus jugosos frutos.



Embobado, observa cómo las hormigas forman larguísimas filas a través de los múltiples tallos. Se ordenan en diversas rectas y encorvadas líneas que apuntan hacia el vasto y conglomerado amasijo de nubes, blanquecinas muchas, grises otras, oscuras varias, que deambulan cual eternos navegantes del colosal e infinito firmamento estelar. Latente aún la frescura del agua, siente que remoja sus encallados pies y empapa sus emblemáticos huaraches de tres puntadas. Cuando, casi siempre infructuosamente y con los pantalones arremangados, saltaba con el firme propósito de esquivar el arroyo, para no perder tiempo en buscar una parte más angosta. Con esporádica lucidez mental infiltrada en sus sentidos, capta a intervalos un sutil aroma a higos, mientras los ve regados en el arenal.



Aquella tarde primaveral, tenues rayos de luz se escurrían por las rendijas de la ventana, husmeando entre los rincones de la habitación. No era una tarde cualquiera. El rostro de Justino Mora denotaba una leve sonrisa. Escuchaba algunos murmullos casi inaudibles.

Atolondrado, perdido en la inmensidad del tiempo, abre sus ojos lentamente. Ahí estaban todos, cabizbajos, tristes y pensativos. Al instante, su mente desmadejó los misterios de la muerte, de todas las muertes, una a una y su alma se volvió visible, transparente. Paulatinamente fue percatándose de todo. Una multitud de personas estaba presente.

«Algo raro está pasando» — pensó.

Ahí estaban sus chiquitas. «No se duerman» — musitó. En efecto, estaban despiertas. Denotaban una actitud sumamente discreta, como si quisieran pasar desapercibidas. Distinguió claramente a su amigo Fermín.

«Qué bueno que viniste» — le dijo.

«Hacia mucho que quería ir a saludarte, pero estos no me han llevado. No puedo ir solo». Fermín no contestó, aunque su rostro



reflejó una triste y casi imperceptible sonrisa. En aquel momento escuchó a Gertrudis...

«Ya ves, nos hicimos viejos» — le escuchó decir con suma claridad. No pudo ocultar su felicidad. Lo enternecieron sus palabras. Reconoció su voz, aunque su imagen permaneció escondida en sus recuerdos.

Una lagrimilla asomó de su ojo izquierdo cuando los vio. Ahí estaban todos: sus hermanos, hijos presentes, hijos ausentes, sus nietos, sus bisnietos, amigos, sobrinos, tíos, sus chiquitas...su padre, su madre.

«Vinieron a verme» — balbució. Nadie respondió. Fue entonces cuando empezó a comprenderlo todo. La realidad era totalmente distinta. Nadie estaba ahí, su mente le estaba jugando una mala pasada.

Aquella tarde podía sentirse con más intensidad un olor a los ajos avinagrados, olor a viejo. Acartonado y alicaído, con una mueca melancólica en su rostro, pero con un claro toque de ternura, como si abrazara a su vieja; a los ciento tres años, ocho meses, siete días y cuatro horas, contados a partir de su registro oficial, durmió profundamente el sueño infinito.

Fin

Anexo 1

En algún lugar del tiempo

A Gertrudis Romero

Cómo no recordarte, cuando las fuertes vigas de los árboles nativos albergaban insectos venenosos, fotos ancestrales mordisqueadas por termitas presumían veredas infinitas, entre ojos y mejillas en reposo. Puedo recordarte ahí. Impávida, impasible, con el pelo apretujado. Sonriéndole a la vida mientras escuchabas las iguanas corriendo en el tejado. Cómo no recordarlos. A ti, el molino, el metate, el comal, el humo penetrante que laceraba los pulmones. Manos encostradas de masa volteando la tortilla y revolviendo los frijoles. Labor, al parecer, erróneamente sencilla, mientras de reojo veías un sapo gigante deglutir las palomillas. “Pongan la cubeta al sol, la jícara está lista” ...ordenabas. Látigo en mano, cancelabas protestas. Paciente siempre, esperaban que la buena salud el tiempo regresara. Hoy ya no estás, recuerdos muchos proliferan, lástima el alma. Deseo, a veces, otros tiempos fueran.

Severo Mora

Anexo 2

Tiempo después

A Justino Mora

Hoy estás solo. Es triste pensar que te sientes solo. Tu hermosa vieja se ha ido. Se aferró a la vida tanto tiempo para no impregnar de tristeza tu melancólica alma. Ella no está, no resistió más. Comprendo tu dolor. ¿Sabes, querido viejo?, también la extraño mucho. Aún sueño que los visito y los encuentro a los dos. Ella regañándote, gritándote fuerte...pero dulce. ¡Viejo, ya deja eso, vente a comer! Te decía. ¡Tengo que terminar esto, si no lo hago yo, quién lo va a hacer! Contestabas. ¿Recuerdas viejo? Cuando la hacías enojar con tus palabras de ateo. A veces siento que ella sigue cuidándote. ¡No es mi Dios, es de todos y tuyo también! / te gritaba. Y tú reías. ¿Te acuerdas viejo? ¡Cuánto la querías! O la quieres, tal vez, todavía. Querido viejo, hoy quisiera que el tiempo se detuviera. Pero eso es imposible, lo sabemos todos. Pensar que no envejeces es solo un sueño. Hoy siento tu dolor como muy mío. ¿Sabes?, querido viejo, la hemos de recordar siempre como todos los días o tal vez más cada día, cada año. Piensa en su amor por ti, escucha su voz dándote fuerzas, como siempre lo hacía al escuchar tus quejas. ¡Ánimo viejo, no te dejes vencer! te decía. Que eso te dé fuerzas para seguir adelante. ¡Uff cómo la extraño! También extraño tus charlas; de tus aventuras, de tus historias sobre tesoros escondidos, de los revolucionarios, de todo eso que tú sabes y que ahora lo cuentas con más misterios, con exageraciones. Para que todos piensen que tú no sabes...que se ha ido, se ha ido para siempre. Querido viejo, escucha la voz de los recuerdos, de los buenos recuerdos. Desde acá te lo digo.

Uno de tus ausentes vástagos.

Severo Mora





Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito del titular, bajo las sanciones establecidas, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier método o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, grabación, etc.



COLEGIO DE BACHILLERES
DEL ESTADO DE SONORA